

VIDA de mi madre, CONCHA ESPINA

Por
Josefina
de la Maza

EDITORIAL
MARFIL

La vida ejemplar de la gran novelista española, en un relato pleno de sinceridad

Se reúnen en este libro tres nombres ilustres del mismo linaje: la autora de "*El metal de los muertos*", Concha Espina, como personaje biografiado, su hijo Víctor de la Serna, autor del prólogo, y Josefina de la Maza, hija y amiga que ha trazado con insuperable delicadez el retrato de su madre.

Este libro es un retrato fiel que nos ofrece una imagen verdadera de la escritora, contemplada muy de cerca, vista en sus hechos y rasgos externos, y entrevista su vida interior, y es también una biografía compuesta, como dice el prologuista, con arreglo a la mejor técnica del género y escrita en una prosa digna, por su belleza, de la alta estirpe familiar.

Vida de mi madre, Concha Espina es una obra biográfica e íntima escrita por Josefina de la Maza (seudónimo de Josefina de la Serna y Espina) que ofrece un retrato fiel, cercano y profundamente afectivo de la célebre escritora española Concha Espina.

El libro entrelaza la técnica de la biografía formal con las vivencias cotidianas de una hija que fue también confidente de la autora.

La obra funciona como un homenaje familiar e histórico que detalla tanto la trayectoria pública como el universo privado de Concha Espina.

A diferencia de una biografía puramente académica, el relato destaca por estar narrado desde la cercanía de su entorno doméstico. Josefina describe los rasgos externos de su madre, sus rutinas de trabajo, sus gestos cotidianos y sus mayores preocupaciones, y profundiza en la vida emocional, intelectual y espiritual de la autora de *El metal de los muertos*, explorando los retos y sacrificios que supuso ser una mujer de letras de gran éxito en su época. Sirve como documento crítico e histórico que ayuda a

dimensionar el impacto de su producción narrativa y poética dentro de la literatura española. Escrito con una prosa cuidada y de gran belleza formal que respeta el alto nivel literario de la estirpe familiar.

Cuenta con un prólogo de Víctor de la Serna y Espina (hermano de la autora e hijo de la biografiada), añadiendo otra capa de memoria familiar al texto. Editado originalmente en el año 1957, poco después del fallecimiento de Concha Espina en 1955, y se reeditó posteriormente para conmemorar el centenario de su nacimiento.

Josefina de la Maza

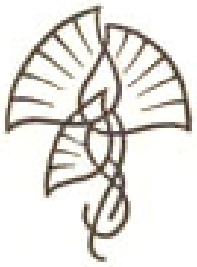
Vida de mi madre, Concha Espina

Josefina de la Maza, 1957
Introducción: Víctor de la Serna y Espina

JOSEFINA DE LA MAZA

VIDA DE MI MADRE, CONCHA ESPINA

Prólogo por
VICTOR DE LA SERNA Y ESPINA



EDITORIAL MARFIL, S. A.
A L C O Y
1957

PRÓLOGO

Esta biografía de Concha Espina responde al módulo de las biografías apasionadas.

Se puede hacer —y se hacen más de lo debido— biografías perfectas desde el punto de vista científico. Son biografías en que nada falta, pero en las que acaba uno por pensar que todo sobra, una vez que falta lo que parece que es esencial de toda biografía: el ambiente, el aire y la circunstancia en que el biografiado se mueve.

El olvido, por parte de los biógrafos, de este medio en que la persona se proyecta, ha producido demasiadas obras en, las que una figura histórica se desvanece, como un ectoplasma, huidiza, inaprehensible, sin esa rotunda concreción que dan al ser humano los movimientos condicionados por cuanto le rodea. Sin nuestra casa, sin nuestros hermanos, sin nuestros muebles, sin las personas, amadas o aborrecidas que nos rodean, sin cuantos canales —o estorbos— condicionan nuestro paso y nuestra existencia, seríamos todos como seres flotantes, ingrávidos, y en resumen tan puros, tan puros…, que acabaríamos siendo impuros, falsos y, de cualquier modo, insociables, es decir, fuera de la sociedad.

Muchas grandes figuras de la Historia han quedado para siempre como disecadas, como endurecidas, por la ignorancia del medio en que se movían, de los pequeños y grandes (pero constantes siempre) acontecimientos de su vida. La moderna biografía ha reparado bastante esta carencia y hoy se han restaurado muchos fondos vitales que habían desaparecido, como los fondos de los cuadros antiguos, y que al ser lavados unas veces por la imaginación creadora otras veces por la aportación de datos familiares, dan relieve a vidas que se nos aparecían como aplastadas, como pegadas sobre la planicie sin accidente de un desierto espiritual.

Son los literatos, más que los historiadores a la vieja usanza, quienes han hecho al mundo el regalo de unas interpretaciones nuevas, vivaces y jugosas que acercan a nuestro corazón a personajes que eran pura piedra, puros huesos y a veces puro y simple polvo. Me parece justo escribir aquí dos nombres clásicos en esta nueva manera de hacer biografía: Stefan Zweig y E. Ludwig. Ellos añadieron al arte de biografiar un ingrediente de fantasía por un lado y de familiaridad por otro, que rellenan unos espacios vacíos entre los que se bamboleaban (a veces hasta caer en la vulgaridad) personajes con los que no acabábamos de intimar jamás. Y una de las condiciones de la buena biografía es la de hacernos entrar en la intimidad del biografiado.

Esta biografía de Concha Espina, madre de Josefina de la Maza, y mi madre está dentro de la mejor línea moderna en el género. Y acaso podría decirse de ella con justicia que adelanta unas brazas sobre lo más audaz. Tal vez el componente familiar, al entrar en una dosis fuerte y continuada acentúa el carácter íntimo de

la obra, ya que la fantasía, por la proximidad histórica y sentimental del personaje no tiene por qué jugar. No es frecuente, salvo en el caso de los héroes o de los políticos, la biografía reciente. Y aun en el caso de los héroes o de los políticos, la confección de una biografía viene urgida por mandatos propagandísticos, de ejemplaridad o de utilidad social que no actúan en el caso del artista puro.

Esta biografía nace en el medio más puro y a la vez más apasionado: en el corazón de una hija unida a su madre durante toda la vida, secretaria suya, colaboradora suya, brazo derecho, repetición, espejo. Quizá un lector poco apasionado puede encontrar demasiada familiaridad en el tratamiento de la figura biografiada y hasta una cierta clave, con relación a personajes y sucesos apenas bosquejados en estas páginas, A mi juicio esto añade gracia y personalidad a esta biografía. Son estos bosquejos como esas figuras borrosas y enigmáticas, cuya interpretación nos gusta siempre mantener un poco en el misterio y que añaden gracia a los grandes cuadros, en cuyos fondos desempeñan el papel mágico que el hombre necesita para sazonar sus horas de contemplación.

Por lo que se refiere a la figura histórica de Concha Espina, mi hermana es tan honrada que sólo relata lo que ella vio. Y ella lo vio todo, durante muchos años. Lo que no alcanzó a ver, porque no había nacido, lo confía al relato de quien lo vio. Y aquello sobre lo que no podía menos de relatar, aunque a ella le doliera, ha pasado con la elegancia y la discreción que corresponde a quien, viéndose obligada a ser fiel como biógrafo, se ve obligada a ser también respetuosa como hija.

Nada esencial falta en esta obra. Ninguno de nosotros podría haberla hecho con tanta minuciosidad ni con tan perfecta ordenación. Y si se ha eludido el estudio del desarrollo literario de Concha Espina, la sucesión de sus éxitos y de sus hechas, el heroísmo de su comportamiento como vanguardia de las mujeres escritoras, rompiendo desde su altiva soledad de hidalga irreductible el muro de prejuicios que los siglos habían ido robusteciendo, resistiendo a todas las capitulaciones del gusto y de la conducta a que se la invitaba desde el otro lado de la muralla, es porque semejante labor corresponde a los críticos, Y esa sí que no se puede hacer en el corto espacio que nos separa de aquel 19 de mayo de nuestra orfandad. Para esa labor es necesario proveerse de mucha paciencia, de mucha justicia, separarse mucho del frente de combate donde aún se ve el polvo de la batalla y donde las siluetas no están del todo definidas. Si la figura gigante de esta mujer que no tiene par en la literatura universal está apareciendo en toda su nitidez entre la confusión, no lo sé. Para mí, naturalmente, nunca dejó de proyectarse en toda su grandeza. Sospecho que para los demás, aun por los más tocados del sectarismo de las escuelas, por el mal de la tertulia, por la pereza del prejuicio, Concha Espina empieza a ser como una sombra luminosa que se levanta, si no como una acusación, sí como una maternal llamada al mundo auténtico del Arte, en el horizonte literario de España.

Termino estas líneas con unas que escribió, con la nobleza propia de quien vive en una alta cumbre de poesía, José Hierro, proféticamente:

«Yo aconsejaría —dirán ustedes que quién soy yo para aconsejar, sobre todo, cuando de una personalidad

egregia se trata— a todos aquellos inmersos en la baraúnda de las letras de hoy, que comenzaran estos ejercicios literarios. De "La niña de Luzmela" *a* "Un valle en el mar"*, pasando por* "La esfinge maragata"*,* "El metal de los muertos"*, etcétera, pueden seguir los pasos de una vida, de una mujer. Es lo que buscamos hoy en la literatura: al hombre o a la mujer. Contemplarán una vida ejemplar, de urgencias y luchas, de actividad constante. De la viudez a la ceguera, una innumerable serie de experiencias han ido vertiéndose en moldes impecables. La hoguera de la vida se ha transformado en llama de arte. Y ello ha sido posible a costa de quedar Concha Espina por debajo de su obra. Todo por el Arte. Ha sido su gran acierto lo que nosotros llamamos su error. Un idioma justísimo, millonario, una recreación serena de expresiones del día, de modismos regionales, castizos y eufónicos, nos impiden ver la palpitación de este corazón excelso. Cuando hoy se aplauden con entusiasmo diatribas más o menos literarias contra la situación de la mujer en la sociedad, por ejemplo, olvidamos que en las novelas de Concha Espina también hay tesis, hay problemática vigente. Pero es la corrección, su innato señorío, lo que nos lo impide ver. Es su actitud de "manos sucias no ofenden", al reflejar la vida misma, sin protestas, sin panfletos, lo que nos la aleja.*

»Es un mundo hermoso que empezamos a añorar y no tardaremos en comprender. No pretenden ser éstas más que unas líneas trazadas a vuela pluma, sin sistema, por un lector. Por eso no podrá parecer extemporáneo que esta actitud de una escritora como Concha Espina quede para mí reflejada en un ejemplo que puede parecer grotesco. Su obra es para nosotros,

acostumbrados a cruzarnos en las estrechas escaleras de los edificios de hoy, sin ceder el paso jamás, como recordar las amplias escaleras antiguas, por las que podían subir cómodamente cuatro personas al tiempo y en las que, sin embargo, las gentes se cedían el paso. Nos parece, el gesto de los de entonces, totalmente inútil. Pero ya vamos aprendiendo que la cortesía, como la forma bella y serena en arte, puede ser un artículo de primera necesidad. Es preciso para ello que el espíritu se afine, la sensibilidad se depure.

»Cuando esto ocurra, Concha Espina habrá ocupado el lugar que le corresponde en nuestras letras.»

VÍCTOR DE LA SERNA Y ESPINA

Capítulo Primero

NACE UNA NIÑA

En este libro-cuaderno forrado de pergamino, y que procede del abuelo de Concha Espina —don Hermenegildo Espina—, mi abuelo don Víctor Espina escribió:

«El día 12 de enero de 1860 me casé con doña Ascensión Tagle y de la Vega, en la Parroquia de la Compañía, en la ciudad de Santander…»

Cierto que no era retórico para escribir mi abuelo: con un estilo castrense, anota el día de sus bodas.

Tenía él entonces 19 años; otros 19 la novia, doña Ascensión: en el retrato de su boda ella —fina, menuda— tiene un aire tierno de niña; y el abuelo, muy guapo, elegante y engreído como lo fue hasta su último día, prende su mano en la solapa de la levita, con aire, si distinguido, audaz.

Doña Ascensión Tagle procedía de la ilustre Casa de los Tagle, en Santillana del Mar, donde había nacido su padre, que un buen día encaminó el caballo hacia Luzmela, solar de excepcionales matriarcas, a buscar y encontrar en doña María Josefa de la Vega —quince años preciosos encerrados entre la casa y el jardín— esposa de buen linaje y de mejores virtudes: de inteligencia también.

La casa de Tagle, de Santillana del Mar, la encontramos antes de entrar en el casco de la población, en el Campo del Revolgo: es muy bella y en su imponente escudo se asegura: «TAGLE SE LLAMÓ EL QUE LA SIERPE MATÓ Y CON LA YNFANTA CASÓ».

Decía mi madre, comprensiva:

—Mamá tenía la debilidad de usar en sus tarjetas de visita el escudo de su Casa… ¡mira!… —y me mostraba una tarjeta un poco grande, litografiada, con el blasón en el centro.

—Madre, pues era una «debilidad» bonita la de la abuela.

—Sí… pero como ya no hay «sierpes» que matar, no se sabe qué hacer con ese «mote» tan rimbombante…

Debió de ser, ésta de los blasones y los pergaminos, la única presunción de mi abuela: porque así como don Víctor fue galán, mundano, amigo de la elegancia, la abuelita, casi una niña, se dedicó desde el primer hijo —y tuvo diez— a ser una maravillosa madre de familia. El único varón, Pedro Alcántara, era muy hermoso y muy inteligente; tenía un gran parecido físico con mi madre: hasta hace poco que se perdió, guardada en una caja fuerte saqueada, hubo una carta suya escrita dentro de los siete años que duró su vida, que era un encanto de gracia y de precocidad.

Tres hijos más se les malogran a mis abuelos hasta que nace una niña, María, la hermana mayor de Concha Espina.

Por entonces vivían don Víctor y doña Ascensión su plena existencia de jóvenes esposos, en la calle de Méndez Núñez, número 4, Muelle de las Naos, a la vera misma de la mar en la ciudad de Santander.

Mi abuelo había llegado de Oviedo a Santander, justo para arribar un día a Luzmela, buscar en doña Ascensión una niña extraordinaria y hacerla su esposa. No le debió costar a la abuelita enamorarse a su vez: el perjeño de don Víctor era de suma distinción: tenía un aire nórdico, con su pelo claro y sus ojos verdes: más tarde habrían de compararle —a él, físicamente, y a Concha Espina, literariamente— con Knut Hamsun.

Vivían apaciblemente de las rentas asturianas del abuelo y de las rentas montañesas de doña Ascensión: era bueno entonces ser terrateniente. Felices tiempos aquéllos.

Así, dentro de una posición ventajosa, llegó en un día de abril, a la casona del Muelle de las Naos, otra niña. La contemplaba su madre con encanto, porque ya desde la hora de nacer fue hermosa. Como la abuelita no lo era, dijo, desde su pomposa cama:

—Víctor, la niña se parece a ti. Y enamorada, añadió:

—Es preciosa.

Se engreía don Víctor:

—Hombre… ¡sí que es bonita la chiquilla! ¿Crees tú, Ascensión, que se parece a mí?

—Naturalmente. Y tímida, advirtió: —Sólo los ojos, y el pelo…

El esposo puntualizaba, galante:

—Ya lo ves… los ojos, lo más bonito, son como los tuyos, Ascensión, grandes y negros.

Comentó ella:

—Los ojos de los Tagle… y de los Linares también.

—El resultado es que tenemos una chiquilla preciosa… óyeme, Ascensión; haremos un gran bautizo.

Aquí mi abuela, dócil casi siempre al gusto del marido, decidió:

—No, por cierto: las cosas de Dios hay que tratarlas santamente, humildemente. Quiero que enseguida me la lleven a la Parroquia y me la traigan cristiana.

No hubo más que decir. Estas esposas dulces, cuando yerguen su energía, no hay quien las mueva. Y la niña, si envuelta en preciosas

ropas, sin más acompañamiento que su padre y sus padrinos, asomó su tierna humanidad a la cripta de la Catedral santanderina, Parroquia del Cristo, para ser bautizada.

Antes habían dudado los padres, no muy gustosos del nombre del «santo del día», cómo llamar a la niña, a aquella maravilla pequeñita y suave que les tenía embelesados. Fue el médico que asistía a la joven mamá quien dictaminó con la chiquilla entre sus manos fuertes:

—Parece imposible que así, recién nacida, puedas ser tan bonita, tan bonita… ¡Don Víctor! ¿Por qué no le ponemos de nombre Concha? Y muy convencido dictaminó: —No hay Concha fea.

Como los padres se convencieron de inmediato, y los padrinos también, se decidió bautizarla con el claro nombre, marinero, de la Inmaculada Concepción.

Por eso en el Libro 63, Folio 210, de la Parroquia del Santo Cristo, dice así:

> «A quince de abril de mil ochocientos sesenta y nueve, yo D. Amalio Cereceda, cura ecónomo de la Parroquia de la Catedral de esta Ciudad de Santander, bauticé solemnemente en ella a Concepción Jesusa Basilisa, que nació el mismo día a las doce de su mañana. Es hija legítima de D. Víctor R. Espina, natural de Oviedo, y de D.ª Ascensión G. Tagle, de Madrid; nieta paterna de D. Hermenegildo R. Espina, natural de Cangas de Tineo, y de D.ª Bernarda G. Olivares, de Oviedo; y materna de D. José G. Tagle, natural de Santillana del Mar, y de D.ª María Josefa de la Vega, de Ontoria.
>
> «Padrinos, D. Cándido González, natural de Agobejo, y doña Francisca Flores, de Alba de Tormes, a quienes advertí lo necesario.
>
> «Para que conste lo firmo. Amalio Cereceda. Rubricado.»

Contaba don Víctor que al regresar a casa la breve comitiva, la niña abrió los ojos y volvió la cabecita hacia el mar. Yo no sé si sería una exageración de entusiasmo paterno este recuerdo de mi abuelo; quién sabe. Quién sabe si la risa de las olas, alborotada por sirenas y tritones, despertó a la pequeña. Ello fue que el cuadro suntuoso de la bahía santanderina, el «valle en el mar» espiniano, sirvió de fondo incomparable a la primera salida de Concha Espina. Conchita cerraba otra vez los anochecidos ojos, tan nuevos, y se dormía muy apacible, ya cristiana, ya bajo el signo para siempre de la cruz.

Capítulo II

A TIERRA DE MOROS

Según crecía Conchita, su hermosura se afianzaba, velada en alma y cuerpo por su maravillosa, callada, inteligente madre.

«Todo era a mi alrededor apacible y dulce» —diría ella muchos años después—. Para recordar asimismo que la educaron con exigente primor «aunque sin prepararme a luchar por la vida; más bien para gozarla y recoger sus frutos mejores».

Era así como se educaba entonces a las niñas: profesora «de cultura», profesora de piano y de bordado —¡qué bien bordaba mi madre!— Y un profesor de baile de quien se burlaban un poco Conchita y sus hermanas, y que desde bien pequeña la enseñaría cómo se hacen, perfectas, las figuras de los «lanceros» y el «rigodón».

Muy pronto Conchita descubrió su íntimo ser: a su madre, naturalmente. Se quedaba a menudo quieta junto a los cristales de

un mirador lleno de sol o empañados de un agua salobre que el viento empujaba; el agua de la mar. Se le acercaba su madre:

—¿Qué haces, hija, Conchita…; no quieres jugar con tus hermanas?

Dócil asentía ella:

—Sí, mamá; ahora voy; es que estaba…

Estaba «haciendo versos antes de saber escribirlos con la pluma». Para adivinar tan precioso secreto, allí estaba doña Ascensión. Ha habido en mi familia, gracias a Dios —y las sigue habiendo— una galería de mujeres extraordinarias: como esta dama que olvida la dirección de su hogar para atraer hacia sí a su niña y preguntarle con encanto, seducida, adivinadora:

—¿Versos, verdad hija… quieres decírmelos a mí, Conchita?… Yo te los escribiré.

Conchita dijo «que sí»: y en un diálogo perfecto se entendieron aquella madre y aquella hija, la niña tan pequeña que aún no sabía manejar la pluma, la niña ya dulcemente seria, ya algo melancólica, que se quedaba largos ratos con la frente pegada a los cristales de un mirador, mirador del mar, su gran amigo desde entonces.

No era la docilidad de Conchita pasiva y sosa: no era esa «niña buena» insoportable y ñoña. Sus travesuras tenían siempre un perfil de fantasía más que de diablura. Así se perdía por los paseos detrás de su aro, asustando al ama que la vigilaba, y hacía con él filigranas entre los árboles y los macizos de la Alameda.

O de pronto, una noche, las dos hermanitas mayores, ya recogidas en su gabinete, Conchita descalza se acercaba a la cama de María:

—¿Ya oíste, verdad, lo que leyó mamá hoy en el «Año Cristiano»?

Los ojos listísimos de María se abrían grandes en la media oscuridad:

—Sí; muy bien que lo escuché: era esa tan bonita de que Santa Teresa se va a tierra de moros a que la descabecen, para ser mártir:

era precioso…

Impávida, Conchita propone a su hermana:

—¿Quieres que nosotras vayamos también a ser mártires, para marcharnos al Cielo enseguida?

Exaltada y contagiada, asiente María:

—Me parece que sí, que es mejor que nos vayamos.

Previsora, Conchita decide:

—Al amanecer, ¿quieres?: cuando ya veamos un poquitín de luz.

Y María, golosa:

—Yo cogeré una libra de chocolate, y dátiles, y bizcochos.

Y Conchita:

—Yo esconderé la llave: buscaré la que tienen en la cocina y salimos muy callando, ya verás.

—¿Y para dónde vamos, qué te parece a ti?

—Pues me parece, me parece —dudaba un momento la hermana menor—. ¡Ya sé! Por la Alameda Grande. Y después todo seguido, lejos del mar.

—¿Es que en el mar no hay moros?

—Me parece a mí que no; sólo hay marinos, y marineros: moros no he visto nunca por aquí… Ahora me voy a dormir. Busca tú el chocolate y las otras cosas: yo encuentro la llave enseguida, que sé muy bien dónde la cuelga Rosa.

No se duermen las niñas, y apenas abre su luz el amanecer, se visten casi a oscuras María —ocho años— y Conchita —siete años.

Igual que en una «Pastorela» de Concha Espina, habla ésta con su hermana, poco más o menos:

—¿Vamos? —dice resoluta, encendido el semblante y la voz conmovida—. Agora están adormizados todos en la casa.

Y añade, alentadora:

—No hayas miedo: tray la mano…

De la mano las dos hermanitas bajan la escalera, leve el paso, agitados los corazones. Igual que Teresa y Rodrigo en *Romance*

primero, la «pastorela» escrita con la memoria puesta en aquella aventura infantil.

En esta anécdota que mil veces oímos a nuestra madre, hay también un caballero que se despierta al taque de una puerta al cerrarse detrás de las dos hermanas. Su tío don Augusto Linares, con bata y gorro bordado, baja detrás de las sobrinas, si no tan gallardo —y lo era mucho— en su atuendo matinal como don Rodrigo Álvarez de Cepeda, sí tan pasmado como él cuando encontró a Teresa y a Rodrigo en las lindes del Adaja.

Cuando sube con las pequeñas, dóciles a sus órdenes, y cuando indaga el por qué de aquella escapatoria, la respuesta de Conchita es sin descaro, natural, tranquila, y muy bien puede traducirse a la de Teresa de Jesús:

—«Andábamos para tierra de moros a que nos descabecen, tal que a los mártires de Dios»…

Suben las niñas, humildes, a su abandonado gabinete: don Augusto las arropa bien en las camitas, aún calientes.

María, después que el caballero sale de la habitación, dice bajito a su hermana:

—Conchita, ¿quieres una onza de chocolate?…

Para consolarse de su fracaso de santidad, responde Conchita un poco suspirante:

—Bueno… sí.

Y ya dueña de la golosina, se durmió Conchita muy «dulcemente»…

—Así acabaron mis afanes de santidad —añadía mi madre con gracejo—. Así, en una onza de chocolate muy rico, muy dulce… ¡pobre de mí!

* * *

Se celebra una boda familiar. Doña Ascensión encarga su traje de ceremonia a París, y para las dos niñas mayores, María y Concha,

también dos trajes deliciosos: son los que lucen en esta fotografía las dos hermanas: en ella, María tiene un aire decidido, que no abandonó nunca: Conchita asevera con su expresión «dulcemente seria, algo melancólica» la influencia de un destino marcado por Dios desde entonces: parece como si la intuición y el presentimiento hicieran ya a Conchita inclinar la lindísima cabeza hacia un lado, con aire ensoñador, quieto, mientras su hermana, que la toma de la mano, avanza decidida.

He conseguido conservar esta fotografía —para nosotros, sus hijos, llena de encanto— por encima de avatares y tormentas que nos lo arrebataron todo:

Dice y pinta Eugenio Montes, en página que es como un grabado sugestivo, tan aguda y elegantemente lograda, que no resisto a la tentación de copiarla:

«… La Montaña le regaló al mundo pilotos de aventura, cancilleres de pro y príncipes de las artes y las letras: solar de Garcilaso, de Lope, Quevedo y don Pedro Calderón de la Barca.

»Ese ambiente literario le daba un clima espiritual al Santander mercante de fines del XIX. A las tertulias vespertinas, al lado de las pequeñas tiendas de indianos repatriados de la ciudad vieja, acudían don Marcelino Menéndez y Pelayo, cayéndosele la capa y los libros que le henchían los bolsillos: un Boecio incunable, un Virgilio renacentista; don Benito Pérez Galdós, con sus antiparras y su aire de pobre ciego de la esquina, y don José María de Pereda, con sus bigotes infanzones y su señorial tiesura.

»Desde una encristalada galería vecina, una niña de grandes ojos luminosos veía, reverente, pasar a los tres grandes hombres, toda la gloria de España. Una niña que, tímidamente, a hurtadillas, dejaba un momento el primor del bordado para escribir unas rimas en un escondido cuaderno.

»Era la hija de un armador que hacía el comercio con Ultramar, y de una hidalga de Santillana, vástago de la familia Tagle, que había ennoblecido con su gloria toda la América del Pacífico, dejando en

Lima uno de los más bellos palacios del mundo, donde los señores del Virreinato oían el clavicordio, tomaban su chocolate y aspiraban su rapé bajo cuadros de Murillo y de Ribera, el «Españoleto».

»La niña santanderina, que hacía sus primeros versos, se llamaba Concha Espina y Tagle.»

… De aquel bordado que mi madre «dejaba un momento para escribir unas rimas», queda «la auténtica» en este autógrafo tímido y pequeño, con su tierna falta de ortografía como era natural; las primorosas zapatillas bordadas a *petit-point*, esas no tenían falta ninguna. Estos cuatro renglones son el primer autógrafo de Concha Espina que se conserva:

> «MI QUERIDO PAPÁ QUIERA DIOS QUE LAS ZAPATILLAS QUE HOY TE DEDICO SEAN DE TU AGRADO Y LAS GASTES CON TANTO GUSTO COMO TE LAS *A* BORDADO TU AMANTE HIJA
>
> CONCHA.»

La grafía de estas líneas tiene una segura semejanza con la letra que más tarde se hizo firme en mi madre; y la rúbrica es la misma.

* * *

No se comprende cómo, durante siglos, nuestros antepasados vivieron sin trabajar. Don Víctor Espina empezó a meditarlo cuando su hogar aumentaba. Era el hijo mayor, Pedro Alcántara —el prodigioso y guapísimo Pedrín—; luego María, inolvidable tía María. Seguía Ascensión rubia y pálida, con los ojos claros. Después Concha, Conchita, siempre sana, perfecta. Y Rosario, y Mercedes. Siete hijos. Y doña Ascensión, sencilla como saben serlo las grandes señoras, exigente en cambio para la educación y la vida de sus hijos. Quizá por esa exigencia leo yo ahora en este curioso cuaderno, forrado de pergamino «para uso de los asuntos familiares»: «Se le deben y entrego para la profesora de piano, según dice Ascensión…»

Este «según dice Ascensión» encierra todo un poema entreverado de duda y de alarma en el esposo. Ascensión lo dice: verdad será; pero, ¡caramba!, qué caros se están poniendo los profesores, ¡hombre!…

Correctísimamente hablado no podía prescindir mi abuelo, muy a menudo, de estas dos exclamaciones, «¡hombre… caramba!», cuando estaba muy enfadado o muy preocupado.

Y ahora muy preocupado sí lo está. Bajaban las fuertes rentas, administradas «alegremente» por lejanos administradores, sin la vigilancia directa de sus dueños. Y don Víctor, ya con siete hijos, empezó a pensar que debía ganarse la vida. Tiene él un gran amigo, el padrino de Conchita, don Cándido González, caballero sin tacha si los hay. Vecinos además en el mismo amplio edificio, es fácil a don Víctor encender el entusiasmo de sus pocos años en el ánimo reposado, aunque a ratos fantástico también, de don Cándido. Entre los dos, reunidas dos fuertes fortunas, fundan la Casa Consignataria «Espina y González».

Buques de la «Mala Real Inglesa» y de la «Pacific» llegaban de América. Barcos españoles mixtos de vapor y vela, de tres palos con aparejo de bergantín-goleta, y aguda, delicada proa «de violín», fragatas y brick-barcas escandinavas. Todo lo que el mar podía posar en la orilla llegaba a la casa consignataria, que marchaba ciertamente «viento en popa».

Y cerca del mirador donde Conchita contemplaba cómo «Cacho», el criado famoso de los abuelos, izaba la bandera de la República Argentina —de la que don Víctor detentaba el Consulado— se abrió un floreciente «escritorio», tan clásico en los puertos del Norte. No muy lejos estaba asimismo el «almacén». Olía allí a perfumes marineros y de ultramar; llegaban allí las cartas con los últimos sellos imperiales: en la misma plazoleta a la que daba el «almacén» había una buena tienda de velas y encerados, que sacaba a secar al sol las telas embreadas.

Cuando todo marchaba maravillosamente, ambos socios, siempre unidos, «se metieron en cosas de minas». Me cuenta un nieto de don Cándido que él ha encontrado en su casa «algunos papeles fragmentarios de fabulosos proyectos de lo que, con el tiempo, ha llegado a ser el importantísimo coto minero de zinc de la hoy Real Compañía Asturiana. Los abuelos tuvieron incluso el ilusorio proyecto de la creación de un puerto artificial entre Comillas y Suances, para hacer la exportación por mar»…

El perjeño hidalgo y joven de ambos señores —don Cándido, don Víctor— iba y venía por entre los sillones de cuero, las altas mesas «de dos bandas» para los contables, que permitían trabajar a dos escribientes, uno frente a otro, encaramados en unos taburetes iguales a los que hoy disfrutamos en las «cafeterías».

Don Víctor trabajaba como creían trabajar los señores de entonces: «viendo los barcos venir» y oyendo cómo sonaban, argentinas, áureas también, las monedas en las mesas de los contables. Mejor que estarse en el «escritorio» era acudir al Círculo, pasear por el Muelle o la Alameda, jugar al tresillo, montar a caballo… o inventar un muelle fabuloso entre Comillas y Suances. En fin, don Víctor trabajaba, —¿no?— se ocupaba de sus asuntos, de rentas y de barcos…

Quizá hubiese sido un buen marino don Víctor Espina. Él era siempre el primero en agitar su pañuelo perfumado con «Piel de Rusia», a la vista de los barcos ya dentro de la bahía maravillosa, enfrente mismo de su casa. También para don Víctor era el primer saludo del capitán. El capitán, si era hombre galante —y lo solía ser—, al saltar al muelle de madera —viejo Muelle de las Naos— alzaba en la mano un maletín grande y poco pesado. Y casi en la orilla, después del gran abrazo de ambos señores, se abrían, a la pálida luz del Septentrión, las maravillas para la esposa y «las niñas» de don Víctor. Eran quizá aquellas «mil cosas bellas», aquellas prendas, «aliño de gracia», que Concha Espina añora, muchos años después, como tesoros perdidos, en cálidos versos dedicados «A mi

madre», y que son un largo, delicioso romance donde ella cuenta cómo era de precioso su «atavío de niña mimada». Una elegancia pulcra y bonita que su madre le enseñara desde siempre.

Don Víctor hacía los más extraordinarios encargos a sus amigos marinos. Por ejemplo, él, mal músico como toda mi familia materna, quería una flauta: pero tenía que ser francesa de la Casa «*Martín, à Paris*»; y de condiciones determinadas: en ella había de tocar más tarde, con mal oído pero con buena intención romántica, «La Paloma» de Iradier: era la misma habanera que tanto le gustaba a Knut Hamsun: la misma que mi madre, muchas veces, solicitaba de Radio Nacional.

—«Soy Concha Espina… sí… Me gustaría mucho escuchar «La Paloma» de Iradier… ¿A qué hora?… Gracias, gracias»…

Y guiada por el tacto, la pequeñísima mano de mi madre, ciega y siempre luminosa, posaba suave el auricular. Y celaba ella misma los minutos de la audición, los celábamos sus hijos. Y nuestra madre sonreía, contenta, cuando las notas de la habanera llenaban su gabinete, con delicia. Era la dulzura de su juventud, lo amable y mecido de su existencia que ella quería sentir a menudo cerca de sí. Por eso en Luzmela no faltaba, no falta nunca, un disco de «La Paloma».

Si hago hincapié, al parecer con exceso, en la memoria de los abuelos, es porque de ella arranca el íntimo ser de Concha Espina. La religión acendrada y sin fariseismos de sus padres; aquel fervor callado con que doña Ascensión Tagle ejercía la caridad de un modo casi heroico; la suma elegancia y el amor a las cosas bellas, de mi abuelo, todo unido influyó en mi madre hasta su última hora, con detalles elocuentísimos a lo largo de su vida.

Encargaba don Víctor bastones para su famosa colección: extraños, clásicos, fuertes, delicados: con los puños de las más diversas trazas:

—«Menos de plata, ¿eh?… de plata no los quiero, que manchan los guantes».

Y o eran de oro, o de simple caña, o de marfil, o de barato y gratísimo palo de cerezo.

Contaba mi madre que don Víctor tenía un reloj sin números, hecho en Suiza para su capricho, con las doce letras de su nombre: VÍCTOR ESPINA. Visitaba él con su mujer los Monumentos un Viernes Santo, cuando al llegar a la iglesia de los Jesuítas notó que le faltaba. Se lamentó, mucho más que por el valor de la prenda, por el capricho y gusto con que la usaba.

Ya en casa, de regreso de las «Estaciones», la abuelita, sin darle mucha importancia, advertía:

—Víctor, en Santa Lucía aún llevabas el reloj; de modo, hijo mío, que te le han robado «entre Santa Lucía y los Jesuítas…» —añadía con inocencia.

Se reía socarrón don Víctor:

—¿Sabes qué te digo, Ascensión…? Pues que están hechos unos pícaros «entre Santa Lucía y los Jesuitas…»

Sonreía doña Ascensión también, siempre embelesada con el esposo…

Años de felicidad. «Todo era apacible y grato a mi alrededor…»

Capítulo III

EN LUZMELA

Era durante los veranos cuando los abuelos pasaban una temporada en Luzmela. Una temporada corta porque la abuela, tan sencilla, con clara visión, hacía suyo el refrán: «la aldea envilece, embrutece y empobrece…» Sobre todo, en aquellos tiempos, en que la vida en el campo era el completo aislamiento.

Doña Ascensión buscaba el modo de llenar muy bien sus días campesinos: se ocupaba un poco de las rentas de Ontoria, de Bernejo, de Navas, allá camino de Comillas, maravilloso lugar de tendidas praderas interminables, auténtica «nava». Y se ocupaba un mucho, con su inmensa caridad, de los pobres de Luzmela y sus contornos.

Era asimismo para ella siempre un encanto encontrar en Luzmela —cuando no andaban de viaje por media Europa— y en una casona vecina a la suya, hoy propiedad de mi hermano Víctor de la Serna, a

su familia los González de Linares y de la Vega, primos de la abuelita y, sobre todo, tan intimamente unidos a ella por un «modo de ser)) extraordinario, que más bien parecían hermanos.

Gente extraña nuestros deudos los Linares. Un santo en el Japón; un sabio —don Augusto— en París y en Santander; y otro santo sin beatificar —y escritor excelente— en Luzmela: don Gervasio González de Linares.

Mientras escribo esto tengo la consciencia de cuánto elogio existe hasta ahora, en mis palabras, en orden a mis antepasados. Pero yo no tengo la culpa, y sí tengo la alegría de que fueran así: extraordinarios casi todos.

Y he de rodear la figura de mi madre de aquella gente suya, «coro» de criaturas magníficas. Lo que ellos valían lo aprendí de Concha Espina: y es mi obligación dejar tan hermosa constancia aquí.

Venían los aldeanos —y los señores también— de las cercanías a buscar el consejo de doña Ascensión Tagle: porque era «mujer de consejo», sin proponérselo.

Una tarde sonó fuerte la aldaba del portón; y como nadie acudía a abrir con rapidez, y Conchita se entretenía allí cerquísima, jugando en el jardín, Conchita misma descorrió el cerrojo de la puertona forrada de hierro.

Era una mujer la que llamaba, muy sórdida, muy fea, con cara de bruja y mirar avieso. Y Conchita, asustada, corrió escaleras arriba, hasta la sala dónde su madre tejía primores y se enredaba sin aspavientos de mujer sabia, sólo con la rectitud de su clara inteligencia y de su espléndido corazón, en discusiones y diálogos interminables, punto menos que filosóficos, con don Gervasio Linares, aquel señor, primero descreído y más tarde muerto de puro amor de Dios.

Ya detrás de la niña aparecía una criada; como Conchita estaba tan agitada, la criada explicó:

—Señora, no es nada: es la «Coja de Puente» que quiere darle un recado.

Se dolía doña Ascensión:

—¡Ay, por Dios…, otra vez esa mujer! No puedo verla, Gervasio, no puedo; es mala, chismosa; me mortifica mucho. Está, ¡qué sé yo…!, dejada de la mano de Dios.

Advertía su primo, evangélicamente:

—Pues tómala de tu mano, Ascensión, y recíbela; debes recibirla si te necesita: ha caminado, fíjate bien, Ascensión, veinte kilómetros desde Puente San Miguel, sólo por hablar contigo. Recíbela, hija, recíbela… Y aun te digo más —añadía el caballero ya por las nubes en pleno vuelo de santidad— siéntala a tu mesa…

La joven señora se rebelaba:

—Eso no, Gervasio. A tanto no llego.

Y resignada decidía:

—En fin, bajaré a ver, a saber qué quiere de mí.

Y tanto quería la pícara y pobre «Coja del Puente», tan necesitada estaba su familia de protección, que la abuelita se dejó convencer, conmover por el dolor de toda una tribu, que gracias a ella surgió a una vida decorosa desde su hundido infortunio. La «cárcel», el «hospital», el «hospicio», eran palabras repetidas, que rodaban negras y tremendas en el portalón de la casa de Luzmela.

Escuchaba Conchita el diálogo de aquella mujerona con su madre, muy abiertos los cándidos ojos, apretada contra ella y sin perder ni una palabra de lo que allí se hablaba entre la señora y la mendiga.

Cuento esta anécdota, que parece pequeña, porque a Conchita no se le olvidó jamás. Por eso Concha Espina, cuando le anunciaban una visita inoportuna, un «pretendiente» molesto, le atendía siempre. Mil veces sus hijos le decíamos:

—Déjalo madre; di que estás ocupada, que no puedes. ¿Quieres que salga yo?

Y siempre la respuesta suya:

—Le recibo: me puede necesitar.

Y con el recuerdo materno encendido en el corazón, en muchas ocasiones añadía con caridad graciosa:

—A lo mejor es una «Coja de Puente» y le puedo hacer el bien.

Este *sentimento* de «hacer el bien», material o moral, no abandonó nunca a nuestra madre, antes se le fue acrecentando. Atendió a toda clase de consultas, de visitas pesadas, de recomendaciones difíciles; contestó a todas las cartas, hasta las más impertinentes; a las preguntas, las solicitudes, las llamadas telefónicas que algo necesitaban de ella; y siempre, personalmente. Jamás se negó ni esquivó el modo de «hacer el bien».

Este aspecto de la vida de nuestra madre no se ha aireado por esos mundos junto a su fama de escritora. Pero lo saben bien los cientos y cientos de hombres y de mujeres a quienes ella, poco, mucho o muchísimo, pudo proteger, encauzar, levantar: salvar la vida también.

Aquí asoma su pergeño —con un salto de muchísimos años— la estampa bohemia y bondadosísima de uno de nuestros mejores poetas, ¡ay, dolor!, no bien conocido: periodista, marino director de *La Atalaya* —el diario santanderino que con él de Capitán hizo sus mejores singladuras—. José del Río, con su aspecto imponente de lobo de mar, salpicado de la cellisca, cuando saltaba al Muelle de Santander se iba derecho a su Redacción. Dirigía con visión experta de marino la batahola del periódico, y después de armar en un momento un magnífico «artículo de fondo», y de guardarse la pipa encendida en el bolsillo, cincelaba versos delicadísimos… hasta que empezaba a echar humo su pobre chaqueta incendiada. José del Río dedicó a mi madre, en relación con este sentimiento suyo de «hacer el bien», una cuartilla inolvidable que se titula: CONCHA ESPINA, LA MISERICORDIOSA. Escribe así José del Río:

«Junto a Concha Espina, artista, atrae nuestra admiración y nuestro homenaje Concha Espina la misericordiosa, una de las figuras más interesantes de mujer que ha producido España. Escribimos bajo la impresión de su última obra —tres docenas de líneas que apenas llenan un pliego de papel—; pero ahí está vertida toda su alma cristiana y generosa de mujer admirable. Es la solicitud elevada a los Poderes públicos pidiendo el indulto de un reo de muerte, de Juan Acher, «El Poeta». Dice así la gran misericordiosa:

"Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera.
Presidente del Directorio Militar.

Señor:

Conociendo la suma bondad de S. M. el Rey (Dios le guarde) y la que domina el ánimo de Vuecencia, en casos tan tristes como el que nos une aquí, venimos unos cuantos escritores y artistas, en nombre de todos los intelectuales de España, a solicitar, fervorosamente, el indulto de Juan Acher "El Poeta", de veintidós años, condenado a muerte por la Audiencia de Barcelona.

Concurren en la vida de este mozo circunstancias de enorme fatalidad que le arrastraron al infortunio de hoy. Su niñez, solitaria, estuvo llena de tribulaciones; su adolescencia fue una lucha menesterosa y cruel; ninguna mano le guió ni le sostuvo en la vía terrible de la pobreza y el dolor; llevaba en la frente luz y en el corazón ternura; pero la sociedad sólo ha reconocido su caída.

Por la culpa de todos en esta indiferencia humana, por la, misericordia de Dios en su gracia

divina, suplicamos la clemencia de Su Majestad el Rey para Juan Acher, sentenciado a muerte."

Tras de Concha Espina firmaron el mensaje, en un respetuoso cortejo de caballeros españoles, don Santiago Ramón y Cajal, don Armando Palacio Valdés, don Jacinto Benavente… No, en verdad, «todos los intelectuales de España» como mi madre decía en el texto de la solicitud; de pedírselo a todos puede que alguno no hubiese firmado el ruego de vida para un anarquista. Bastaban pocos, pero buenos. El caso era salvar una existencia y nada detuvo a mi madre. Ella vivía en el reino del Bien y buscaba el modo de hacerlo con puras razones de humanidad, expuestas, claro está, con sensatas y a la par ardidas palabras: a tal extremo que se le rendían los corazones y las voluntades, en noble comprensión.

Por eso Concha Espina fue una mujer de extraordinaria influencia, rara influencia que no se apoyaba en ningún «toma y daca», que no se amparaba en camarillas ni partidismos ni tertulias. Aislada, señera, dechado de claridad y de cristiano criterio, muy apasionada, he aquí cómo sin importarle un ardite lo que nadie pueda comentar de atrevimiento —y lo comentaron mucho—… termina ella la solicitud al Rey de España… *"por la culpa de todos en esta indiferencia humana… suplicamos la clemencia de Su Majestad el Rey para Juan Acher, condenado a muerte…"*

"Por la culpa de todos…" leyó don Miguel Primo de Rivera…

Y en su alto camarín el Rey clemente, de alma tan abierta y clara, leyó asimismo: *«Por la culpa de todos…»* Y firmó el indulto.

Vámonos otra vez a Luzmela, lector, que allí estábamos apaciblemente. Hubo que dar este salto de muchos años para explicar que la flecha que atinó en la diana para salvar una vida —varias vidas condenadas a muerte salvó mi madre— saltó de un arco tensado en Luzmela por las manos frágiles de aquella matriarca

ejemplar, doña Ascensión G. Tagle y de la Vega, «gran misericordiosa» también.

Íbamos, pues, en que mis abuelos, con sus hijas, pasaban breves temporadas en la aldea. Tenía entonces el llamado «pueblo de los señores» más vida que ahora. Sólo nuestra familia, los González de Linares, los de la Vega —dueños los primeros de tres hermosos edificios, y los segundos de preciosa «casona» escondida entre camberas— llenaban la vida de Luzmela.

Y unos indianos fastuosos inauguraban un pretencioso palacete no lejos de nuestra casa: un «chalet» con todas las agravantes. Tan rico y atestado y suntuoso, que sus dueños decidieron —y consiguieron— que semejante maravilla tenía que inaugurarla un rey y una reina. Y como por arte de magia, un día don Alfonso XII —ya casado— y doña Isabel II llegaron a Luzmela.

En aquella imponente, impresionante ocasión, los riquísimos indianos movilizaron a los señores del valle. Y acudieron a nuestra viejísima y ya achacosa casa, la «casa de la Plaza», en busca de gente para su gran acontecimiento que les traía desvelados, nerviosos.

Insistía la dueña del palacete cerca de mi abuela, que dulce y seria movía lenta la noble cabeza diciendo «no»: la vanidad de aquella familia, que no la diferencia social, fue lo que a doña Ascensión detuvo ante el afán de Paca Rodríguez para que ella asistiese a la fiesta real. Fue inútil la insistencia de doña Paca, voluminosa mujer siempre vestida de raso o de terciopelo, pasara lo que pasara: ella necesitaba, en aquella ocasión, «gente», y acudía antes que a nadie a la vieja casa y a la bondad de mi abuela. Se excusaba la señora:

—Por Dios, doña Paca, discúlpeme: yo no voy a ninguna fiesta; sólo alguna vez, por no disgustar a Víctor, al teatro, en Santander.

—Doña Ascensión: ya don Víctor me prometió venir; va a estar «muy bien»; ya ve Usted, con el rey y con doña Isabel. Ya sé cómo tengo que tratarlos, ya me han «apercibido» de todo; pero voy a

estar muy nerviosa, y si usted, que es tan tranquila, estuviese conmigo…

Doña Ascensión no pudo reprimir un leve gesto de cansancio: porque era la vanidad lo que hespía, en un suspiro, el pechugón seno de Paca Rodríguez, casta, abundantemente adornado de encajes: entre ellos, de un modo fatal, había siempre unas gotitas de chocolate… ¡accidentes!

Por no enviar a la buena y resollante señora a su relumbrante palacio «con las manos vacías», mi abuela prometió que irían las niñas mayores a la gran fiesta de los indianos.

Y María y Concha Espina —ya por entonces 18 y 14 años— lucieron su apacible señorío y se aburrieron un poco en la fiesta real. Porque fue una real fiesta. Había en el parque estufa con flores rarísimas, jaula inmensa con pájaros exóticos, un estanque con surtidores y juegos de agua muy lindos; había estatuas de piedra, jarrones con cataratas de flores, bosquecillos raros y una gruta artificial llena de misterio; columpios espléndidos, iluminación regia. Hermosísimo en verdad el parque. Todo un barrio, lleno de míseras casucas, entre las que estaba la primitiva suya, había comprado el bueno de don Juan Rodríguez para alzar tanta maravilla. Alguien le ayudó en la elección de cosas acertadas, aunque otras, a pesar del paso embellecedor de los años, conservan ese endiablado gusto del nuevo rico, que no hay quien pueda con él.

Y se sucedió la fiesta: no sin que la reina, buena conocedora, atrajese hacia sí con halago aquellas dos niñas distintas, y sin que el rey galante —ya era por entonces galante el rey…— dijese:

—Son de ensueño estos ojos de Conchita Espina.

Se zafaron ellas pronto del bullicio, auxiliadas por su padre, un poco socarrón ante el fasto aquel. El futuro dueño del palacio y del parque suntuosos, las seguía, zalamero. Era de la edad de María, ¡y tan riquísimo…!, bien podía cortejarlas, pensaba él. María, más decidida que mi madre, advertía en guardia ante no sabía qué:

—¡Vámonos, Conchita, que viene Alfredo…!

Y se volvieron a su vieja casa «de la Plaza» cuando la gran fiesta se alborotaba, a pesar de las precauciones del séquito real, con una chispa de plebeyez.

Don Víctor, vigilante, daba escolta a sus niñas: en la «*boutonniére*» del caballero se agitaba incomprensiva —aquella maravillosa incomprensión de los antepasados— con leve indignación, la diminuta insignia, «para traje de calle», de la Gran Cruz de Carlos III.

Los reyes, antes de lo convenido, se marcharon al día siguiente. Sin duda, doña Isabel vio, insistentes, las manchitas de chocolate en el pecherín de doña Paca, y el Rey, más fino y más listo que el viento, se dio cuenta enseguida… de lo mismo que se había dado cuenta doña Ascensión.

Se quedaron los riquísimos y buenos indianos adormilados por tan grandes festejos, llenos de cansancio. Arreció Alfredo en su acoso a la casa de la Plaza, atraído por la gracia y la distinción —que no por la hermosura— de María Espina: huían las niñas cuando advertían su presencia. Desde el recio muro del jardín, pisando violetas y rozando rosas, María y Conchita veían salir al mozalbete, millonario muchas veces, por la gran puerta de hierro de su palacio:

—¡Corre, María, que viene Alfredo…!

—¡Escóndete, Conchita, que Alfredo sale de su casa…!

Así esquivaban mi madre y sus hermanas, veladas por sus padres, todo lo que no brillase, no como el oro, sino como el sol: «más limpio que lo está el sol…»

Capítulo IV

LA RUINA. LA MUERTE

Una mañana el peatón-cartero llevó a Luzmela un sobre abulado para don Víctor. Su socio don Cándido le explicaba prolijamente lo que sucedía. No quería el bondadoso amigo interrumpir aquella vacación, pero se veía obligado a ello. Debe don Víctor regresar a Santander cuanto antes.

Y cuanto antes, en un fuerte y brillante coche, con doble tiro, regresa toda la familia a la capital.

No sin punzante presentimiento, se despide Conchita de Luzmela. La víspera, al atardecer, está ella acodada en el muro de piedra del jardín, allí donde se pisan violetas y se rozan rosas y madreselvas. Tiene un libro en la mano, pero no lee: se queda abstraída, de cara al monte que recoge en sí la creciente oscuridad: el monte, no «mudo como un dios», porque a ella le cuenta ya esos «escuchos» espinianos inefables.

Está la niña, ya selectísimo capullo de mujer, muy ensoñadora en aquel momento. Y no se da cuenta de que en la plaza, en un declive frente a su jardín, una chiquilla aldeana la está mirando, mirando, hace muy largo rato. La chiquilla —ya vieja— me contaba años después:

«Yo creía que aquella casa y aquel jardín eran como el cielo, y no sabes, hija mía, cuánto hubiera dado por entrar allí… ¡Dios mío! —añadía casi en éxtasis—. Era tu madre tan preciosa que íbamos las chiquillas a mirarla. Aquella tarde que pasaron la última en el pueblo, yo me quedé como tonta, porque estaba la señora más guapísima que nunca; era muy jovenzuca, tendría 14 o 15 años… ¡Quién iba a decirme, hija mía, que iba yo a entrar en esta casa para siempre jamás…!»

La mujer que me contaba esto fue más tarde, durante años y años, la gobernanta de nuestra casa, el «alma leal y buena» que vivió para velar por nosotros, para que las criadas no interrumpiesen a mi madre en su trabajo, para administrar, para ordenar. Era la que, al llevarme el desayuno a la cama, me despertaba primero con un beso; la enfermera ideal y obediente a las sabias disposiciones de mi madre. Se llamaba Julia. Y como era montañesa, aunque muy pobre, su hidalgo apellido era así: de los Ríos y Vélez de la Guerra: la Casa de la Guerra tenía —tiene— un escudo estupendo, y aunque de memoria, creo y digo que de esa casa salió uno de los principales conquistadores de Canarias.

La Montaña es inefable en estas cosas: es fantástica, con fantasía real, si así puede decirse: Julia de los Ríos y Vélez de la Guerra, la servidora más fiel, la única, de Concha Espina.

Era la chavaluca que aquella tarde —¿último atardecer feliz de mi madre?— la estuvo mirando largo tiempo, mientras soñaba con entrar en aquella casa «que era para mí como el mismísimo cielo, hija mía…»

A la siguiente mañana es la partida para la capital. Don Víctor va preocupado; doña Ascensión, tranquila; las niñas divertidas con las

peripecias del viaje; y entre sus hermanas, Conchita lanzando su alma, «loca de vuelos», por su adorado paisaje. En una revuelta del camino, cuando ya deja de ver la torre hermosa de nuestra iglesia, Conchita alza y agita en el aire su pañolito, el de las despedidas. ¿De quién te despides, Concha? ¿De la paz, de la dicha, de Luzmela…? Eso es: de Luzmela.

Sin quitarse el polvo del camino, entra don Víctor en el «despacho». Al lado de don Cándido González, don Víctor se inclina, meditativo, sobre planos, cartas y documentos. En la calle «Cacho», el fabuloso criado «que hacía los recados antes de que se lo mandasen», ayuda al cochero a descargar el voluminoso equipaje. Doña Ascensión y las niñas ya han entrado en su casa.

Tardó un largo rato en subir don Víctor. Su juventud gallarda se inclinaba un poco. Subía despacio, tiró suave del cordón de la campanilla y entró directo al gabinete de su mujer, como distraídos los claros ojos; se sentó en una butaca, algo rendido el busto retador:

—¿Sucede algo, Víctor?

—Sucede, Ascensión, que si Dios no lo remedia, estamos arruinados.

Se llevó don Víctor una mano al corazón como si le doliera, mientras pensaba: «Esto me sucede por creer que he hecho algo *viendo los barcos venir…*»

Doña Ascensión, la esposa joven, serena y fuerte, pasa una y otra vez su mano cálida, enamorada, sobre la cabellera clara de don Víctor; lo hace con ese modo de acariciar que lleva en sí un consuelo, una esperanza. Y le dice unas palabras animosas, levantadas, casi alegres. Y advierte, recogiendo sobre sí el peso de la ruina quizá prevista:

—No hay que decir nada a las niñas, ¿oyes?, ¡nada!

Marido y mujer, más unidos que nunca, salen del gabinete enlazados, para reunirse con sus hijas. Inquieta a doña Ascensión aquel frecuente gesto de don Víctor al llevarse la mano al pecho: no

sabía ella que un malestar indefinible, de seguro nacido dos días antes al abrir en Luzmela un abultado sobre, había lastimado para siempre aquel corazón bueno, fantástico, generoso, iluso.

Iluso y fantástico como aquel «ilusorio proyecto» de crear un puerto artificial entre Comillas y Suances. Me cuenta un nieto de don Cándido: «En este negocio fabuloso les fue tan mal a don Víctor y a don Cándido, que, como si fueran dos buenos hermanos, disuelven la «Sociedad Espina y González» para atender a los compromisos».

«Atender a los compromisos» quería decir en aquellos tiempos honestos pagar religiosamente a todo el mundo; quería decir vender don Cándido sus regias fincas de León, sin dejar una sola tierra de pan, ni un bosque, ni un caserío. Y vender todas las virgilianas tierras de don Víctor en Asturias, casas, ganados y praderías; y las de doña Ascensión, estas tierras que yo miro sin envidia y con deleite: Bernejo, donde pacía la vacona del cuento de Concha Espina, «El Rabión»; Hontoria, en la orilla del Saja, y Navas, de tendidas praderas: esto que es para nosotros la «Arcadia perdida», pero sólo perdida para el «interés», no para el disfrute puro de la belleza: porque nosotros podemos pasear apaciblemente por Hontoria, por Bernejo, por la extensa, dulce nava de Navas…

Íbamos en que se vendió todo: en Santander, don Víctor ya no quiso mirar más hacia el mar, ni pensó si los barcos iban o venían. Ya no era armador, ni terrateniente. Y pensaba en Luzmela como en un refugio.

Pasaban los días y Conchita posaba de nuevo su frente en los cristales, o se apoyaba con gracia melancólica en la barandilla de un balcón: siempre en consulta con su gran amigo, el mar. Le había abandonado por sus días de Luzmela y ahora le saludaba abarcando toda la bahía en su extática, honda mirada… Y Santander, «puerto de muchas velas», «armadura de muchos barcos», se le queda ya para siempre en el alma, bien grabado, desde la dársena de Maliaño hasta Cabo Mayor, con las rubias playas del Sardinero, con el ábrego loco, «ese viento pagano y azul, que suele andar desnudo»; la

Alameda de Escalante, el Paseo de los Santos Mártires. Y el rumor de las marejadas, el del bullicio popular, las sirenas de los barcos: y aquel son, entre todos distinto, seguro, exacto, de las campanas catedralicias.

Y Concha Espina hacía versos. Me cuenta el abogado don Jacinto Gutiérrez: «Los primeros versos de tu madre se publicaron en *El Atlántico,* gran periódico en el que con frecuencia aparecían artículos de Pereda, de Amós de Escalante y de los más eminentes escritores montañeses. Tengo para mí que se publicaron en las fechas del 14 y 28 de mayo, no recuerdo el año, dedicados a la Virgen y bajo el anagrama de *Ana Coe Schnip…*»

Este anagrama no se había inventado así de cualquier manera: don Adolfo de la Fuente, ilustre escritor, traductor de Víctor Hugo, muy amigo de don Víctor, lo formó para Conchita con delicado designio.

Aún vivieron dos años de los restos de su fortuna, «al garete» don Víctor, sin saber qué rumbo tomar. Un «conocido» —que no un amigo— indiano, le encuentra en el Círculo. Preocupado, le cuenta mi abuelo su mala suerte, y resume su fracaso:

—Ahora, estoy en la ruina…

—No se apure: tengo *yo* para *usted* un destino magnífico.

Alzó violento la cabeza mi abuelo: *¿aquel* hombre tenía *para él* un destino magnífico…? Se puso en guardia. El indiano, que no era uno de esos indianos de espléndida honestidad, sino un «chupatintas» ascendido a millonario por malas artes, le expuso su plan. Allí estaba la Aduana de Cuba: él se encargaba de que don Víctor Espina la regentase: precisamente el Ministro de Ultramar era amiguísimo suyo; no había que pensarlo más:

—Se marcha usted, don Víctor, y en dos años, fíjese bien, sólo dos años, vuelve usted millonario —se le encendían chispas de soberbia en los ojillos ratoniles—. ¡Igual que yo…!

Don Víctor estiró toda su gallardía dentro de la levita impecable: miró al chupatintas con despacio e indagó, un poco incisivo y muy

lleno de sospechas:

—Primero tengo que saber cómo puede uno hacerse millonario en dos años… ¡Yo que no sé hacer nada!

—Pues —y aquí una palabra «gorda»— «apañando», don Víctor, «barriendo para adentro». Es facilísimo en esa Aduana; ya le digo, en dos años, sí señor, inmensamente rico vuelve usted.

Como don Víctor, aunque de carácter nobilísimo, tenía un genio de miedo, tuvo miedo de su propio genio y de que él le llevara a darle una patada a aquel villano. Para dominarse, se levantó despacio en plan de despedida; tomó, lento, su aún precioso bastón, y sus guantes y su sombrero, se estiró, como era su costumbre gallarda, casi fiera; en fin, tuvo las manos ocupadas para no tener que dar su diestra limpia a aquel pobre rico. Pero no pudo contener la frase (eran amigos de «frases» nuestros abuelos, gracias a Dios):

—Se hace tarde, *don* Braulio —y recalcó el *don*— Me espera un amigo. Adiós… ¡Ah…!, y busque usted quien quiera hacerse millonario robando a España: Víctor Espina, no.

Y se fue tranquilo; no creyendo que había hecho el héroe, sino simplemente que había cumplido con su estricto deber.

Se marchó tranquilo, pero al llegar a casa la intranquilidad mayor reinaba en ella. Su mujer, fuera del hogar desde varios días cuidando a una enferma —la santa manía de la abuelita— se había contagiado y avisaban que estaba realmente mal.

Y en siete días, aquellos clásicos «siete días» antiguos de la pulmonía, una pulmonía infecciosa se llevó del mundo a una extraordinaria señora de España, doña Ascensión G. Tagle y de la Vega. Su entierro, en nuestro Luzmela, aún lo recuerdan los muy viejos. Llegaban los coches, de caballos naturalmente, que la acompañaban de la capital, desde la iglesia hasta un bellísimo arroyo, como de égloga, que viene a ser como el atrio del ayuntamiento allá en mitad del valle. La señora que moría arruinada tuvo un cortejo de reina; la gente toda del valle se volcó en nuestra aldea.

Se quedó don Víctor sin sombra, rodeado de muchachitas en flor. Se quedó quieto bajo el golpe, como nos sucede siempre en una desventura así. Y así se estuvo en Luzmela muchos días. Ya no podía, ni quería ni tan siquiera «ver los barcos venir…»

Regresan a Santander. María, Concha, Rosario y Mercedes forman un coro entristecido y hermoso alrededor de su padre. Fincas y alhajas aún dan para vivir un largo tiempo. Vuelve de su abstracción mi abuelo y se previene. «Hay que trabajar: ¿en qué…?» —Miró sus finas manos de hidalgo…— «¡No sé, Dios mío…!»

Este señor amigo que encuentra a don Víctor en el Muelle santanderino sí que es un *señor* y un *amigo*; y una bondadosísima persona: don Santiago López, primo del marqués de Comillas.

—¡Tanto bueno, Víctor! —y un gran abrazo.

—¿Usted en Santander, Santiago…? Le hacía en Barcelona.

—He venido para asuntos de la Trasatlántica.

Con su obsesión a cuestas, poco tarda mi abuelo en contarle a don Santiago López su mala fortuna, la angustia de su situación. Nadie diría, viéndole aún tan galán y siempre tan impecable, tan sereno exteriormente, que don Víctor Espina estaba en la ruina absoluta. Le escucha don Santiago López muy atentamente, y reposado, midiendo sus palabras, inicia con delicadeza:

—Yo tendría algo para usted; pero es tan poco, tan oscuro, Víctor, que no sé si debo…

Deja don Víctor que se derrumbe su vanidad, y con humilde orgullo, acepta:

—No me importa que sea oscuro. Sólo quiero un seguro de existencia decorosa para mis hijas. Son muchos y tremendos los golpes que han derribado mi vida.

Y así como no se entendieron el chupatintas ladrón que le ofrecía el oro y el moro a don Víctor Espina —«¡millonario en dos años, igual que yo!»— se entendieron a las mil maravillas el bondadosísimo don Santiago López y mi abuelo.

Quedó decidido que la administración de las Minas de Ujo correría, en cuanto don Víctor lo dispusiera, a su cargo.

Esta noticia, ya insoslayable, cayó con bastante tristeza en el aún hermoso hogar de don Víctor. Bajaron las cuatro niñas la cabeza gentil. Había que deshacer la casa: vender, o llevar a Luzmela, los últimos restos de una maltrecha fortuna.

—Estamos arruinados, hijas —musitó don Víctor acobardado, doliente delante de aquellas niñas adoradas, mimadas, hermosas.

Guardaron ellas su pena. Conchita dijo:

—Falta mamá… falta todo. Iremos contigo y haremos lo que tú digas.

Por de pronto volvieron, después de malbaratar su casa de Santander, a Luzmela.

Luzmela era siempre el refugio, la paz.

Capítulo V

LA BODA

Cuajaba el verano.

Ya se sabía por todo el valle que, en Luzmela, «la casa de la Plaza» guardaba a cuatro niñas enlutadas muy lindas:

—Sobre todo la segunda, amigo Ramón, tú no te das idea, qué maravilla: ¡qué talle, qué manos, qué ojos, qué boca…!

Los jóvenes hidalgos de Cabezón de la Sal, la «capital» de uno de los Reales Valles de la Montaña de Castilla, donde Luzmela se engríe, se hacían lenguas de aquellas muchachas, la segunda sobre todo, Conchita, Concha Espina.

Ramón de la Serna y Cueto no quiso oir más; impetuoso, dejó a sus amigos con la palabra en la boca:

—¡Me voy a Luzmela ahora mismo, a conocer a Concha!

Y con la violencia de sus veinte años violentos, montó a caballo, le dio un grito y le espoleó hasta hacerle saltar. Un toque con el

látigo finísimo, y voló por el valle locamente Ramón de la Serna y Cueto.

Era muy guapo aquel muchacho; era distinguido, presumido, elegante: era rubio. Tenía los ojos azules…

El caballo de Ramón de la Serna fue siempre el mejor de la comarca, y él un jinete espléndido. Ambos, se veía, eran «de raza».

Con la misma violencia con que voló por el valle en busca de Conchita, sin saber por qué, quizá por el encanto de saberla difícil, se enamoró Ramón de Concha.

Fue su enamoramiento una exigencia juvenil que le impulsó arrebatadamente: tanto y con tal ímpetu que Conchita no tuvo más remedio que acogerle a su lado y alzar los ojos negrísimos hacia los ojos azules, perentorios, audaces, de Ramón.

—¡Tenemos que ser novios…, tienes que quererme…, tienes que casarte conmigo! ¡Dime que sí!

Ella, soñadora del «amor ejemplar que no termina», le confundió con aquella inquietud, aquel ímpetu, aquel carácter que arrebatadamente se le imponía. Y dijo «sí»: era, de seguro, «el sí de las niñas» que Moratín glosara; el «sí» que no se apoya ni enciende precisamente en una exigencia del alma.

Tenía Ramón de la Serna que realizar, en pocos meses, un viaje entonces largo, muy importante. Acababa de morir su padre, el buenísimo don José María de la Serna y Haces-Barreda. Y era menester vigilar los restos de una opulenta fortuna que allá en Chile se desangraba en manos ajenas. Entre sus hermanos, Ramón era el indicado para ir.

—¿Vendrás conmigo, di? Nos casaremos enseguida, ¿quieres?

Deslumbrada por las lanzas agudas de aquellos ojos tan claros, Concha dijo a todo «que sí». Capituló su predestinado corazón bajo la mirada urgente del novio.

Desde la calle, ya montado en su jaca, exigía él pocos días después de conocerse:

—Hasta mañana…; mañana hablaré con don Víctor.

Asintió ella, diciéndole adiós con la mano pequeña entre las madreselvas.

No hubo más que decir. «Fue una boda relámpago», me contaba hace poco un viejo amigo. Se celebró en Luzmela.

Vestida de blanco, Conchita Espina repitió ante el altar barroco de nuestra hermosa iglesia tres veces el «sí de las niñas», y se dejó poner el «anillo de la eternidad». Cuando el sacerdote unió las dos manos, la de mi madre se sintió bien sujeta a la de mi padre, con fuerza, con dominio.

Acostumbrada a replegarse en sí misma como una planta sensitiva, nadie advirtió en Concha Espina, al salir de la iglesia, dulcemente sonriente, el tumulto que ya se iniciaba dentro de su corazón, ni la tormenta que su inteligencia presagiaba.

Sólo un gran amigo suyo, un caballero que por su edad y condición le servía de consultor y confidente, supo de estas inquietudes.

Porque la noche anterior al día de su boda, Concha, con el traje nupcial tendido en el sofá de su gabinete, estuvo desvelada y sola. No quería inquietar a los suyos, como tantas veces nos ocurre, y buscó a su amigo de otros días tranquilos. Empezó una carta: «Querido Salvador…». Y le hace partícipe de su gran preocupación, de lo poco que ha meditado el paso que va a dar… Una carta «interesante y triste». Su dueño era, en nuestros días, el hijo mayor de don Salvador Gutiérrez de la Concha, a quien estaba dirigida. «Esa carta de tu madre —me dice don Jacinto Gutiérrez— escrita la noche anterior a su boda, la tenía ella en su poder, por haberla yo llevado a Luzmela hace dos o tres veranos para leérsela y haber mostrado deseos de que se la dejara para conservarla. Seguramente la encontraréis entre sus papeles, y te repito los deseos que expresaba en mi carta a tu hermano Luis de ser yo quien la conserve, si a vosotros os parece bien, como prueba bien señalada del afecto que durante toda su vida tuvo a mi padre y al que en tan alto grado correspondía éste…»

No hemos encontrado la carta «interesante y triste», llena de presagios: yo estoy segura de que mi madre la rompió. Guardada con amor, primero por don Salvador Gutiérrez de la Concha, el caballero montañés más extraordinario que hemos conocido, y después por su hijo y heredero de bufete de abogado, don Jacinto Gutiérrez, perseveró aquella carta de Concha Espina en víspera de casarse: en la hidalga mano de estos dos hombres estuvo bien guardada. Hasta que hace dos años volvió a poder de quien la había escrito… Sí, de cierto que mi madre la rompió. Yo tengo todos sus papeles: y no la encuentro.

La tormenta que presagiaba su corazón iba a estallar muy pronto. El viaje de bodas fue largo —larguísimo entonces—, hasta Chile, en busca del tesoro en peligro.

«La catástrofe económica fue espantosa. Mi padre, que casi acababa de dejar las aulas, se vio arrollado por una jauría de chacales que habían despedazado en pocos años su fortuna y la de sus hermanos. Entre usureros y administradores venales se liquidaba una de las más fuertes haciendas del virreinato: la de mi abuelo paterno, don José María de la Serna y Haces-Barreda…» —cuenta mi hermano Víctor de la Serna en el prólogo de las «Obras Completas» de nuestra madre.

Capítulo VI

VALPARAÍSO

«En los ojos la pena,
en la boca el sigilo…»

De *Entre la noche y el mar*

De aquellos días de Valparaíso es el retrato de mi madre hecho allí y que ilustra estas páginas. La estática belleza de Concha Espina

se acendra en esa mirada hermosa, en la expresión de los ojos inmensos, de la dulce boca… «En los ojos la pena, en la boca el sigilo…»

Nadie duda, al mirar esta estampa, que es una criatura extraordinaria la que está contemplando.

—Es un retrato —me decía un viejo, noble y galante amigo suyo, cuando aún ella vivía…—, un retrato —repetía calmoso—, al que dan ganas de dar un beso…»

Y le he puesto en estas páginas porque es, exactamente, de cuando mi madre empezó a «ganarse la vida».

Veintidós años:

«Hallé muy difíciles los nuevos caminos de mi existencia, allá, en Valparaíso. Había juntado dos cunas en el hogar errante y miraba con inquietud en torno mío, sin saber cómo salvar las frágiles navecillas. No tuve allí amigos ni confidentes de mis penas; mas solía mantener íntimos coloquios con cierta imagen de la Virgen, mi Patrona. Y una noche, a la puerta del templo dónde entré a rezar, me entregaron un periódico: era chiquito, humilde; publicaba poesías y artículos sociales: se titulaba *El Porteño*. Pregunté noticias de aquel semanario y me dijeron que lo patrocinaba don Ramón Angel, Gobernador eclesiástico de la Diócesis.

»Al día siguiente, me fui calle adelante, por la más céntrica de Valparaíso, a impulsos de una fuerte esperanza. Llamé en una vivienda muy principal, preguntando por don Ramón Angel; y recibida al punto, hallóme confundida ante un sacerdote de noble aspecto que me invitó a sentarme y quedó aguardando.

»—¿En qué puedo servirla? —interrogó.

»Yo miraba un gran retrato de León XIII, el Pontífice de los obreros, suspendido sobre el sillón del cura, y daba vueltas con mucha timidez al preparado mensaje.

»—Venía —dije al cabo— a ofrecerle a usted mi colaboración para *El Porteño*.

»—¿Es usted escritora? —murmuró el Gobernador sorprendido.

»—Soy… poeta.

»—¿Hija de España?

»—Sí, señor —respondí contentísima.

»Estaba orgullosa igualmente de mi patria y de mi numen. Y, pobre novicia en achaques de periodismo, desplegué, llena de orgullo, unas cuartillas con versos españoles.

»Don Ramón Ángel sonreía preguntando los motivos de mi expatriación y la historia de mi literatura. Hasta que oyó un ingenuo relato, enterándose de que yo sufría mucho y necesitada ganar dinero. Dejó de sonreír, pasó la vista por las estrofas conmovido, y pronunció con lástima:

»—Los versos, hija mía, no se pagan en nuestro periódico. ¿Por qué no acude usted a las publicaciones diarias de Santiago, a las de aquí mismo…?

»—¡Son tan grandes…! No me atrevo.

»—¿Y no escribe usted en prosa?

»—¿En prosa? —repetí con susto.

»En mis ojos se dilató, sin duda, una ansiedad tan triste que el sacerdote, mirándome compadecido, sentenció con sabia dulzura:

»—¡La vida es prosa!

»Después averiguó con solicitud el domicilio de la extranjera que se despedía con los ojos llenos de lágrimas.

»Yo, señalándole los versos, insinué desoladamente:»

—De todos modos, si le sirven…

»—Me sirven, los guardo y espero que nos mande usted más.

»*El Porteño,* chiquito y humilde, quiso pagar con tal esplendidez la colaboración de la niña poeta, que el éxito de aquella primera salida por el campo crematístico de las musas me alentó al través de muchos periódicos del mundo…»

Volvía mi madre de su «primera salida» más conmovida que decepcionada. Caminaba con sereno paso, y con aquel aire suyo de *madonna*. Sentíase más valiente que temerosa. Estaba sola con dos

niños. La fidelidad y la obediencia al Sacramento la retenían junto al esposo.

Cavilaba ella muchas cosas de vuelta de su visita al sacerdote don Ramón Ángel. Y tres cruces se alzaban sobre el volumen doloroso de sus pensamientos: los hijos adorados, el trabajo, la fe.

Era ya anochecido cuando, después de entrar en la Parroquia, Concha Espina enfiló la calle en que vivía. «Con su vestido modesto, la castellana hace honor a la dignidad de su pobreza, pero no esconde la prestancia física… Aunque esta mujer saborea hoy el gusto de las cosas vivientes con saludable gracia, su potencia afectiva se reduce a la Caridad, inspiradora de sus actos. Su vida es aguda como el grito del deber: la madre percibe distintamente las voces del mandato divino, y la tierra repercute, con eco sonoro, bajo sus pies menudos…»

Los pies menudos que desde las avenidas principales —de la Victoria, del General Cruz— se dirigían valientes y seguros, asustados también —«el pavor es la condición previa del valor»— a la calle modesta de Yungay. Si a su hermosura la persigue y la sigue la admiración más viva de los hombres, su expresión, su ademán, su mismo andar mesurado y grave, tristemente gracioso en una madrecita que es una niña casi, contiene a los galanes, que se contentan con admirar de lejos aquella extraordinaria juventud.

Todo su señorío y su altivez —el de su alma y el heredado— se le subleva, bravío, cuando ve que la siguen, que le mandan a la casa flores y noticias alarmantes por su tono de galantería: al sentirse codiciada se indigna y se arrebata. Y como su hogar está apartado del centro, solitario, en esta tarde en que regresa ya anochecido, con un sabor a oraciones en la boca, apresura su andar porque ha notado que unos pasos, una sombra, la siguen. Tanto se aceleran los pies menudos que la sombra no puede alcanzarla; y Concha Espina logra el portón de su casa justo para ver a pocos metros la figura de un hombre joven, que mantiene dentro del respeto su afán por la señora. Las manos breves, que hacen girar una llave grande en la

cerradura, empujan seguidamente las pesadas maderas con tal ímpetu, que el pobre galán comprende que auténticamente le han dado «con la puerta en las narices».

Concha Espina sonríe ya a buen recaudo, si agitada, un poco divertida. Y la sonrisa se le convierte en gesto de sentimiento adorable, y se siente más niña y más enamorada que nunca de dos amores que tiene allí, en el piso alto de la casa. Ramón y Víctor de la Serna y Espina duermen arrullados por una criadita india. La madre, maravillada, escucha desde la escalera a oscuras «el soniquete monótono y dulce de una voz muy joven que levanta apenas un ingenuo cantarcillo de cuna:

«Señora Santana,
que dicen de Vos,
que sois abogada
abuela de Dios…

Esta guagua linda
no quiere dormir,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir…»

Era Ramón, Ramoncito, el que cerraba los ojos y los volvía a abrir, magníficos, fastuosos, inquietos y serenos a un tiempo: Ramón no quería dormirse si su madre no estaba a su lado. Víctor era como un ángel, y como era más pequeño y de menos malicia, se dormía apacible, como si entendiese lo que su niñera le hablaba:

—Duérmase, mijito; la mamá no está en casa y luego cuando viene ella, mi niña, tiene que trabajar ¡tanto mi Dios! con los papeles y con los libros… duérmase pues…

Ante estas conminaciones cándidas, Ramón decía, sin hablar, «que no», inquieto y vivo. Y acababa por despertar a Víctor. Cruzaba la mirada de sus ojos negros con los ojos verdes de Ramón. Quizá en el subconsciente pensaba Víctor:

—Este pelma no me deja dormir en paz…

Y quizá Ramón pensaba:

—Ya podía éste hacerme coro, a ver si mamá viene.

Y la mamá venía. Subía corriendo la escalera. Y no sabe a cuál de los dos, a los dos seguramente, aquieta y tranquiliza con el más grande afán: en tanto que los mece, es ella la que canta, con muy mal oído, con muy buen amor, la nana castiza de Chile, «llena de alusiones crédulas y raciales».

«Señora Santana,
abuela de Dios,
duerme a la guagüita
de mi corazón.

Cállate, mijito,
que tengo quehacer,
lavar tus pañales,
bordar y coser…

La Virgen lavaba…»

Se detiene un momento Concha Espina. «¡Qué pensamiento vanidoso he tenido…! «La Virgen *lavaba*. Ella, la Reina, la Inmaculada; y estaba yo pensando que era muy áspera esa labor para mí…»

Y sería entonces —pienso yo— cuando Santa María le dijo a mi madre que ni alta estirpe, ni blasones, ni educación refinada la evadían del trabajo: de *todo* trabajo.

Así, revestida por la merced de Dios de fortaleza y de ternura, de inmensa voluntad, juró mi madre —lo sé muy bien— desde aquella hora «ganarse la vida» y ganar la de sus hijos. Así lo cumplió, hasta la primavera —el más alto día de la primavera, la Ascensión del Señor— del año 55.

Hay que ponerse, debe ponerse el lector dentro de la distinta sensibilidad de la época. No había por aquel entonces señoras en el mundo que escribiendo se ganasen la vida. ¡Ay…!, no era como ahora. Estoy por decir que incluso estaba «mal visto» en aquel sector social donde mi madre se había movido hasta entonces. En nada de esto meditó ella, naturalmente. Concha Espina, sola, con la tremenda y frágil compañía de Ramón y Víctor de la Serna, perdida la hacienda de sus hijos y la suya propia, echó el paso adelante con la fortaleza y la sencillez con que suelen hacerse las cosas extraordinarias.

Veintidós años: una hermosura espléndida; una sensibilidad agudizada hasta la yema del alma, y hasta la punta de los dedos. Porque fue en esos días cuando Concha Espina advirtió que decididamente ya no tenía más servidumbre que una criadita india: miró con sorpresa repentina que sus zapatitos —el más pulido calzado de Santander— se iban mustiando sin remedio: los guantes de Suecia, todos estaban gastados asimismo… Sólo había nuevo en la casa —y reparó en ello Concha Espina con estímulo alegre— el relumbre de los ojos negros de Víctor y el de los ojos verdes de Ramón. Y su rosario hermoso de plata. Y su belleza: nada más… Porque los ojos azules, jóvenes también, imperiosos y brillantes, habían perdido para siempre su poder sobre mi madre; el poder sobre su corazón; ella seguía siendo una esposa obediente a la voz sacra que le había dicho en la iglesia de Luzmela: «La mujer obedecerá al esposo…»

Un eco de esa voz le repitió una tarde en su Parroquia de Valparaíso: «obediente, sí; pero, escucha, hija mía: no hasta el sacrificio…»

Deslindados ambos consejos, la primera rebelión de mi madre fue así:

—¡Concha!

—Dime…

—¡¡Necesito ahora mismo…!!

La voz de mi madre se alzó apenas sobre la voz que exigía; dijo tan sólo, apacible y segura:

—Lo haré en cuanto acabe este trabajo. Ahora —¿sabes?— estoy trabajando, y es muy urgente: espera un poco.

Se inclinaba la bellísima frente sobre las cuartillas y la pluma se movía incansable para cumplir unas colaboraciones que le solicitaban ya con mucho interés desde Buenos Aires, para *El Correo Español*.

Los ojos azules miraban y no creían. Concha Espina descubría su enorme fuerza de voluntad. Si hubo horas de abatimiento y de dolor en aquellos días de mi madre, lo espantaban con sus manos los hijos pequeños. Y sólo quedaba una madre, que sin desmayo trabajó desde entonces hasta el más alto día de la primavera, año de 1955.

Siempre fue nuestra madre tan pulcra en su atavío que ni en sus horas más negras ni más trabajadas le faltó nunca tiempo para estar lindamente compuesta. Y allí, en el destierro y la soledad, sus pocos años se miraban en el espejo; y las manos hábiles daban vueltas a las galas mustias; y hablaba con su madre; como era poeta, le decía en poesía limpia, de romance:

«… Y no sé, madre mía, qué hice
de aquella elegancia
tan pulcra y bonita
que tú me enseñabas.

Ya no visto las telas joyantes
de mi bienandanza,
los barnices de mi fantasía,
mi túnica larga,
la de tres urdimbres
como las antiguas estofas de España,
como las virtudes fuertes de mi raza...

... No sé quién esconde
la llave del arca
donde tú pusiste
mi atavío de niña mimada,
los tarros de esencia
divina y humana,
licores lustrales
de cada mañana,
las mudas y adobos,
el lienzo y el agua
para ungir el cuerpo
y vestir el alma.

He perdido mi ropa de fiesta,
mi aliño de gracia,
el viático puro de las ilusiones
para mi jornada...»

Esto le contaba mi madre a la suya: en verso, porque ella era poeta. Desde las cunas aún lindas, aún preciosamente vestidas, dos niños criollos, Ramón y Víctor, dulcemente tesoneros, decían a su vez «que no»: y en el idioma de los niños pequeños, que sólo las madres entienden, aseguraban a Concha Espina que ella no había perdido, no, «el viático puro de las ilusiones» para andar su áspero camino. Allí estaban ellos para auxiliarla, tiernos y poderosos.

«Con los últimos cartuchos que hicieron estallar de lo que quedaba de una cercana opulencia, y a bordo de un barco inglés, el *Orellana*, doblamos todos la Tierra del Fuego, camino del puerto de Santander…» —cuenta mi hermano Víctor de la Serna.

Semanas antes, para que mi madre tuviese todas las experiencias del mundo, un terremoto espantoso sacudió la tierra de Chile. Quién sabe cómo mis padres lograron huir de la casa, enferma ella, con Víctor en brazos: la criada india que adoraba a mi madre y la ve inerme y febril, clama con el ansia de servirle, entre remezones de la tierra, la «tierra firme» que se abre y se hunde a su paso:

«—Jesús de la Buena Esperanza… Diosito nuestro —reza elevando su petición a las nubes—. ¡Asómate acá para darme socorro…!»

Y el socorro llega con la presencia de un criollo hidalgo, de estirpe montañesa. En el hogar de su madre, *una casa baja hecha a prueba de temblores, calle de la Esmeralda, número 22*, mi madre y mis hermanos, *al buen amor de un chileno, debieron la hospitalidad más dulce y santa de su vida*.

En tanto Doralisa, la criadita india, regresa de la casa deshecha de mis padres con ropa y cuanto le hace falta a su señora. Si ella le interroga, con susto, cómo pudo acertar en la noche con los restos de su hogar, Doralisa, relucientes los ojos, explica expresiva:

—«Atiné seguidito por la escalera y agarré, ligero, lo que me hacía falta; a oscuras, como un gato…» —Y lamenta, plañidera… «… Y el ajuar de la señorita partido: sobre la cuna de la guagua chiquita se cayó una pared…»

Era verdad: un trozo de muro, espeso y fuerte capaz de matar a un hombre, había derribado la cuna de Víctor.

«Y doblamos todos la Tierra del Fuego, camino del puerto de Santander…»

Concha Espina volvía a España y traía, para siempre, «en los ojos la pena, en la boca el sigilo…»

Capítulo VII

LA ESCRITORA DE LUZMELA

Llegaron mis padres con Ramón y Víctor a Luzmela desde Valparaíso. Viaje recto.

Concha Espina no regresaba a su patria desalentada ni vencida, ni mucho menos. El infortunio la exaltaba y alzaba en vilo.

La «gracia abundante» con que Dios dotó a mi madre, y hasta su increíble resistencia física, unidas a la voluntad y al entendimiento —ella decía que memoria no— eran el cimiento inconmovible que sostuvo el palacio de su vida, mejor dicho, el templo: el hogar en templo convertido.

Tenía inmensa fe en Dios, y fe en sí misma también. Sólo así se comprende que una criatura de selección, encerrada en un círculo de montes y en un círculo de prejuicios, se abriese camino en silencio, en soledad.

Seguía colaborando en *El Diario Español* de Buenos Aires, y en algún periódico de Santander. Firmaba, por entonces, Concha Espina de Serna.

En los años que vivieron mis padres en Luzmela y en Cabezón de la Sal, de Concha Espina se hubiera podido decir lo que Federico García Lorca diría, muchos años después, de otra señora de mi familia, María Gutiérrez Cueto y Blanchard, la gran pintora prima de mi padre.

Así decía Federico de ella: «Aguantaba a los demás y permanecía sola, sin comunicación humana, tan sola que tuvo que buscar su patria invisible, donde corrieran sus heridas mezcladas con todo el mundo estilizado del dolor…»

Y a pesar del dolor, no era nuestra madre una criatura triste, ni muchísimo menos: tenía donaire y gracia, era viva en la réplica como buena santanderina, y como tal, un poco burlona: se habían hecho famosas, cuando casi niña, sus *semblanzas*. En La Concha, y en la casa mayorazgo de los Gutiérrez de la Concha, había pasado mi madre, de soltera, muchas y felices temporadas. Cada tarde —al caer la tarde— era obligado en el salón organizar un baile. Y me recuerda uno de los hijos de aquella hidalga casa: «Tu madre nos entretenía a todos con sus *semblanzas*. A una señorita del vecino pueblo de Cueto, que se nos colaba todos los días, señorita baja y rechoncha, muy llena de perifollos, le colocó la siguiente cuarteta, que al cabo de los años mil no se nos olvida»:

«Baila de un modo imponente,
sobre todo el rigodón,
y resulta proporción,
de Cueto, completamente…»

La frase «resultar proporción» era un latiguillo y modo de expresar de aquellos tiempos. Época también de los inventos fantásticos,

entre ellos el que habría de desembocar en el automóvil de hoy. Y a un buen caballero, don Liborio por nombre, le pone Conchita Espina un tanto en solfa a costa de su invento, al que él llamaba el *locomóvil* y que sólo se movía en las cuestas abajo… «Inspirada» mi madre en tan extraño suceso y en la divertida figura de don Liborio, dice:

«Tras quince años de invención
vio premiado su trabajo,
pues aunque sin dirección
anda el coche… cuesta abajo.

Si no se rompe el bautismo
en algún descendimiento
se ha prometido a sí mismo
perfeccionar el invento…»

Esta ironía de buena calidad, junto a las divertidas *aleluyas* que aún hace poco le distraía inventar, son el testimonio del amable carácter, alegre, y de la gracia social que la investía. Imitaba deliciosamente, en la voz y en el gesto, los perfiles cómicos de la gente, y nos hacía reir y reía ella misma hasta las lágrimas, con sus parodias. No; no era Concha Espina una desventurada mujer que se lloraba a sí misma, al estilo de la dulce Rosalía de Castro, la gran poetisa tan amiga del lamento, siempre gimiente de sus propias desventuras.

Para sus desventuras tenía Concha Espina «su patria invisible». Por eso supo hacer grata y tranquila la vida a los demás.

En Luzmela pasó mi madre cinco años. Y a pesar de su sereno continente casi alegre, tuvo, en aquella época, como nunca

acentuados «en los ojos la pena, en la boca el sigilo».

Ya no vive nadie de su familia allí y no hay señores en «el pueblo de los señores». Sólo tiene una amiga, que por fortuna vino a ser la dueña del historiado palacete del que ya hablé. Isabel Mac-Lennan, irlandesa *pasada* por Bilbao, intimó con mi madre. Cada tarde, iba Isabel en su busca: era una dama un poco fantástica, muy buena y muy gentil. Daban un largo paseo y si el trabajo de mi madre lo permitía, se quedaba después en el «chalet», al que Isabel había dado mejor tono: las dos señoras jugaban al billar.

—Es bueno para la esbeltez —decía mi madre.

—Sí, Concha, sí; ¿jugamos entonces, Concha?

—Sí —miraba mi madre su reloj de tapas—: hasta las ocho.

—Claro, claro; qué pena que no puedes quedarte más… Pero tendrás que leer un ratito, jugar con los niños…

—No, Isabel: tengo que hacer la cena, o por lo menos «ponerle la sal». Y a los niños tengo que bañarlos; hay que calentar el agua.

—¡Qué cómodo! ¿verdad?… Así por la mañana están ya dispuestos.

—Te aseguro que nada cómodo, Isabel: hay que sacar el agua del pozo, ponerla a calentar en grandes calderos. Incomodísimo de verdad: pero lo tengo que hacer.

Tenía que batirse en retirada Isabel; para ella todo era fácil en su complicado chalet; todo difícil en su casa para mi madre. ¡Pero eran muy buenas amigas! Y jugaban al billar muy bien. Isabel era tan bondadosa que se dejaba ganar por mi madre muchas veces.

A pesar de los pesares, adora mi madre a Luzmela: allí le nace un hijo maravilloso, José, Joseíto: otros dos años, y nazco yo, nada maravillosa por cierto. Se lamentaban las mujerucas y las mozas:

—¡Mira que estuvo bueno… tan preciosos como son los tres niños de «la Señorita», y la chiquilluca qué poca cosa es!

Era ciertísimo. De la belleza, sobre todo del último de mis hermanos mayores, José, se hablaba en los contornos, y se armaban pendencias: lavaban las aldeanas en el río de los Abedules, y

mientras sus manos «embellecen cosas sucias», entre la espuma de la corriente y la del jabón, riñen y llegan al clásico debate de «tirarse del moño», por si la cara de José es más bonita o no que la de no sé qué niño de la comarca, de la provincia, de España… Que los montañeses, nobles o del «estado llano» —y hay pocos de estos últimos— creemos que la Montaña es el centro de España, de Europa… dejando América a un lado.

Joseíto, además de hermoso, era tímido y dulce, con aire angélico —así me lo han contado—, y es que presentía que pronto iba a ser un ángel de verdad.

Ya Ramón y Víctor no podían seguir en Luzmela. Luzmela en un lugar apartado, alto entre nubes y montes, maravilloso, solitario. Los dos niños mayores tenían que estudiar porque ya querían «ser algo». Como sólo veían pastores, querían ser pastores. Mi madre les acariciaba las frentes amplias, les tomaba de las manos finas y decía como para sí misma:

—Algo seréis algún día; lo sé yo muy bien… ¿Pastores?… ¡hay tantos modos de ser pastor!

Ellos la miraban embelesados: y corría Ramón a perpetrar alguna diablura, casi siempre de fantástica gracia; mientras Víctor dejaba nacer en su ánimo de niño lo que más tarde sería el dinamismo —sólo comparable al de nuestra madre— de su vida: lo hacía ante el modelo materno: se quedaba muchas veces quieto, pensativo, como si no hiciera nada. Es que pensar da siempre mucho quehacer, y lleva mucho tiempo.

Don Enrique Menéndez y Pelayo —el único hermano varón de don Marcelino— urgía a mi madre para que saliese de Luzmela y se acercara a lugar más civilizado.

Allí, muy cerca, está la Villa del valle; que si tiene pastores, ganados y praderías, también médicos ilustres, profesores, abogados…

Una tarde de primavera, Concha Espina cerró el último postigo de su amada casa, hizo la señal de la cruz al encajar el ferrado

portón, y se dirigió a la carretera. Julia de los Ríos me llevaba en brazos a mí, recién nacida. Ramón y Víctor creo que lucían el aire aventurero de quien va a conquistar un mundo. Y Joseíto, abrazado a mi madre, se dejaba mecer por el traqueteo de la *cesta*, el coche clásico entonces, al que mi padre daba escolta a caballo.

Y llegamos a la villa de Cabezón de la Sal. La casona de mis abuelos paternos era tan grande, que apenas se notaba que había entrado allí mi padre con su mujer y sus cuatro hijos.

De aquel anclaje accidental en la casa de su marido, recordó siempre Concha Espina, con delicia, el bosque fantástico, «de cuento de hadas», que subía monte arriba y empezaba cerca de la casa, en un romántico jardín. No era el bosque de farmacéuticos eucaliptus, como es ahora: era de hayas y de robles, de cagigas y castaños: árboles nobles. En alguno de los ejemplares más hermosos vio Concha Espina dos iniciales enlazadas, y eran C. R.: Concha, Ramón. Mi madre acarició, como quien acaricia un imposible, aquellas letras que su novio había tallado con vehemente pasión. Una tarde, encima de ellas, con su fina tijera de bordar dibujó Concha Espina una cruz chiquita que pesaba mucho sobre sus gráciles hombros.

Dos criaturas ciertamente excepcionales encontró mi madre en la casa de la Serna y Cueto: y eran Josefina de la Serna y Dolores de la Serna. Josefina, rubia, con los ojos azules y muy dulces, era una muchacha de belleza ideal, y que para colmo de encanto, el romántico encanto de aquellos tiempos, estaba un poco delicada, con leve fiebre en los atardeceres…

Dolores de la Serna era una niña de fantástica hermosura: con unos ojos de esos que mi madre llamaba «anochecidos», ajados de regias pestañas: lucía el uniforme de colegiala, y dos trenzas fastuosas hacían marco a su cara perfecta. Estaba también María de la Serna, mi madrina, bonita y sobre todo distinguida, elegante, sociable, fina. Y otra hermana aún, Concha. Y tío Manolo.

Mi madre tenía una preferencia muy tierna por Josefina. Mi abuela paterna las dejaba a las dos en sus largas conversaciones,

por el jardín o por el bosque. Dolores se fue a su internado. Josefina se quedó en la casa y fue como un ángel allí para su nueva hermana. Y dio en decaer, lastimada de ese exceso de melancolía que suele hacer presa en las almas, en nuestra Montaña.

Había publicado Concha Espina su primer libro de versos, *Mis flores*, que don Enrique Menéndez y Pelayo prologó: los más cariñosos versos de aquel libro están dedicados «A Josefina de la Serna».

En una primavera, Josefina de la Serna se murió con la mano de mi madre entre las suyas. El balcón de su gabinete daba al jardín encantado, a la luz del sol poniente. Trepaba por el muro hasta el balcón un rosal magnífico y los pétalos pequeños del jazmín, «jazmín del Cabo», de aroma incomparable. Era al anochecer.

—Tengo sueño —dijo Josefina.

—Pues vas a dormir muy bien; ya verás como despiertas feliz… —le contestó mi madre, a solas con ella.

Veía a la vida huir de aquella cara tan bonita, tan nueva, de tan dulce encanto.

—Duerme, Josefina…

—No te vayas, Conchita; no me dejes sola; dame la mano.

—Me estoy contigo hasta que despiertes.

Josefina de la Serna hizo la señal de la cruz con una transparente mano exangüe, ese modo patético con que se signa el cristiano que está al borde de la eternidad, ese modo que podría llamarse «instinto del alma». Se durmió apacible, benditamente, para despertar «en la otra orilla».

Como se le había muerto el ángel de aquella casa, pronto mi madre halló modo de vivir, en la Villa, en una casa suya.

Seguía su labor de escritora sin que ningún suceso la alterase, con voluntad de diamante que no iba de acuerdo con el suave, delicado aspecto exterior de aquella hidalga muchacha, ya madre de cuatro hijos.

Ahora estábamos en nuestra casa; pequeña, pero con su correspondiente escudo —¿cómo no?— bajo el alero de un gracioso y característico balcón montañés.

En la parte baja, Concha Espina organizó su cuarto de estudio, con salida al portalón. Rescató unos muebles viejos de Luzmela, y con aquella gracia señoril que la investía, en un dos por tres tuvo el más hermoso cuarto de trabajo que se puede soñar. Un arcón, una gran mesa tallada, dos sitiales tallados asimismo; diversas sillas a cual más vieja y más bonita. Una librería extensa. Todo se conserva en la casa madrileña de Alfonso XII-32. En aquella mesa escribió mi madre desde *La Niña de Luzmela* hasta su último libro antes de la guerra.

Trabajaba denodadamente y exigentemente. No voy a hacer —me libre Dios— crítica ni elogio de la obra espiniana; pero no hay más remedio que ensartar en el hilo de esta historia, la historia de cómo mi madre trabajaba, y alguna de las circunstancias de su labor.

Por ejemplo: no hace mucho publicaba «*ABC*» un cuento de nuestra madre, *El Rabión*: es una pasmosa, pequeña obra maestra, según dicen. Su ritmo interno, su puro estilo, su dramatismo y esa presencia constante del paisaje que mi madre no abandonó jamás, están vivas, fragantes, en *El Rabión*. Y lo sorprendente es que esas páginas no son de su época de madurez; son de cuando mi madre era muy joven y empezaba a escribir. Y de cuando llegaba a sus brazos el último hijo, Luis de la Serna y Espina, fuerte, llorón, exigente y alegre.

Recién llegado Luis a los brazos de su madre, manda ella *El Rabión* a un concurso santanderino. «La exquisita sensibilidad de Menéndez y Pelayo, jurado entonces de un concurso regional de cuentos, señalo *La Riada* —así tituló ella en principio a *El Rabión*— como una aparición. Esto le valió a Concha Espina el primer trofeo literario de su vida: una figura de bronce de un escultor francés adquirida en un bazar de Santander, y que fue a adornar la mesa de roble centenaria en que mi madre ha escrito todos sus libros. No se

sabe si aquella escultura aludía a la Poesía o a la Fortuna; porque llevaba en las alzadas manos una lira, y, por otra parte, posaba los pies en una rueda. Lo que sí es cierto es que el inefable premio «fue como el símbolo revolucionario que abría el horizonte espiniano hacia las gloriosas empresas que le estaban reservadas», —dice Víctor de la Serna.

Como mi madre era bastante humorista, llamó «Fortuna» al premio, y, mientras le posaba en su mesa, comentó:

—Ya tenemos a la Fortuna en casa: ¡y yo que creí que la habíamos perdido!… Pero vuelve, aquí está.

Pero la Fortuna, como el dios Jano, tuvo dos caras en aquellos meses. Mi hermano Joseíto se nos murió una noche de mayo: tenía yo tres años pero me acuerdo muy bien: y me acuerdo que arrodillados, y apoyados en el barandal torneado de su camita llena de rosas, vi por única vez a mis padres juntos: fue también la única vez que los vi llorar.

Concha Espina llevó a su niño, vestido de marinero, hermoso como un ángel, al camposanto de Luzmela, a la sombra de nuestra espléndida iglesia: le parecía a ella que allí descansaría más a gusto su hijo, cerca del polvo cristiano de sus remotísimos abuelos, cerca de doña Ascensión Tagle.

Sí, Luzmela con su alto cementerio, que tiene rosas, cipreses, sauces y bojes, es un bello lugar para el descanso, bajo una cruz.

Mis hermanos habían crecido y daban claras muestras de una poderosa inteligencia. Ahora vuelvo a meditar como en páginas anteriores, y digo; «no sé qué me da» hacer el elogio de mi gente: pero así tiene que ser para ser yo veraz.

Ramón y Víctor de la Serna y Espina han demostrado ser, mundo adelante, vida adelante, hombres extraordinarios. En la época a que me refiero, todavía Luis era tan pequeño que no apuntaba en él, entre otras cosas, su rara y exquisita sensibilidad de más tarde.

Era Víctor el reflexivo y tierno por excelencia. Y Ramón el exaltado, gracioso y muy gentil. No consintió mi madre que ninguno de los dos fuesen «niños prodigio», aunque eran de verdad prodigiosos niños. En muy pocos meses, en el Colegio de los Maristas, Víctor supo toda la Historia y la Geografía del mundo; y de España de tal suerte, que de aquel aprendizaje básico se ha venido a parar, por ejemplo, al *Nuevo Viaje de España*. Ramón aprendía un inglés selecto: «En cuanto al francés —decía el Hermano José a mi madre— no, hace falta que lo aprenda; lo sabe porque sí, yo no comprendo de qué manera…».

—Quiero irme a Londres, mamá.

Ramón tenía 13 años. Adoraba mi madre a sus hijos y le espantaba separarse de ellos: pero soñaba, por otra parte, en que salieran del círculo agobiador de las montañas, rumbo a la vida, en que fuesen «foramontanos».

—Quiero irme a Londres, mamá.

Y así un día y otro:

—¿Me dejas?… Déjame, anda; sé mucho inglés; puedo viajar con esos amigos tuyos que se van el mes que viene. ¡Déjame!

Le brillaban las pupilas verdes con una luz ambiciosa de otros horizontes. Temía mi madre; aquel niño le inquietaba; una imaginación poderosa gobernada por un gran talento: apasionado, vehemente, todo se podía esperar de Ramón. Unos días que estuvo, cuando sus 8 años, en Ujo, en el apacible hogar de su abuelo, al trato con nuestras tías Rosario y Mercedes, el ambiente de alto —¿algo exaltado?— misticismo que allí se vivía, prendió en él de tal forma que dio motivo a este «suceso».

Una noche, Ramón no volvió a la casa. Se horrorizó su abuelo y las tías no vivieron de inquietud. Dos oscuros, tremendos peligros, existían en Ujo para un niño: el hondo río, negro de mineral y el tren. Tardísimo era ya y Ramón, que en su vida no obedeció sensatamente más que a don Víctor Espina, no aparecía. El cura tocó a rebato, y a poco se juntó una brigada de obreros que salieron

a buscarle, con las luces mineras apercibidas; por otro lado de los montes, se destacó la Guardia Civil. Fueron los mineros quienes regresaron con él, al cabo de dos horas: volvía el chiquillo muy serio, enfadado casi, con la hermosa cabeza muy erguida. Don Víctor, con la muerte en el alma tan serio y tan erguido como el nieto, aguardaba en el zaguán de la casa.

—Aquí le tiene usted, don Víctor… —dijo el capataz—. Le encontramos monte arriba, bien allá…

Mi abuelo dejó que el niño entrara en la casa para reprenderle. Apeló al «usted», máxima severidad suya: mal andaban las cosas cuando él nos trataba de «usted».

—¿Se puede saber qué hacía usted en el monte a estas horas, señor mío?

El «señor mío» se quedó impasible, nada acobardado. Y en pocas y bien concertadas palabras explicó que si él había desobedecido y se había marchado de casa, era por un motivo divino. Sí, pensaba en adelante hacer «vida santa», vida de ermitaño… ¿Era algo malo? ¿No era eso una de las cosas buenísimas que leía tía Rosario, a cada instante, en el «Año Cristiano»?… Era muy natural y no comprendía el por qué de tanto alboroto.

Don Víctor sonreía, con la mirada perdida en una visión de perfectos ideales; acariciaba la cabeza del nieto con ternura, y tía Rosario y tía Mercedes no reprendían al niño y permanecían íntimamente felices de que a Ramón se le hubiese prendido en el alma, tan pronto y con tal ímpetu, el grande amor de Dios.

Pero no tardó mi madre en reclamarle: supo la aventura y también la inquietud de su padre y sus hermanas; aunque el «Año Cristiano» se leyó desde entonces con mesura ante los ojos dorados, ávidos, de Ramón.

… Y ahora, los trece años de su hijo mayor, tan decididos y zahoríes, no dejaban vivir a la madre.

—Déjame, déjame marchar a Londres, mamá; esos amigos tuyos son muy simpáticos, y ya son amigos míos desde aquel día que

vinieron a verte; con ellos estaré muy bien, ya verás…

Y Ramón, con mil recomendaciones maternas, una medalla de la Virgen al cuello y muchos besos, se embarcó para Londres, con un matrimonio andaluz muy amigo de Concha Espina. Tardaría diez años en volver a España.

Capítulo VIII

EL NOMBRE DE LUZMELA

Todo el camino de estas páginas he llamado a la tierra de nuestros abuelos «Luzmela». Pero nunca se llamó así hasta que mi madre la bautizó.

Como yo siempre he conocido a nuestro Luzmela bien nombrada, la he tenido que llamar así desde las primeras páginas de este libro. Hace ya muchos años que se conoce a este hermoso lugar con el nombre cambiado oficialmente: Luzmela, en el Ayuntamiento de Mazcuerras, del cual tomaba la aldea nombre.

Recientes y sabias investigaciones aseguran que «Mazcuerras es el antiguo Malacoria de los *Anales Castellanos Antiguos*, punto inicial de la repoblación de Castilla por los caudillos hispano-visigóticos refugiados en aquel valle, al que nunca pudieron penetrar los sarracenos, contenidos por el Duque don Pedro de Cantabria en Amaya…»

De tan estupendo asunto saben mucho Fray Justo Pérez de Urbel y mi hermano Víctor de la Serna.

Pero ahora hay que contar, de un modo sencillo y callado, cómo fue que Concha Espina cambiase el rudo nombre de «Mazcuerras» por el sonoro nombre de «Luzmela».

En su casa de la Villa trabajaba mi madre en su primera novela: cuartilla a cuartilla, con serena lentitud de «adagio», sin pausa y sin prisa, iba ella nielando sobre la mesona tallada y preciosa, su prosa. En el pueblo todo dormía, con esa pereza del invierno montañés.

Un tanto «Orbajosa» fue la Villa para mi madre. Apenas recibía y era difícil —aparte algún entrañable cariño de familia o de amistad— su trato con las señoras del pueblo. Cierto es que ella a su vez se esquivaba, se retraía. No quiere que nada trascienda de su hogar. Silencio. «En la boca, el sigilo…» Y en el cuarto de estudio una pluma segura, ardida, bien sujeta con indomable voluntad por su mano pequeña. Y una luz que no se apaga hasta el amanecer.

Todas las tardes, a esa hora en que los enfermos se alivian después del reposo, llega a nuestra casa, lento, apoyado en un bastón, un señor joven, muy parecido a mi padre: era su hermano Manolo. Toda su apostura y su juventud se han derrumbado al peso de una gravísima enfermedad sin remedio. Ya no puede galopar por el valle, ni salir de caza: Manolo de la Serna está condenado a morir y sufre mucho.

Los ojos azules de tío Manolo no tenían aquel imperioso mirar de las pupilas de mi padre. No congenian mucho los dos hermanos, y mi padre desaparece en cuanto tío Manolo llega. Si era en el buen tiempo, el enfermo se queda en el jardincillo; si no, pasaba al portalón:

—No te interrumpo, Concha; sigue, sigue trabajando.

Pero mi madre sabe que tío Manolo buscaba el consuelo de un diálogo levantado cerca de ella: por eso apresura su labor y sale a hacerle compañía. Le hablaba con ese cuidadoso amor de caridad con que se habla a un enfermo, y él buscaba enseguida el camino

de las confidencias que acababan siempre en un mismo recuerdo: le contaba su viaje a Chile, viaje realizado antes que el de mis padres:

—Allí viví muy feliz, ¿sabes, Concha…? Recuerdo Valparaíso como un Paraíso de verdad.

—¿A pesar de los desastres?

—Sí… —callaba soñador—. Es que allá, en aquella tierra tan tremenda y tan dulce, tuve un gran amor.

Algo incrédula —porque era tío Manolo tan galante como de hermosa figura- mi madre interrogaba con esa exclamación muy santanderina, que tiene tanto de sorpresa como de duda, y también de credulidad:

—¡No me digas!…

—Pues te lo digo: en Valparaíso dejé una novia.

Callaba de nuevo, con angustiosa añoranza, para lamentar seguidamente:

—Tuve, sí, que dejarla…

—Muy mal hecho, Manolo: no debe abandonarse, de ningún modo, a las novias que son «un gran amor».

—No era posible otra cosa. Recuerda que ya entonces, yo…

—¡Ay, sí, es cierto!

Y mi madre, que se había ido por las nubes detrás de aquella breve y preciosa noticia de amor, confirmó muy seria:

—Tienes razón; por aquellos días de tu viaje no tenías más remedio que abandonar a tu novia.

—Eso es: ¡qué triste!… Y ahora he venido a morirme a la Montaña: me cuidan maravillosamente las manos de mi hija, aunque casi es una niña… ¡Pero yo no puedo olvidar a Luzmela, mi novia criolla!

Quedó el nombre de la mujer abandonada y lejanísima flotando a la sombra de los montes, por encima del valle. ¡Luzmela!

Se despedía tio Manolo, besando agradecido las manos de su cuñada: Concha Espina entró de nuevo en su estudio: la pluma incansable seguía cincelando los primeros capítulos de *La Niña*. ¿La

niña de dónde? ¿Qué nombre dar al alto, altivo lugar del valle donde ella, porque sí y por amor, coloca la acción de su novela? Quería un nombre como de balada, sereno, lleno de paz.

En el pensamiento de mi madre, como un «*leitmotiv*» hermoso de aquella jornada, insistía una frase:

—«¡No puedo olvidar a Luzmela!».

Y como en su larga velada llegó casi el amanecer, y Concha Espina «no podía olvidar a Luzmela», la mano trabajadora escribió en el dintel de su primera novela este letrero:

«LA NIÑA DE LUZMELA»

Ajenos estaban el hidalgo señor condenado a prematura muerte, y su joven cuñada, de que entre los dos habían alzado un nombre que fabulosamente se ha esparcido por el mundo entero. Y que dio nombre oficial al «pueblo de los señores», en Santander.

Y es que muchas veces un «grande amor» deja huella perdurable.

Esta es la breve y conmovida historia del nombre de Luzmela.

Capítulo IX

EL VALOR DE UNA ESMERALDA

Una extraña visita, extraña en aquellos pagos pueblerinos, recibía mi madre todos, todos los días. Rara la visita y llena de encanto. Llegaba temprano, al empezar la tarde.

Si era día de sol, muchas veces el trote de su caballo, sonoro en el silencio de la villa, anunciaba de lejos la llegada. Echaba pie a tierra con mucho garbo y ataba las riendas en una argolla sujeta al muro, sobre el «cabalgador» de nuestra casa. El traje de montar ceñía un esbelto y, sobre todo, airoso talle de muchacha muy joven, alta, muy rubia, muy riente: también con los ojos azules de los Cueto.

Si era día de lluvia llegaba bien protegida por un impermeable, unos chanclos, un paraguas…

Tenía la muchacha una voz de cristal llena de inflexiones seductoras. Riendo con los ojos tan azules, riendo con la boca

grande y expresiva, riendo con toda su juventud espléndida, Matilde de la Torre y Cueto, prima de mi padre, no podía pasar la jornada sin llegarse a visitar a Concha Espina. La recuerdo desde lo más insignificante de mi infancia, como a una criatura luminosa, con aquella voz alta y vibrante, con su alegría y dinamismo, con sus ojos azules y, mil veces, con una rosa prendida en la cintura.

Era Matilde una muchacha inteligentísima y culta, valiente, que erguía el busto y la cabeza buscando algo en la vida. Como se había quedado huérfana, hacía su santa voluntad. Y era un escándalo para muchas señoras del pueblo, que Matilde tuviese un compañero, o dos, que galopaban a su lado hasta llegar a Comillas, a Cabuérniga, a San Vicente de la Barquera, por los más prodigiosos caminos de la Montaña.

Todos en casa queríamos a Matilde. Ya desde la calle llamaba ella a mi madre:

—¡Conchita…! —con su adorable voz de contralto. Era una llamada llena de cariño, alegre, vivaz, exigente.

Muy alta, erguida cuando abrazaba por la cintura a mi madre parecía mi madre más niña que ella.

Se detenía poco, consciente de que le quitaba tiempo al trabajo de Concha Espina:

—… Y enseguida vendrá Manolo, ¡pobre!; y entre todos no te dejamos en paz. Pero quiero que me des algo de lo que has escrito anoche; ¡déjamelo, Conchita!

Mi madre se lo dejaba. Matilde era el diálogo posible que mi madre podía sostener con una mujer de la Villa. Y estaba visto que la familia de la Serna y Cueto encontraba en Concha Espina una mujer extraordinaria, y buscaba su compañía con vivo empeño.

Sólo encima de un grave asunto discutían sin entenderse, y sin ceder ninguna, Concha Espina y Matilde de la Torre: era en la altísima cuestión religiosa. Se empeñaba mi madre en conseguir, para Matilde, la Luz. Dócil a todos los sentimientos nobles, la audaz amazona parecía que se dejaba convencer, algunas veces.

—Oye, Matilde; el párroco, tan bueno, sería feliz si quisieras cantar tú a la Virgen en el mes de mayo.

—¡Dios mío… qué dirá la Virgen —y aquí añadía Matilde un «aparte» herético— si le canto yo!

—Le parecerá muy bien; tienes que cantar. Y no digas disparates.

—No te enfades, Conchita: cantaré. Pero ha de ser la Salve; y yo sola, ¿oyes? Se alegrará, sí, el párroco, tan bueno…

—La Virgen también.

—¡Qué sé yo, Conchita mía!

—Yo lo sé. Sé más que tú.

Y Matilde cantaba la Salve todo el mes de mayo. Cuando llegaba su alta, deliciosa voz, al «vida y dulzura, esperanza nuestra…», que ella decía «con amore», lenta hasta la angustia, los audaces ojos azules siempre se llenaban de lágrimas. Y al domingo siguiente, Matilde no iba a Misa… Concha Espina la disculpaba: es que «le había dolido mucho la cabeza»…

—¿Siempre le duele los domingos? —insinuaba con intención «buena» alguna señora.

Esto era a la salida de Misa, precisamente: mi madre apresuraba la despedida. Víctor a su lado, Víctor que creía en mi madre y quería a Matilde, comentaba con disgusto, ya emparejado del brazo maternal:

—¡Que siempre han de estar metiéndose con Matilde, con lo buena y lo lista que es!

—Pero ¿por qué no ha venido a Misa, como tú dices, con lo buena y lo lista que es?… En fin, no hagas caso, son cosucas de los pueblos, hijo.

El hijo que mantenía un secreto con su madre: un secreto tremendo para su alma de niño. ¡Cuándo sería realidad lo que su madre le había dicho!…

—¿Cuándo nos vamos, mamá?

—Calla: pronto. Primero tenemos que quedarnos solos, y entonces…

—Sí; solos: pero cuando vaya a ser, dímelo con tiempo, siquiera la víspera, ¿eh, mamá?

—¿Por qué, Víctor?

Entre decidido y tímido, apretando un poco el leve brazo de su madre, apenas indicaba:

—Es —¿sabes?— que tengo que hacer «una despedida». Pero eso también es un secreto…

Sonreía mi madre pensando: «sí, es de esa niña de los bucles negros, es de Marita de quien se quiere despedir». Y respondía:

—Te lo diré la víspera, como tú quieres.

—Y dime, ¿Matilde también «está en el secreto»?

—También. ¡Ah… y el señor cura! Pero es un secreto grandísimo, Víctor, hijo: que no se te escape nada.

Le halagaba:

—Ya eres un hombre… y confío en ti.

Más confiaba el chiquillo en su madre: adolescente apenas, clarividente pensaba:

«Mamá nos llevará a todos fuera de aquí: y no volverá a pasar lo que está pasando… Mi madre es como ninguna. Nos iremos todos… ¡lástima que Ramón esté en Londres… y que yo tenga que «despedirme»!

Al volver de misa aquella mañana, al posar mi madre el eucologio y la mantilla en la gran mesa de su estudio, su mirada zahorí echó de menos enseguida un montón de cuartillas, todo su trabajo de la víspera realizado en velada penosa. Rotas en cuatro trozos, rotas con violencia, estaban en el suelo… Eran unas *Pastorelas*, estos poemas en prosa, hoy traducidos a todos los idiomas del mundo. Concha Espina se inclinó a recogerlas. Y las fue armando de nuevo, como quien arma un rompecabezas. No dijo una sola palabra. Nada preguntó ni su voz se alzó airada. Sólo sentía una gran lástima. Y una decisión, una voluntad inmensa.

Aquella misma tarde escribía una carta a un patricio español que vivía en la ciudad de Méjico, un amigo de don Víctor Espina en los

días felices de Santander.

Más de un mes tardó la respuesta. Aquel gran amigo de don Víctor tenía en Méjico un puesto espléndido, como le quería Concha Espina, para un hombre como mi padre, dechado de reconocida solvencia, que en su vida social no desmintió nunca su condición de hidalgo. Y que no podía —¿por temperamento, por falta de dominio sobre ese mismo temperamento?— contener la violencia de su carácter, aquella exaltación que ponía chispas dementes en sus ojos, tan azules.

Mi madre le entregó la carta de Méjico, en silencio. Lo hizo delante de tío Fernando Cueto, un marino inteligente que, como toda mi familia paterna, adoraba a Concha Espina. Don Fernando, con mal genio, pero alegre y bondadoso, entendió muy bien su deber de protección cerca de mi madre… Y mi madre entregó aquella carta a la sombra de don Fernando y de acuerdo con él; porque —pensaba ella— «esta será la última vez que yo tenga miedo… pero le tengo».

Era en el portalón: leída al vuelo, mi padre alargó, temblorosa la mano, el pliego a tío Fernando: que dijo apenas leído, muy tranquilamente y como si no hubiese más que hablar:

—¿Así que te marchas, Ramón?… Espléndido; ¡quién fuera tú! Mira —añadió sin dejarle meter baza— dentro de ocho días, fíjate tú qué suerte, sale un barco de Santander para Veracruz. Y yo tengo que ir mañana a Santander: te reservaré pasaje. En primera lo querrás, naturalmente…

Mi padre no respondió: los azulísimos ojos de tío Fernando también echaban chispas algunas veces. Se levantó mi padre y salió del portalón. A los pocos minutos, como una centella salía a caballo, que ensilló por sí mismo. Hizo saltar a la jaca con aquel ímpetu loco del día apasionado en que conoció a Conchita Espina: decía ella, asustadísima:

—Fernando, llámale, por Dios: se va a matar.

Humorista, comentaba tío Fernando:

—No se mata. ¡Qué va! Si es el mejor jinete de la provincia… y guapo mozo. ¡Qué lástima!

Y prudente, paternal:

—Oye, Concha, hija mía; yo no me muevo de aquí ¿entiendes? Aquí me quedo, y cuando vuelva tu marido yo hablaré a solas con él. Estate tranquila.

Nada tranquila, pero absolutamente decidida, mi madre asintió:

—Sí… quédate, Fernando —y como una justificación, ante él innecesaria—. Son dieciséis años… desde el día de mi boda.

—Ya lo sé. Lo sé todo.

—Lo he consultado antes de decidirme.

—No era menester.

—Para mi conciencia, sí.

—Bien está. Eres muy valiente, hija mía.

—Sí…

—Pues ahora no vayas a tener miedo. Aquí estoy yo. Soy el mayorazgo de la familia de tu marido. Nada temas.

Llegaba Víctor con susto en sus ojos de niño:

—Papá iba que volaba en la *Bonita*, camino de la Hoz de Santa Lucía: le llamé; ¡ni me vio!…

Se acercaba a su madre. Y ya no se separó de ella. Era el hijo adolescente, testigo en silencio, que deseaba amparar a la madre, ¡y tan niño! Pero hay miradas de niño muy poderosas. Gracioso, con la prisa de sus catorce años vehementes, concretó una rápida meditación en esta pregunta dicha «a escucho»:

—¿Puedo ya hacer «esa» despedida, mamá?

Víctor estaba seguro de su madre; advirtió ella, prudente, sonreída:

—Todavía no. Espera… dentro de muy pocos días—-. Pensaba: «Cuando haya salido el barco; cuando estemos solos».

El barco salió. Llevaba a bordo a mi padre. Desde aquel día, al final del Rosario, se añadió a las oraciones acostumbradas «un Padrenuestro al Arcángel San Rafael, abogado de los navegantes y

caminantes de mar y tierra»: se rezó así toda la vida, toda la vida de nuestra madre. Con el pensamiento puesto en aquel barco que salió de Santander con mi padre a bordo.

> *"Mis decisiones son firmes, por lo mismo que no obedecen a un capricho, a una genialidad ni mucho menos a una venganza, sino a dieciséis años de tristísima experiencia. Del fracaso de mi vida rescaté con infinitos dolores una soledad apacible que es mi único refugio. ¿Es mucha ambición que pretenda conservar a todo trance esta conquista tan noble? Creo que no. Y nadie que conozca a fondo mi vida me puede aconsejar lo contrario… Yo quisiera que todo fuese para* él *fácil y tranquilo en la vida…* él *puede contar conmigo en todo cuanto a nuestros hijos se refiere. Me puede escribir cuanto quiera y le contestaré siempre amistosamente como lo hice hasta ahora. Pero que me deje tranquila con mi trabajo y mi soledad*".

Siete años después de la separación de mis padres está escrita esta carta a don Salvador Gutiérrez de la Concha, el gran amigo, consejero y consultor de mi madre… De ella se deduce un intento de mi padre, imposible de conseguir. *Mis decisiones son firmes*, había dicho la esposa, o más bien la madre.

Para aquellas fechas ya habían pasado muchos meses en que Concha Espina «doblaba» su papel de periodista y a la vez iniciaba otra novela, *Agua de Nieve* en la que se refleja en parte, y en sus calidades más entrañables, la personalidad de Matilde de la Torre.

Y «doblaba» Concha Espina su labor en los periódicos, además de su colaboración santanderina, con los envíos a *El Correo Español* de Buenos Aires, multiplicándose así:

Crónicas de Santander: que firma Concha Espina de Serna.

Desde Asturias: que firma con el nombre y el segundo apellido de su padre «Víctor Olivares».

Páginas Vizcaínas: y para firmarlas toma el nombre de su marido y dos lejanos apellidos asimismo de mi padre «Ramón de Rozas y Ridoces».

Cartas de Galicia: firmadas con su inicial y su segundo apellido «C. Tagle».

Aquella labor periodística de mi madre es casi desconocida. Y es extraordinaria: por la valentía —yo no conozco una valentía así actualmente, dentro del periodismo— que supone, en una dama encerrada entre montañas, rodeada de alguna excelente amiga y de múltiples señoras «de Orbajosa»: y de miles de prejuicios.

Habla Concha Espina en sus crónicas de política, y pasa en sus comentarios las fronteras: de sociología, de literatura. Lo hace de un modo absolutamente personal, sin dejarse influir por nadie, sin pensar en el *qué dirán*, el *qué dirán* pavoroso de aquella época.

En uno de estos artículos, con motivo de la representación de *Electra* en Santander, se indigna con serenidad y conocimiento de causa contra los periódicos «reaccionarios» de la capital montañesa que «prohíben» la asistencia a la representación de *Electra*. Ella conoce la obra, ha formado su criterio puro y lo expone en sus crónicas. Tan puro y atinado y firme y tan acertado, que en aquella vergonzosa ocasión coincide con el preclaro montañés don Marcelino Menéndez y Pelayo. No se para en barras mi madre y se atreve asimismo contra un diario «pío» de Madrid que arremete contra el sabio «sin consideración a sus piadosos sentimientos y a su gloria universal, por el solo hecho de que ha proclamado el triunfo de *Electra*, manifestando que «es una obra sexpiriana admirable, cuyo cuarto acto es de lo mejor que se ha hecho jamás»…

Desconocedora de los respetos humanos, no había para Concha Espina «rey ni Roque» cuando de su limpia independencia se trataba. Ella sólo se rendía, más humilde que la tierra, ante los

«respetos divinos», cada mañana en su escondida parroquia, muy temprano, para oir la Misa y recibir a Dios.

El criterio enano de una parte de la sociedad de entonces, venía a decirle a Concha Espina, poco más o menos: «¿Defiendes a Galdós…? y ¿vas a Misa y rezas el Rosario?… No lo comprendemos».

Mi madre tampoco comprendía a aquellas sin duda buenas personas. Ni tampoco, de ninguna manera, a las que querían llevarla por otro camino.

Ella, ya he dicho, vivía «en el reino del espíritu, y nada más; con los pies en la tierra, eso sí, al modo teresiano: singularmente para lo que significase un movimiento de caridad. Bajo su impulso se fundó una adorable asociación que se llamaba *El Niño Descalzo*. Era terrible —aún en muchas aldeas lo es— ver todo un invierno a los niños montañeses descalzos, con los pies morados y la carita blanca. Concha Espina inventó un celestial invento. Cada madre que pudiese, aunque pudiese poco, llevaría a un local determinado un par de abarcas de madera y unas zapatillas. Se convocaría a los rapaces descalzos —y era facilísimo— y se les proveería de ambas prendas. Cuando se les rompiesen, que volvieran en busca de repuesto. *El Niño Descalzo* fue un éxito. El párroco, que era un santo varón, ayudó a mi madre; el alcalde, un señor muy rendido a las virtudes en que se envolvía la hermosura de Concha Espina, dio toda clase de facilidades… y toda clase de abarcas y zapatillas. Algunas señoras ayudaron a mi madre; algunas. Para mantener el calor, el calor en los pies helados de los niños, Concha Espina trabajó con entusiasmo. Cuando ella se marchó de la Villa, no tardó el niño descalzo en tener de huevo los pies morados de frío.

Años más tarde leíamos los versos de Gabriela Mistral a los desnudos y pobres «piececitos de niño —dos joyitas sufrientes»—… y recordábamos el modo tan castellano que tenía nuestra madre de hacer poesía, sin diminutivas lamentaciones líricas, que no abrigan aunque sean preciosas.

En el pensamiento egregio de mi madre, entre *Electras*, zapatillas y abarcas, entre su primer libro de versos, sus *Pastorelas*, su *Niña de Luzmela* ya casi acabada, se clavaba un ancla que tiraba de ella con soberana fuerza. Un pensamiento que podía reducirse a estas palabras:

—«Ya estoy sola: tengo cuatro hijos, dos libros pequeños y una novela sin publicar, *La Niña de Luzmela*. Y tengo esta sortija con una esmeralda y brillantes… ¡Qué limpia es la esmeralda! ¡Qué claros los brillantes! Yo creo que debe valer bastante. Mañana, en «el primer tren», me voy a Santander. Buscaré quien me la venda, porque ciertísimo que a mí me engañarían… Y me marcho de aquí, sola con *ellos*, a Madrid… Tienen que ser «foramontanos», ¡con lo hermosa que es nuestra tierra!»…

Sin alzar ruido, delicada y fina, a la mañana siguiente Concha Espina tomaba el trenecito hasta la capital: los vagones estaban forrados de terciopelo, había múltiples espejos y eran primorosos los encajes para apoyar la cabeza.

La mujer de don Enrique Menéndez Pelayo ayudó a nuestra madre en su intento. Encontraron quien vendiese la sortija. Valió dos mil pesetas: era mucho entonces. Regresó mi madre a la Villa, y calladamente ordenó que embalaran lo más querido de su mobiliario, los bellos y fuertes muebles centenarios que se conservan en la madrileña casa de Alfonso XII, 32.

La despedida más conmovedora de su «adorada cuna y deseado sepulcro» fue en el egregio hogar de los Menéndez y Pelayo. Hay que ponerse siempre, al leer estas páginas, en la distinta sensibilidad de la época. Aunque estoy pensando que, también hoy, llegar una señora sola con tres niños a conquistar Madrid, es una hazaña.

Sí; en la puerta de aquel hogar insigne, doña María lloraba al despedirse:

—Adiós, Concha, hija mía; miedo me da verte marchar así, sola… encomiéndate a Dios, Concha querida.

Sonreía con gratitud mi madre, segura de Dios y un poco también de sí misma, puesto que estaba «en las manos de Dios».

Don Enrique le besaba las manos; decía lento, con su expresiva voz de poeta:

—Concha; no la olvidaremos a usted: ¡nunca!

—Y cada noche —añadía la esposa— rezaremos un Padrenuestro, después del Rosario, por tí.

Más sereno, ecuánime, advertía don Enrique:

—No le hace falta en grado sumo, María… pero nunca está de más; sí, todas las noches rezaremos por su suerte buena.

Se conmovía mi madre:

—Adiós María… Enrique, adiós. Y gracias por todo, gracias…

> «Para la memoria de Enrique Menéndez y Pelayo guardará siempre mi corazón un culto encendido como la amistad que tuve al poeta desde la niñez. Para él quisiera juntar aquí algunos pensamientos fragantes; Brotes de una tierra que no ha endurecido el hielo de los años; flores de mi espíritu, *Mis Flores*, humildes y ardientes como aquellas que un día quiso el vate glosar en unas páginas hermosas, el arco de honor bajo el cual pasé encantadamente al campo abierto de las Letras desde mi escondido valle de la Montaña.
>
> «Fue Enrique Menéndez mi caballero en aquella arriesgada aventura juvenil: de su brazo entré en el primer libro de mi pluma con la ilusión del primer ensueño de artista y la cándida fe de un perenme ideal…»

Decía esto Concha Espina en 1924, cuando ya el poeta «desconoce la tristeza lívida del mundo y amaneció su alma, arrodillado ante Dios»…

Aquel día del año 1908 «Adiós María, Enrique, adiós», repetía mi madre, muy emocionada.

En una joyería de la calle de San Francisco quedaba la esmeralda rodeada de poderosos brillantes. Y la esperanza y la fortaleza iban en el fino monedero de Concha Espina, convertidas en dos mil pesetas… ¡muchísimo dinero, madre mía!

En el tren, camino de Madrid, Víctor empezaba a mostrarse como «el señor de la casa». Él llevaba los billetes, él atendía a la comodidad de su madre, asustado y a un tiempo alegre.

Julia de los Ríos y Vélez de la Guerra —¡nada más!— obediente y dulce, hacía honor por igual a sus ilustres apellidos y a su humilde condición. Su mano, tierna y ruda, se tendía a cada poco en servicio de mi madre, hacia nosotros.

Era aquel un grupo extraño por su refinado señorío. Una joven señora bellísima, un muchachito fino, inteligente la mirada, más vivo que el viento el ademán; dos niños pequeños.

Aquella familia que dio nobleza y virreyes a media América —Chile, Perú, Méjico— iba, con el mismo aire de altivez y de sencillez de quien se acomoda en una carroza, en un coche *de segunda* a conquistar Madrid.

Al cabo de los años no puede negarse que sí, que era de raza de conquistadores aquella breve familia. Raza de conquistadores. Y además «hijos de algo».

Capítulo X

UNA PLUMA DE LIMPIO ACERO

Ha llegado Concha Espina a Madrid.

Después de dos intentos de residencia en la calle de Alcalá y en la de San Bernardo, mi madre, que deseaba una casa con horizonte amplio, encuentra uña a su gusto. Y anclamos en un piso alto de casa moderna —ascensor, gas, calefacción—… en la calle de Marqués de Urquijo, entonces el número 19, esquina a Martín de los Heros.

Víctor auxiliaba a mi madre en los trámites de la instalación: el contrato con el casero no pudo firmarlo ella, la señora de Luzmela. No tenía autorización marital, que más tarde mi padre le concedió ampliamente.

—¿Quién me firmará el contrato de la casa, Señor?

Ni mi madre ni Víctor entendían de eso que se llama «pedir un favor». Víctor, porque era ya orgulloso y sencillo. Mi madre, porque

siempre había sido tan sencilla como orgullosa «con esa altivez que gracias a Dios nos viene de siglos». Y también porque era «muy mirada», al viejo estilo: había de ser un hombre quien la avalase.

—¿Y quién me firmará el contrato…?

Fue Julia de los Ríos, siempre al servicio de la tranquilidad de mi madre:

—Señora, si me da el contrato yo se lo traeré firmado; que ya conozco a unos cuantos hombrucos por el barrio.

Mi madre se lo dio: lo firmó un buen hombre, zapatero «de portal» a quien Julia había llevado sus zapatos «de los domingos». Así pues, el primer contrato que necesitó Concha Espina en Madrid tuvo que firmárselo un honrado «zapatero remendón» que apenas sabía sujetar la pluma. Y así siguen las cosas en España. No tiene capacidad una mujer casada para firmar un contrato: ni siquiera si es para enajenar su trabajo o su talento. Nos parece muy mal. Siquiera antiguamente la fórmula era más cortés, más galante: yo la leo en viejos contratos y ventas de nuestra familia «asistida de su esposo», en lugar de «con autorización marital»…

Compartió nuestro hogar por aquel tiempo —creo que fueron dos años— una chiquilla de Luzmela: guapa, alta, con donaire y lista. Tanto, que su madre, rica dueña de ganados y fincas montañesas, mujer inteligente si las hay, pensó que su hija debía estudiar.

—«Si «la señorita Concha» me la quisiera tener asubio en su casa, yo estaría tranquila»…

«La señorita Concha» dijo que sí. Y Arsenia González llegó un buen día a Madrid con sus 16 años y su decisión de hacerse maestra.

Era tal el dominio —sin ser dominante— de Concha Espina, que aquella muchachita ajena a la ciudad y a los estudios se convirtió, dócil a las insinuaciones de mi madre, en una estudiante gentilísima, obediente, elegante además. Y así como su madre adoraba a «la señorita Concha», Arsenia González se puso a admirarla, a contemplarla, a escucharla devotamente.

Muchísimos años más tarde, Arsenia González fue la secretaria de Concha Espina. Por devoción a ella aprendió cosas que le eran completamente desconocidas; se hizo mecanógrafa, archivera, aprendió a corregir las difíciles «pruebas de imprenta» espinianas, a ser útil a mi madre en cuya fuerza de voluntad se miraba Arsenia.

Hoy sigue siendo para nosotros la persona de confianza en los asuntos de nuestra madre, «vivos en la muerte». Y creo que es una de las mujeres que más la ha llorado…

La Casa de la calle de Marqués de Urquijo, tan bonita y luminosa, era enormemente fría: el despacho de nuestra madre, una rotonda toda de cristales, era un vivo hielo: inhabitable era aquel salón a pesar de la famosa «calefacción central» y de una estufa de gas, con la que mi madre quiso «poder» contra el viento sutil del Guadarrama.

Luis y yo hacíamos nuestros descubrimientos:

—Esta casa tan alta no me gusta —protestaba Luis moviendo la rizosa cabeza con calma y tozudez.

—Pero ven acá —le quería yo contentar, más refitolera—. Mira por este balcón y fíjate que vemos muchísimos montes.

Seguía la protesta, y Luis casi siempre tiene razón cuando protesta:

—Sí… llenos de nieve; por eso el viento, como viene de allí llega a casa tan helado. Yo tengo frío. Mamá también.

Acababa yo por confesar:

—Y yo muchísimo; y creo que los radiadores tienen frío también…

Víctor había ingresado en Areneros. Quería, ¡Santo Dios!, hacerse ingeniero. Paseaba con el Padre Polavieja. Mi madre se llegaba con frecuencia al Instituto para saber cómo iba la «ingeniería» de Víctor.

—¿Su hijo, señora?… No tenemos alumno más inteligente que Víctor… ¡ni más torpe!

—¿?…

No es posible «meterle» las Matemáticas en la cabeza. Es como si él mismo no quisiera: algo incomprensible.

Mi madre sonreía para sí. Pensaba:

—«Es que tiene el pensamiento muy lleno de cosas, y claro, no «entran» las Matemáticas…

Regresaba yo de mi Colegio de los SS. CC. con unas notas de espanto.

La Madre Clair-Therèse, reverenciosa y pulida, indicaba «con cuidado» a mi madre:

—Josefina no sirve para estudiar «a fondo»: las Matemáticas —eran pobres cuentas de restar y multiplicar— son imposibles para ella…

Me aburría en el Colegio de un modo espantoso. Me fastidiaba que mi compañera de pupitre supiese todas las «tablas», y todos los Reyes Godos de memoria, de un tirón. Era una niña pelirroja y con pecas, listísima: yo no tenía envidia de su talento; me aburría simplemente. Pero ella me deshacía los lazos de las trenzas cuando una de las Madres, francesa y fina señora, nos leía en una lista quiénes iban a actuar en una preciosa función de teatro en (da gran sala». Cuando la Madre llegaba a pronunciar, «Josefina de la Serna», era asimismo llegado el momento, infalible, de tirar mi condiscípula de los lazos negros de mi peinado. Me iba volviendo bonita. ¡Señor!… ¡Y lo que puede el tiempo! Ahora cuando me veo —que no me miro— al espejo, me extraña muchísimo el haber sido en efecto, tan bonita. Me cambiaron de pupitre: mi nueva compañera sí que era un encanto; por lo linda, lo inteligente, y por aquel su aire, de «contemplativa» que hoy conserva: María Luisa Téllez-Girón —de la Casa de Osuna— con su voz tenue, me «soplaba» números y fechas. María Luisa Téllez-Girón, mi gran amiga siempre.

Luis decía que estudiaba en casa. Dijo mi madre:

—Julia será su profesora este año.

Y preparado por ella hizo el Ingreso de Bachiller, sin más accidente en el examen que discutir un poco con el Catedrático. Al año siguiente ingresó en el Instituto Francés. Desde pequeño se manifestó el más dócil estudiante de la familia.

Faltaba Ramón. Desde nuestra llegada a Madrid, mi madre colocó un gran retrato suyo sobre una librería, frente a su mirada. Ramón, desde Londres, se había ido a Méjico.

La Niña de Luzmela, Despertar Para Morir, Agua de Nieve estaban en todas las Librerías. Mi madre no abandonó sus colaboraciones de América ni las que surgieron, ante la sorpresa de sus libros, en España. Se sucedían las ediciones en la Editorial «Renacimiento». La crítica, reacia entonces al trabajo intelectual de la mujer, no tuvo más remedio que rendirse ante aquel evidente valor de novelista: CONCHA ESPINA. Sin cesar, en su luminoso estudio, nuestra madre trabajaba, en un ambiente por fin apacible, sereno. Un aire de paz envolvía la casa toda. Concha Espina era la gran amiga de sus hijos: pero, claro está, Víctor era su confidente, su compañero.

Viajaban mucho. Iba ella con su precioso aire de señora, sin una chispa de aspecto «intelectual». Su aire extático, levemente melancólico —lo que no excluía el donaire y el gracejo cuando venía a cuento— no estaba de acuerdo con el «patrón» de la mujer sabia. Con el hijo casi adolescente a su lado, como un paje, viajaba ella siempre alerta, sin que se le escapase ni un perfil, ni un acento, ni una gota de luz. Contemplaba los paisajes o se acercaba a las gentes, para acendrar la tierra y las criaturas en su espíritu: y darles luego vida nueva en sus libros.

Sólo así, siendo como una antena anímica, con hipersensibilidad y fortaleza pudo escribirse, por ejemplo, *La Esfinge Maragata*.

«Entonces era ella guapísima: tenía 45 años, pero parecía que tenía 20, y yo presumía con ella»… —Presumía Víctor de «madre guapa».

¿Era feliz nuestra madre? Siquiera, pienso yo, fue su época más feliz desde aquel día de Luzmela, en que niña y mimada, decía «adiós» con su pañolito, el de las despedidas, a la torre encastillada de nuestra iglesia.

En la época en que estamos, Concha Espina fue heroica con heroísmo que no suele trascender y que se queda callado dentro de

las vidas. Se deslindó su actitud no en uno, sino en varios diálogos sostenidos con diversos editores. El diálogo lo contaba ella más tarde, poco más o menos así:

—Sí, señora; en su labor debía usted abrir la mano un poco siquiera.

Mi madre, ya predispuesta ante el editor galante y parlanchín dijo —ella «que lo comprendía todo»—:

—No comprendo… ¿abrir la mano? No sé a qué se refiere.

—Vamos, quiero decir en el sentido comercial de la novela que yo solicito de usted.

—Yo no escribo sólo para usted y su mercado.

—Por supuesto. No obstante me permito ciertas indicaciones en beneficio suyo. Con su firma, un libro de la clase que yo le propongo sería un exitazo. Podríamos tirar de él quince, veinte mil ejemplares, ¡ya lo creo!

Mi madre, entre indignada y divertida:

—¡Ya!… Empiezo a comprender.

—Sí, señora; la gente «pica» en este tipo de obras que le indico. Ya ve usted, Felipe Trigo, Pedro Mata, Joaquín Belda, Hoyos y Vinent…

—Muy señores míos. Pero yo soy de aquellos escritores ilusos que, al reconstruir nuestra vida, empezamos por mantener en ella los ideales mejores, con un deseo puro, inquebrantable, que no se vulnera por ningún medro inferior y vil…

El editor hizo como que no oía aquella última palabra, «vil», y sonreía, un tanto azarado y muy respetuoso:

—Siempre los sueños elevados son bonitos. Yo sólo quería comunicarle que hay muchos autores que están ganando el dinero, si no a toneladas, a buenos celemines, con esa clase de literatura que usted descalifica heroicamente y que pudiera hacerla rica. Si usted no la quiere…

Mi madre se puso en pie, igual que una reina que da por terminada la audiencia: y como un eco fiel de la actitud de don

Víctor Espina ante una proposición semejante, dijo sin arrogancia exterior, pero de un modo inapelable:

—Mi actitud es un trasunto, pobre y orgulloso, del mágico heroísmo. Y me prohíbe hacer ningún género literario al modo fácil y productivo que usted me recomienda…

El visitante iniciaba una «retirada honrosa», sin poder evitar un gesto de acentuado respeto:

—En este caso… soy más que nunca su admirador.

Y sin embargo, y a puro arar con su pluma páginas insignes, mi madre ganó —y gastamos— en su larga vida unos cuantos millones de limpias pesetas, de «blancas» blancas, como las de Teresa de Jesús: a puro arar de su pluma limpia, velada por la fe y por la estirpe.

Capítulo XI

LA FAMA

Concha Espina se fue a Maragatería: duro viaje en un tren en el cual la calefacción consistía en unos dispositivos de metal con agua caliente y rejilla, en la tapa, que los mozos de las estaciones colocaban bajo los pies de los viajeros.

Esto y otras durezas maragatas, como la falta de confort en las casas mejores, ya las sabía mi madre. Pero su hermana menor, Mercedes Espina, casada con un doctor en Filosofía y Letras, finísimo señor que se apellidaba García Fidalgo y hacía versos, le había dicho a mi madre:

—Me parece, hermana, que con lo que tú vales —siempre tía Mercedes admiró a su hermana con tanto cariño como talento— te interesaría conocer esta tierra, tan extraña para nosotras. Maragatería es algo aparte del mundo; ¿por qué no vienes?

Mi madre siempre fiaba en sus hermanas, en su inteligencia y aguda percepción, y en la «gracia» de tía Mercedes, semejante a la de su hermana mayor, María. En tanto que su hermana Rosario era entre ellas la mujer de elevado misticismo, sin pizca de ñoñería ni por asomos.

Con que quedamos en que nuestra madre, con vehemente curiosidad, se fue a la casa astorgana de tía Mercedes: arreció su hermana en braseros, calentadores para la cama: las criadas tenían orden de que fuese aquella casa la más caliente de Astorga.

Pero mi madre salió hacia el páramo: llevaban estufillas para las manos, para los pies:

—Parecemos Carlos V —comentaba con gracejo Concha Espina, dando diente con diente— cuando viajaba con bolas de acero calientes dentro de su silla de manos.

—Nos faltan las «rubias martas» de sus gabanes —advertía García Fidalgo.

Los tres hermanos llegaron al Páramo y estuvieron en las calles, campos y hogares de *La esfinge maragata* varios días.

En Madrid, Víctor quedó de señor de la casa, y hablaba con nosotros:

—Para cuando mamá vuelva hay que tener buscado, por si le gusta, un piso al que no llegue el viento de la Sierra, un piso al Mediodía y que no sea tan alto como este: este es bonito ¡pero ella se muere de frío!

Yo, que ya tenía muchas manías, inicié:

—¿Y no puede ser una casa con solana y con escudo, Víctor?

—Mira, nena; no digas tonterías. Por aquí las casas no tienen escudos fácilmente. Honremos los nuestros dentro de cuatro paredes, y a callar.

Luis, un tanto burlón, advertía:

—Pues sí que tienen escudo: casi todas, un letreruco muy feo, azul y blanco que dice «GAS EN CADA PISO»...

Se reía Víctor y jugaba a tutor nuestro. Nosotros estábamos embelesados. Él era quien salía con nuestra madre, él quien cenaba con ella, ya tarde, mientras Julia nos bañaba para mandarnos a dormir. Él su compañero de viaje, cada uno con una maleta, como dos estudiantes, por toda España. Por aquel tiempo —nunca se lo hemos dicho—, Víctor fue para Luis y para mí un ídolo, y un hombre importante. Tenía 18 años…

Cuando regresó mi madre de Maragatería, Víctor ya tenía buscada una casa:

—Aún no está terminada. Cuando quieras, vamos a verla, por si te gusta. Es un primer piso y le da el sol bravamente, mamá. La calefacción llegará bien. El dueño es un señor andaluz, de origen montañés.

—¿Un *jándalo*?

—¿Y aunque así fuera, madre?… Pero no. Es un caballero fino y cortesano… y hasta Gentilhombre del Rey.

—¡Ah, pues eso es muy bonito!

—La casa también es bonita; y está dispuesto su dueño a hacer alguna reforma a tu gusto antes de terminarla, si a ti te apetece.

Sólo le apeteció a nuestra madre el cambio de un radiador: el frío sin igual de Madrid fue en Madrid su única inadaptación.

Yo fui la última en conocer el nuevo hogar:

—Está junto al campo, ya verás como te gusta —me había dicho, fantástico, Luis.

El día del traslado, según la *manuela* nos acercaba al final de la calle de Goya, Luis suponiendo mi enfado ante su «fraude», advertía arrepentido:

—Bueno, Fina; que *aquí* el campo no es como *allí*, ¿sabes?: es amarillo, muy feo… Me parece que no te va a gustar, ahora que lo pienso mejor.

Sí; eran feos como ellos solos aquellos solares sembrados de trigo, que rodeaban la finca; no hay nada más triste que las tristes adefueras de una ciudad. Pero la casa era acogedora, selecta la vecindad, y el amado sol llegaba hasta lo hondo de las habitaciones. Y aún sigue llegando para nosotros, benditamente; Goya, 105 —-entonces 77—, la casa de Madrid donde mi madre ha vivido y trabajado más largo tiempo.

Frente a la casa estaba, con su vieja elegancia, la antigua Plaza de Toros, llena de *furia* y de loco entusiasmo en el buen tiempo: silente, yerta en los inviernos, cuajada de hielos. La luna era enorme sobre el paisaje entre rústico y urbano.

En su estudio Concha Espina desde el primer día siguió su incansable labor. Parecía contenta; sólo una noche, en la sobremesa, dijo después de un largo silencio:

—Me falta Ramón.

Faltaba el hijo mayor, ahora en La Habana. La ausencia de aquel hijo era la obsesión de nuestra madre.

En estas páginas hay que hablar mucho de los hijos de Concha Espina si en ellas se ha de reflejar *su vida*. Su vida éramos nosotros. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana, éramos su razón de ser, de trabajar, de alegrarse.

Con visión muy clara, ella entendió que lo principal en nuestras vidas era su trabajo y su ejemplo. Y si recuerdo a Concha Espina, ya escritora consagrada, «sin abandonar los negocios más minúsculos de su casa», también la tengo presente encerrada días y días y meses y años en su despacho, entre los libros, sobre las cuartillas.

Para lograr esto, tuvo constantemente en su casa a la que ella llamaba su «mejor colaboradora»: una mujer sencilla y admirable que la veneraba, y a quien el lector ya conoce: Julia de los Ríos, criatura abnegada y fiel. Despachaba, como decía mi madre con gracejo, a primera hora con Julia, segura de que sus órdenes se cumplirían exactamente hasta la noche. En aquel cuarto de hora dejaba decididas multitud de cosas, todas las de la jornada.

Seguidamente se encerraba a trabajar. Su voluntad y «el grito agudo del deber» se unieron al talento y la gracia, por la gracia de Dios, y de los que ella no desperdició ni un átomo.

Vivía como una monja exclaustrada. Y sólo cada mañana dábamos un paseo desde Goya, 77, hasta la Plaza de la Independencia. Invariablemente entrábamos a rezar en San Manuel y San Benito. Después nos llevaba a una dulcería. Y a buen paso regresábamos a casa. Cuando los estudios de Luis no se lo permitían, paseábamos ella y yo solas.

Víctor «la sacaba de sus casillas» alguna vez; a la ópera, a rara conferencia, a alguna exposición.

Por aquella voluntad de trabajo, de la que nosotros éramos el cimiento, estaban ya en todas las librerías de España y de América *La niña de Luzmela, Despertar para morir, Agua de nieve…* Y un día, irrumpiendo y clavándose como hito en la vida literaria española, *La esfinge maragata*.

Fue un éxito de clamor. Y Concha Espina, sin vanidad, pero segura, se presentó a la convocatoria del «Premio Fastenrath». No era aquella época de abundantes premios, ni muchísimo menos, como sucede hoy. El «Fastenrath» era, sin duda, el máximo, el importante, concedido por unos académicos de la Española, cada uno «algo» en la vida intelectual. Con él se conseguía el espaldarazo de escritor consagrado. No todos se atrevían a presentarse. Había que escribir muy bien el castellano… además de otras cosas. Otros tiempos aquellos, Señor.

Bastantes días después de reunirse los académicos en una última sesión decisiva, una noche, cuando ya tarde acabábamos casi de rezar el Rosario, desde la calle desierta y tranquila llamaban voces de hombre: porque estaba cerrado el portal. Llamaban a Víctor y a Concha. No teníamos teléfono —tortura actual— más que en la portería.

Bajó Víctor y subió a nuestro primer piso escoltando a cuatro graves señores, cuatro académicos que venían a comunicarle a

Concha Espina que la Academia había premiado con el máximo premio su *Esfinge maragata*.

Como mi madre, sonriente y agradecida, no mostrase gran entusiasmo, uno de los «inmortales», algo decepcionado, decía:

—Pero no se entusiasma usted, no se pone nerviosa, no se altera…

Más sonriente, más agradecida, ella contestaba:

—Si estoy muy contenta… pero me parece muy natural; está muy bien. Lo que me emociona es que ustedes, a estas horas, se hayan aventurado hasta aquí.

—¡Pero, Concha, por Diosi… Si es la primera vez en la historia de la Academia que se concede ese premio a una mujer… Si tenía usted un contricante muy poderoso… ¡Entusiásmese usted, por favor!

Mi madre sonreía más, un poco azarada de no poder ponerse muy contenta, muy contenta…

Don José Rodríguez Carracido, con su voz campanuda, su enorme bondad y su acento gallego, reiteraba su muletilla:

—¡Es extraordinario… es extraordinario!

Don Adolfo Bonilla San Martín, amplio y joven, sabio y ecuánime, advertía:

—Ya cumplida nuestra misión, creo que debemos dejar tranquila a Concha.

—Sí; nos iremos —ceceaba don Ricardo León mirando la hora de su reloj de oro, sonriente y tímido el ademán.

Don Manuel de Sandoval advertía contento y muy solemne:

—Pero conste, nuestra ilustre amiga, que le hemos traído a usted una magnífica noticia.

—Lo mejor de ella es el entusiasmo de ustedes. Gracias.

Aparecía Julia, que había vuelto a ponerse su traje serio de ama de llaves, un vestido negro, de cuello alto, sin delantal. Y una larga cadena dorada guardadora de un relojito que ella retenía en la cintura. Traía una bandeja con copas y eso que ahora se llama «vino español». Víctor, radiante, servía a los académicos. Luis y yo,

retenidos por la autoridad de Julia en el «cuarto de jugar», saltábamos de gozo.

Se cerró suavemente la puerta detrás de los cuatro «inmortales», amigos de excepción.

Mi madre entró en su gabinete, volvió a salir enseguida, y reanudando el paseo por el largo pasillo —según era su costumbre cada noche, para que su voz llegase a toda la casa—, dijo:

—Nos falta el «último Misterio».

Nadie la interrumpió y su acento sereno, «lleno de matices», proseguía:

—Quinto Misterio —y eran de gozo—: El Niño perdido y hallado en el Templo; Padre nuestro…

Capítulo XII

LA VIDA EN CASA DE CONCHA ESPINA

¿Qué había sido del «coro» familiar y amistoso que rodeara a Concha Espina en su hidalga tierra?

Don Enrique Menéndez y Pelayo y su mujer venían alguna vez a Madrid, íbamos siempre con ellos al teatro, con preferencia a La Princesa, al Español o a Lara, donde eran las funciones siempre «aptas para personas decentes».

Años antes, cuando aún vivíamos en Marqués de Urquijo, honraba varias veces el palco con su presencia nuestro don Marcelino. Era cuando don Enrique advertía, ya muy enfermo de la vista, a su mujer que oía apenas:

—María, colócate tú aquí, donde puedas *ver* bien. Yo puedo sentarme en cualquier rinconcillo, aunque no vea: me conformo con *oir*. En cuanto a Concha y Marcelino, son dos privilegiados de los

dioses —¡quise decir, de Dios!— y oyen y ven perfectamente. Y tú, sobrinuca, ponte al lado de tía María.

Era aquel un tierno parentesco que habíamos inventado entre todos, prendados ellos, desde que yo era muy pequeña, de mi insignificante persona.

Pocos días estaban en Madrid los buenísimos amigos de Concha Espina. Desde Santander escribían con mucha frecuencia. Decía don Enrique:

—«Concha, no olvide usted los consejos de Marcelino… Apenas vemos a Víctor, raptado entre Venus y Marte…

Y se refería don Enrique al fiel noviazgo de mi hermano y también a su servicio militar…

Los González de Linares, «foramontanos» de pro, campaban por sus respetos por media Europa. Antonio G. de Linares dirigía una revista madrileña; el que murió General González de Linares, en 1955, mandando la Infantería Francesa… ¡la de Napoleón!, sería por entonces teniente, y había estado, como tal, en Verdún.

Don Augusto G. de Linares había muerto después de fundar y dirigir en Santander la «Estación de Biología de Marina».

Y años antes, contagiado de una pulmonía infecciosa igual que su prima doña Ascensión, había muerto don Gervasio, aquel señor que conocimos en Luzmela en diálogo extraordinario con la madre de Concha Espina.

Matilde de la Torre llevaba a Londres los cánticos y bailes de la Montaña con éxito estupendo, dirigidos por ella: los había puesto un nombre: «Voces Cántabras». Ella sabía ¡hace tantos años! lo que era la *Baila de Ibio*, famosa hoy en el mundo. Y todos nosotros tenemos resonante en el arca del pecho, el son punzador, lleno de un retumbe misterioso y hondo, de la caracola, el *bígaro* a cuyo son se danza. ¡Si Ibio está ahí, mirando hacia la izquierda desde la solana de la casa de Luzmela!… Ahí la Loma ingente, casi siempre tocaba por la niebla; ahí está la cueva de las canciones; ahí lobos, osos y margaritas, según el tiempo «pinte».

Un día Matilde se nos vino a nuestra casa madrileña. Llegaba… ¿de Cabezón de la Sal…, de Londres? Pues no: del Perú únicamente. Y es que se había casado con uno de nuestros primos, Sixto G. Cueto, que tenía —y Dios se las conserve amén— «placeres» y «venas» de oro, mucha labia dulzona y caediza como acostumbra la gente de allá, y muchísimo genio: la labia dulzona y caediza aburrió pronto a Matilde. Y como además ninguno de ellos era una malva que digamos, riñeron a poco de la boda los primos-esposos, y Matilde se volvió a España. «Pasó» por París, y en Madrid nos llenó la casa de perfumes, de «modelos», de alegría y dinamismo. Siempre quería estar contándole cosas a mi madre: cosas bonitas, interesantes, pero que a ella le quitaban el tiempo de trabajar.

De pronto, un día sonó el timbre de la puerta a hora desacostumbrada en un hogar tan ordenado como el nuestro. Y a la puerta, con una límpida sonrisa de sus dientes deslumbradores, y con una maleta posada a su lado, estaba un muchacho muy joven. Cuando Julia abrió, aquel joven señor se quitó el sombrero con respetuosa violencia, y casi no podía hablar:

—¿No me conoces?

En lugar de responder, Julia le fue mirando despacio, y de repente, echó a correr hacia las habitaciones de mi madre; apenas podía decir:

—¡Es Ramón… es Ramoncito!

Apenas lo pudo decir, porque ya el hijo estaba abrazando a su madre, besándole las manos y la cara con enorme emoción. Todos sus hermanos le rodeábamos y le mirábamos con no poco asombro.

Concha Espina, con aquella su serenidad augusta, sólo decía:

—Te esperaba siempre… Vendrás cansado. ¿Dónde está tu equipaje?

Los ojos verdes nos abarcaban en una ancha, flúida mirada, húmedos y alegres. Con donaire, Ramón respondía:

—No creas, mamá, que traigo sólo esta maleta… Soy el hijo pródigo que viene con un baúl tremendo. Ahora lo subirán. Deja que te mire… ¡qué guapa estás, madre! Y vosotros…

Nos fue mirando con detenimiento y hacía un comentario, entre emocionado y gracioso, de cada uno. Para Víctor fue el abrazo de los dos hermanos mayores; dos hombres muy jóvenes y muy audaces.

El baúl de Ramón estaba lleno de libros, naturalmente. Libros espléndidos que yo no entendía. Él me regaló aquellos que estaban a mi alcance. Conservo intacta una preciosa edición de *Vers* de Verlaine y *Rimas*, de Bécquer Por su parte, Víctor empezó a tomarme en cuenta, en vista de lo cual me regaló el *Apolo* y me llevaba a conocer los museos.

Ahora tenía mi madre dos hijos compañeros. Muy distintos. Se querían los dos hermanos, pero ni salían juntos ni tenían los mismos amigos. Y, sin embargo, las aficiones eran iguales. Vivía con nosotros aquella temporada Matilde de la Torre. El diálogo en las sobremesas era de una altura excepcional —si nos mandaban callar a Luis y a mí—. Concha Espina iniciaba el tema, y ordenaba silencio, si así era menester, con suave, resistente dominio. Recuerdo que un día advirtió Ramón:

—Aquí se habla de lo que mamá quiere…

—Así es, aseguró Víctor.

—Ni más ni menos —remachó Matilde— y pobre del que se vaya del seguro.

—Así tiene que ser —reiteró Víctor con naturalidad.

También Ramón quería hablar constantemente con su madre. Y ella se dejaba embriagar por las palabras del hijo, tantos años ausente. Pero no podía perder ni media hora. Hacía las sobremesas largas, para estar en contacto con nosotros. Y, seguidamente, se ponía a trabajar en su estudio, a leer. Entraba Matilde a contar algo muy interesante… Entraba Ramón con alguna noticia preciosa.

Mi madre, callandito, llamó a un cerrajero y ordenó colocar en las dos puertas de su estudio unos pequeños cerrojos dorados, que ella

corría con suavidad en cuanto entraba en su despacho.

En aquel tenue y sereno movimiento de su mano al encerrarse a trabajar, iba implícita la voluntad enorme que ella mantuvo sin estridencias, sin una palabra más alta que otra, toda su larga vida.

Estaba acabando por entonces *La rosa de los vientos*, la novela de Concha Espina que más gusta.

Capítulo XIII

COMILLAS

Allá en su destierro de Ujo, don Víctor Espina, con la salud acabada, se llevaba «la mano al pecho» con más frecuencia que nunca, hasta adquirir un aire de semejanza admirable con el desconocido caballero toledano del Greco.

Un día, cuando a conciencia no pudo más, le dijo a su amigo don Santiago López:

—Santiago, no puedo seguir aquí. Me voy a Luzmela para siempre.

Y se fue a su viejísima casa montañesa con su hija Rosario; a su casa que, a semejanza de la de Lope de Vega era —es— «parva, propia, magna». Gracias a Dios.

Todos los años, en el hogar madrileño de Concha Espina, había sucedido algo estupendo para nosotros, los hijos. Y creo que algo maravilloso para nuestra madre. Llegaba el calor, el feroz verano de Madrid.

No sabíamos qué hacer con el poderío tremendo del sol, que se nos colaba por todas partes en el alegre entresuelo de la calle de Goya.

Suspiraba Julia bajito mientras hacía vainica en el cuarto de costura. A veces, a prima tarde, se quedaba unos minutos traspuesta. Luis y yo la despertábamos. Se asustaba; y medio dormida regresaba a su hablar montañés:

—¡Ay, hijos… es que estaba *esconsoñando*!…

La cocinera, Paca, una madrileña vieja y garbosa:

—¿Paca? —comentaba Víctor— ¡Si yo creo que bailó con Goya en la Florida!…

Pues bien, Paca Martín, excelente en su oficio, no sabía qué darnos de comer:

—Ya no sé qué discurrir, señora: los niños no comen… y los señoritos también «se me quedan» desganados…

Nos hacía Paca Martín gazpacho, nos traía helados, tenía siempre dispuesta y envuelta en hielo una gran jarra con agua de limón; las persianas cerradas daban un tono de frescor a la casa. Pero a los pocos días ni gazpacho, ni helados, ni limón, ni persianas nos servían. Nosotros necesitábamos nubes: las quería mi madre, tan amiga del sol; niebla era preciso para nuestros ojos acostumbrados a la cernida luz norteña; algo que amortiguase el sol violentísimo; y chaparrones tremendos y mansa lluvia; queríamos todo lo que nos había mecido en la «primera tierra» nuestra.

Nos íbamos a Comillas: ya no era nuestra la emblasonada finca de los abuelos. Pero Concha Espina tuvo una casa alegre, que era como un barco que se hubiese posado en una altura. Y nosotros nos

sentíamos felices en la playa, de la mañana a la noche. Cuando le alcanzó la edad, Víctor discurrió hacer el servicio militar en Santander: ¡buen «discurso»! —que dicen en la Montaña—: ¡enamorada idea! …en Santander estaba su novia.

Por su parte, Ramón se dedicaba a enamorar a una lindísima caterva de muchachas.

«Se daban», en los galanteos de mi hermano mayor, mujeres jovencísimas de extraordinarias cualidades. Ahora recuerdo que dos de ellas han venido a ser abadesa una, priora la otra, en sendos ilustres conventos. Por aquellos tiempos que memoro, Ramón las traía de cabeza…

Los viajes a Luzmela eran frecuentes. Teníamos que ir a visitar a don Víctor, con muchos años encima y nunca con el aspecto del anciano señor achacoso: siempre erguido —igual que nuestra madre hasta el último día— siempre compuesto, y cuando salía de paseo por el camino real, en la mano un bastón, no ya con el puño de oro o de marfil, pero tampoco de plata «porque mancha los guantes», sino de cerezo barato y noble, que deja la mano perfumada.

Si mi madre quería llevarle un regalo y le consultaba su gusto, invariablemente hablaba, con delicadas indirectas, de un jabón selecto, de una colonia exquisita, de pañuelos finos: nada más. Un día, como un niño que insinúa algo muy deseado, preguntaba a su hija:

—¿Te acuerdas, Concha, hija mía, de «aquel» perfume que «se llamaba» Piel de Rusia?

Y se quedó el abuelo distraído, con la memoria perdida y lejana, presa en un frasquito pequeño y misterioso, la esencia de sus días felices de Santander. El primer regalo de mi madre fue el frasquito añorado.

Aquellos viajes a Luzmela, desde Comillas, los hacíamos en un «landó» muy grande y muy brillante, con dos hermosos caballos. En homenaje a mi madre no era un cochero cualquiera quien lo guiaba,

sino el mismo dueño de una fuerte «línea», un hombre apersonado y comedido, muy al tanto de la preciosa carga que llevaba.

¿Hay en España camino más estupendo que el de Comillas a Luzmela, que el de Luzmela a Comillas? A nosotros nos enamoraba tanto que íbamos todos callados. Y nos gustaba, al regreso a Comillas, ya a punto de nacer las estrellas o de caer la niebla, sentir un poco de miedo al atravesar el Monte Corona —monte y bosque «de cuento»— enorme, misterioso, incomparable. Sólo se oían los cascos de los caballos en la carretera, isócromos, con aquel ruido ya casi desaparecido del mundo.

—Dicen que hay bandidos por aquí —lanzaba Víctor rompiendo el silencio y la oscuridad—. Y se quedaba tan tranquilo después de sembrar una alarma —gustosa alarma— en la imaginación desbocada de Luis y en la mía.

Mi madre nos atraía hacia sí con infinito cariño; dejaba la vigilancia del diminuto viaje a Víctor. Julia de los Ríos, eficaz y callada, prevenía abrigos y leves mantas, necesarias en los atardeceres del verano montañés: el coche iba abierto ¡eran un gozo la brisa y el perfume! Julia se empinaba hacia el pescante y posaba en los hombros de Víctor un abrigo de verano. Víctor protestaba:

—No me hace falta, deja…

Como había una persona ajena a nosotros, Julia le hablaba «de usted», que ya tenía Víctor 20 años:

—Pues se le tiene usted que poner. Y le insistía a «escucho», al abrigarle:

—Súbete el cuello, que está bajando la niebla… anda.

El silencio de mi madre nos envolvía con dulzura. Ella lamentaba alejarse de su padre, siquiera fuesen pocos kilómetros, y también no quedarse más tiempo en Luzmela, «este lugar donde no se oye ningún ruido del mundo, y por eso, sin duda, escuchamos tan claras y distintas las voces inaudibles de la naturaleza: susurros, estallidos, preguntas y llamadas sordas que no es fácil oir en los senderos

urbanos: gritos del viento, sones de la nube, idioma de los seres menores de la creación, que nos penetran y conmueven»…

Desde Luzmela a Comillas, metidos por el fabuloso Monte Corona, todo eso escuchaba mi madre. Y además, de pronto, y en una revuelta solemne de la carretera, un son azul, de viento y marejada…; allá lejos, ¡el mar!

Era como una aventura para nosotros aquella excursión. A veces mi madre nos dejaba, a Luis o a mí, en la casa de su padre, con sus hermanas Rosario y Mercedes, viuda ésta desde muy joven y con un niño de nuestra edad: Gabriel García Espina. Pero lo más frecuente era que tía Mercedes y Gabriel regresaran con nosotros a Comillas, para el disfrute de la playa y del mar.

Pasábamos, mirándola con detenimiento, frente a la casa solar comillana de mis abuelos paternos, casa y blasón vendidos hacía muchos años. Mi madre estaba contenta: ella ya tenía su casa, la que anhelaba; una casa desde la que se veía el mar anchurosamente.

Allí sigue Concha Espina su vida de trabajo y de estudio. Sólo se permitía estar en la playa por las mañanas, bañarse muy temprano; y dar en los atardeceres un largo paseo por los incomparables caminos de Portillo o de Solatorre.

Comillas, la «Villa de los Arzobispos», maravillosa, tenía entonces una gente veraneante extraña en un pueblo pequeño: se juntaban allí más de veinte títulos de Castilla; algunos muy nuevos; muy viejos algunos. Entre ellos y, asimismo, en el vecindario, muy aseñorado, muy «principal», Concha Espina con sus cuarenta y cinco años «que parecían veinte», despertó la misma curiosidad que en Madrid.

Llegaban las invitaciones. Concha Espina atendió a aquellas con quien estaba relacionada por vínculos antiguos de familia o de amistad: y se negó, con el pretexto de su trabajo, sencilla, altiva, a servir de curiosidad a relaciones nuevas.

Subía a casa el Padre Otaño, joven y ya insigne profesor del Seminario enorme: dialogaba con mi madre y le contaba cosas de su música, de sus lecturas y proyectos. Eran muy buenos amigos.

—Concha: los Marqueses de Movellán desean mucho conocerla.

—Encantada, Padre; también a mí me gustará: porque sé «quiénes son».

A los pocos días, el Padre Otaño llegó a buscarla para subir juntos a «La Coteruca», la finca moderna —del siglo pasado quiero decir, y eso es «moderno» en la Montaña— más hermosa y de más bella situación en la provincia:

—Concha; vengo a buscarla para que subamos allá… —y desde el mirador señalaba el Padre la alta colina donde la Coteruca se alzaba, como un castillo.

¿Subir?… ¡Ay, Padre, cuánto lo siento! Pero no puede ser.

—Por favor, Concha, nos esperan; la esperan a usted a merendar. Iremos despacito para que usted no se sofoque. Pero no me diga que no… quedaría yo muy mal.

—Lo siento, de verdad, muchísimo. Pero, aparte del calor, no puedo ir sin que vengan a buscarme: recuerde que soy «nueva pobre» y no tengo coche que me lleve hasta allá arriba. Usted comprende, ¿no es cierto?

El Padre Otaño, joven entonces y vehemente, comprendía con sencillez su imprevisión. Y subió aquel día él solo a la maravillosa finca. A la tarde siguiente, previa reiterada invitación personal de una joven señora de la casa de Movellán, llegó otra dama de la familia en su coche a recoger a mi madre.

¿Poco amigos desde entonces los Marqueses de Movellán y Concha Espina? ¿O el Padre Otaño y Concha Espina?… Todo lo contrario. Recibida ella como era menester, su señorío se revestía de una sencillez tan encantadora, que cautivó a sus huéspedes. Además de que en aquel caso —como casi siempre— mi madre «tenía razón». Por eso en «La Coteruca», desaparecida en horrible

incendio, tuvo mi madre sus mejores amigos, sus lectores más asiduos.

Pasaron los años, muchísimos años, y otra joven señora de Movellán, interesante y gentil como pocas, se llega a menudo hasta Luzmela y pasea con devota emoción por el jardín de Concha Espina, y habla conmovidas palabras en recuerdo de mi madre. Sí, la «gente» de Movellán era «gente» que merecía la pena.

Así, entre la curiosidad de los veraneantes «naturales» y «forasteros», mi madre hacía su vida apartada: esencialmente para seguir su trabajo. Y también por comodidad. Quería vivir religiosamente cumpliendo su deber, aquel deber que se había jurado a sí misma, ante Dios; no podía perder las horas en nuevas amistades, en tertulias y excursiones apacibles.

Alguna vez iba a Santander: doña María y don Enrique Menéndez y Pelayo la recibían con los brazos abiertos:

—¿Todavía rezáis «aquel» Padrenuestro por mí?

—Siempre.

—Debe hacerme mucho bien; no lo olvidéis.

Y la voz ardida, serena, del poeta:

—Nunca…

Mi madre daba una noticia:

—¿No sabéis? Pasado mañana vuelo con Juan Pombo desde la Albericia.

—¿Con Juan?… ¿Sabe usted que él y su aparato son «de locura», que el tren de aterrizaje tiene una avería y que por no dejar de volar vuela con él atado con cuerdas?… De mi casa, Concha —decía don Enrique horrorizado— no puedo dejarla salir para volar con ese loco.

Era el año 1916.

Mi madre comprendió las cariñosísimas razones y el susto de sus amigos.

—¿Entonces?… —meditaba—. Porque yo tengo que volar.

—Tendrás que regresar a Comillas, Concha querida, —intervenía doña María—; pero no nos des el disgusto de salir de casa para esa

peligrosa excursión.

Se conformó Concha Espina, para no disgustar a sus mejores amigos; y arregló de modo que no tuviera que regresar de nuevo a Comillas: allí estaba el viejo Hotel Royalty, pacífico, acogedor. Se ingenió mi madre para eludir una posible despedida, en la estación, de don Enrique y su mujer.

Y el día señalado voló con Juanito Pombo. Fue él a buscarla al hotel, en un coche tan «de miedo» como su avión: y por el camino hasta el aeródromo —una campa extensa y nada más— de la Albericia, mi madre se lamentaba:

—Está nublado. ¡No veremos el sol!

—Veremos el sol. Voy a horadar las nubes hasta «dar con él»: ya verás cómo te gusta.

Fue un viaje feliz: en una carlinga al aire, muy protegida mi madre con un casco de cuero y una gasa encima; y con un chaquetón tremendo que el mismo Pombo le ceñía al cuerpo… ¡Y a volar!

Su amigo el aviador —amigos de la lejana niñez— la llevó más allá de las nubes, «al quinto cielo», decía él.

Año de 1916. En aquellas fechas creo que ninguna mujer en España había subido en «aeroplano» —así solo se llamaba entonces.

En el aire escribió Concha Espina a lápiz, siempre unas palabras religiosas y de amor para su tierra. Estas son:

> «Yo conocía de la Montaña la tierra y el mar: ahora conozco el cielo. Juan Pombo, el insigne aviador español, me lleva por los altos caminos de las palomas, hasta mirar de cerca al sol, como las águilas. Bendita sea la ciencia sublime que en una hora siquiera de la vida levanta del polvo nuestra pobre humanidad y la sube hacia Dios, en vuelo inolvidable. —*Concha Espina*.
>
> A bordo del *San Ignacio III*.

11 de Septiembre de 1916.»

… Todos los años, hasta el último de su vida, pasó Concha Espina el verano en la Montaña. Pronto la alegre casa de Comillas se nos volvió un poco incómoda: y preferimos en adelante ir siempre a Luzmela, que era nuestra casa.

Mi madre, además, quería siempre ocuparse igual que doña Ascensión Tagle, de aquella gente que desde siglos rodeara a la familia. Y así lo hizo también hasta el último año de su vida.

Aún los labrantines de Luzmela dicen que «les vale la señora después de muerta»… Verdad será.

Capítulo XIV

«EL VIEJO AMOR»

… Estaba Concha Espina acabando *La Rosa de los Vientos*.

Copiaba yo en el gabinete contiguo a su despacho las páginas de la novela, esa prosa espiniana de la que Marañón ha dicho que «hace un bien casi físico al lector».

Este modo de escribir de Concha Espina tenía para mi ignorante sensibilidad de niña una fluidez sonora tan limpia, que copiarlo a máquina me pareció siempre como interpretar en el piano una página musical. Ya entonces, a pesar de mi ignorancia, parece que estaba yo en lo cierto: poco tiempo después el poeta Gerardo Diego diría de su sintaxis que «estaba ordenada en un número solemne y pausado, en un ritmo rico y severo de «adagio» mozartiano»…

Y como Diderot asegura que para hablar, para escribir de Mozart, «es menester mojar la pluma en el Arco-iris», yo deduzco, juntando las preciosas aseveraciones de Marañón, de Gerardo Diego y

Diderot, que la prosa de Concha Espina, es, sí, como a mí me pareció, armonía, melodía, todo junto; no sé qué, que subyuga y enamora, no sé qué…

Una tarde, aquel ritmo se me rompió de repente entre las manos.

Fue como si irrumpiese en las páginas de *La Rosa de los Vientos* un «tempo» que destruía, al tiempo que exaltaba, la armonía.

Copié las cuartillas que mi madre me había dado, un poco febrilmente: porque aquellas páginas eran unas maravillosas y auténticas cartas de amor, de religioso amor humano, caudaloso, lleno de ternura…

«No hubo nunca mujer más bien amada, más deseada, más venerada, más tiernamente comprendida…» —decía uno de los párrafos de las prodigiosas cartas—.

Las copiaba yo al vuelo, al rojo vivo mi imaginación de quince años, mi entusiasmo, mi sorpresa.

«Todas nuestras ansias de felicidad se estrellan contra el muro de bronce que nos aisla y separa. ¡Triste y doble cautiverio!»… —decía otro párrafo—.

No seguiré; porque ahí están las cartas, en *La Rosa de los Vientos*, para deleite sorprendido de quien las quiera leer.

El sorprendido deleite mío se encauzó de un modo normal y también zahorí en una niña de menos de quince años.

Como había terminado mi labor, me levanté y fui a llevarle el original y el trabajo mecanografiado a mi madre.

Me la quedé mirando, callada, y ella seguía trabajando. ¡Qué hermosa, qué buena, qué extraordinaria madre teníamos! De verdad que una criatura así bien merecía ser «deseada, venerada, tiernamente comprendida»…

—¡Madre!

—Di, hija mía.

—¡Qué preciosas cartas!

Apenas sonrió ella, al levantar la armoniosa cabeza hacia mí; era más bien en la mirada serena donde había un suave brillo, feliz, de aquiescencia. Fue entonces cuando me atreví:

—Madre… esas cartas no las has escrito tú…

Ahora sonrió mi madre plenamente, con su dulce boca. Luego me miró de frente, con tranquilidad augusta, y acudió a una exclamación muy suya y muy «americana», resto sin duda de sus memorias chilenas.

—Pues… ¡quién sabe, Señor!…

Cambió de tono con gracejo y añadió:

—El caso es que las cartas te han gustado…

—Muchísimo.

—Me alegro. Y ahora, toma: aquí tienes más original. Vamos a seguir trabajando; anda, hija mía.

Volví a mi máquina. Era un breve manojo de cuartillas el que debía copiar. Y no tardé mucho en pasar a máquina un párrafo que sin desvelar un enigma, lo iluminaba:

«Conviene tener en el fondo del espíritu un sagrario Cara las cosas inefables. Por debajo de ellas hay que tejer la vida con mucha serenidad y mucho valor.»

«Eso es, eso mismo» —decidió mi pensamiento—. Esta maravillosa mujer, que es nuestra madre, labra su vida y la nuestra con mucha serenidad y mucho valor: «y tiene en el fondo del espíritu un sagrario para las cosas inefables».

A la publicación de *La Rosa de los Vientos*, se agudizó el revuelo de curiosidad en torno a Concha Espina, que ya con *La Esfinge Maragata* se había puesto en la línea de los grandes novelistas y empezaba a ser traducida a todos los idiomas. Las innúmeras publicaciones extranjeras lo acreditan así:

«Encerrada en su casa —dice Víctor meridianamente— sin conocer a nadie en el mundo de las Letras, con esa altivez que, gracias a Dios, nos viene de siglos, sin haber asistido jamás a una tertulia ni haberlas tolerado cerca de sí, sin haber adulado la vanidad

de ningún político ni de ningún hombre ilustre, casi esquiva, señoril y hermosa, mantenía encendida en su hogar la cristiana candela exigente y casi fanática.

«Los triunfos universales de mi madre, traducciones, honores, designaciones suntuosas, títulos, mensajes de príncipes de la sangre y de príncipes de las Letras, llegaban a nuestra casa con la misma sencillez con que llegaban las cartas de Luzmela, dando cuenta de los progresos de la *gliccinia* o de la *wellingtonia* de la glorieta»…

Pero aquella mujer hermosa, sola con sus hijos y aparte, que publicaba un libro sensacional cada año, era un motivo de naturalísima curiosidad, especialmente para los hombres de Letras.

Empezaron a llegar a la casa de la calle de Goya solicitudes de «audiencia». Llegaba Eduardo Marquina, tomaba una taza de café y leía unos versos muy hermosos.

Llegaba el Doctor Pulido, caudaloso, que de paso que nos tomaba el pulso, interesaba a mi madre por aquellos sus *Españoles sin patria*, los sefarditas que él nobilísimamente defendía.

Llegaban juntos, don Antonio Maura y casi colgando de su brazo tribunicio, don Ricardo León. Venían afanados, con prisa serena don Antonio, con prisa vehemente don Ricardo, que posaba en el banco del vestíbulo —y apenas los podía abarcar con sus brazos— un montón de libros, toda la colección de sus obras en edición de lujo, para mi madre; mientras don Antonio, como quien sostiene un cetro, traía enrollado un gran retrato suyo con grave y rendida dedicatoria, espléndido grabado de su hermano Bartolomé Maura.

En un elegante revuelo de su capa militar, venía don Manuel Manrique de Lara, agradable, galán; sin poder remediar al hablar, siquiera un poquito, de Wagner. Era uno de los «edecanes» de D. Ramón Menéndez Pidal, una de las que yo creo mil personas a quienes solicitaba la búsqueda de romances viejos: a su vez, estas personas destacaban a sus amistades para igual labor; de ahí venimos a parar que media España ha colaborado en el Romancero de Pidal: ¡hasta yo busqué para Manrique de Lara, para Pidal,

noticias de remotos romances montañeses…! ¡Todo un cuerpo de ejército buscando cantares, Señor!…

Don Santiago Ramón y Cajal, gloria de España, sintió asimismo su correspondiente interés por la figura de Concha Espina. Y llegaba a casa con frecuencia, sencillo y distraído, cansado, bastante sordo ya.

—Me habían dicho que su casa, señora, era inaccesible, algo así como un castillo.

—Don Santiago, un poco encastillados vivimos. Pero usted viene siempre que quiera.

—-Entonces vendré a menudo. Quiero contarle a usted muchas cosas.

Y venía don Santiago. Contaba cosas viejas de su vida. Con aire un poco infantil llegó una tarde, con un sobre que algo guardaba; no se decidía a dárselo a mi madre hasta el momento de despedirse:

—Le traigo a usted un retrato mío. ¡Es que como mucha gente me pide retratos…, por si lo quiere usted!

Conmovida Concha Espina, guardaba la fotografía —que en Luzmela está—, y acompañaba al viejo señor, cumbre humana, hasta la misma puerta de la casa.

Venía don Juan José Ruano, ministro de D. Alfonso XIII, y mi madre se alegraba al verle porque con él llegaban los recuerdos de su Santander:

—Vuestra madre —nos decía Ruano— que es hoy tan bella —perdón, Concha— cuando tenía quince años era como se dice ahora «un monumento». Todos los muchachos de Santander íbamos a la misa «suya», por verla al salir y al entrar, y por verla mientras rezaba, en su parroquia de Santa Lucía. Me parece a mí —añadía sonriendo— que todos andábamos un poco enamorados de ella…

Llegaba una carta del Marqués de las Torres.

«S. M. el Rey (Dios le guarde) ha concedido a Vd., mi ilustre amiga, la Banda de Damas Nobles de María Luisa».

Traía noticia de la merced real un criado de Palacio: Julia de los Ríos le abría la puerta y ella, con su lenta y clara grafía, firmaba en el libro en que constaba la entrega del sobre. Sí; todo arribaba a nuestra casa «con la sencillez con que llegaban las noticias de Luzmela, dando cuenta de los progresos de la *gliccinia* o de la *wellingtonia* de la glorieta»…

Se presentaba López Mezquita para hacer el retrato de la escritora por encargo de la *Hispanic Society of América*, de Nueva York. Se improvisó una tarima en un saloncillo que daba al Norte, para que el ilustre pintor tuviese buena luz.

Para algunos de aquellos hombres —grandes hombres de España — prendados ya para siempre del indefinible encanto de Concha Espina, tuvo esta señora una devoción constante.

Pero mi madre era —con palabras de Antonio Machado—: «En este remolino de España, rompeolas —de las cuarenta y nueve provincias españolas— y entre la poca gente que sufre y que trabaja…», una excepción; era «de los pocos que sufrían y trabajaban». Y su aislamiento tan fecundo estaba amenazado por la llamada «vida social». Y era el caso que casi todos eran hombres ilustres —mujeres ilustres tan sólo doña Blanca de los Ríos—; interesantísimas personas a quienes mi madre deseaba, sí, tratar: como aquel exquisito señor que llegaba a nuestra casa en pocas ocasiones, con aire ausente, delicado y triste: el diplomático mejicano Urbina, famoso poeta de los madrigales. O Gerardo Diego, muy joven; apenas hablaba y dejaba con fervoroso gesto en las manos de mi madre un libro de versos, ya desde entonces no sé si buenos o mejores, pero indudablemente «cosa aparte» en la poesía española. Yo me colaba en algunas visitas con el pretexto de servir una taza de café. Me gustaba mucho ver «de cerca» a un poeta, a un sabio, a un académico, a un ministro. Pero más que nada a los poetas.

No podía negarse mi madre a las visitas, ni le gustaba hacerlo porque era muy sociable. Pero ella necesitaba, ante todo, trabajar.

Estaban asimismo las señoras, muchas montañesas, como aquella inolvidable María de Hazas, hija del Marqués de Hazas, que seguía llamando «Conchita» a mi madre y hablando, con el desgarrado tono callealtero de las santanderinas, de los más elevados asuntos: mujer de cultura excepcional, adorable.

Ante aquella espléndida avalancha, mi madre se mostraba inquieta. Y fue precisamente por indicación y ocurrencia de María de Hazas, su decisión:

—Conchita, ¿por qué no «pones un día…»?

—Eso es —reforzaba doña Mercedes Alcalá Galiano—. Señalas una tarde en que nos recibes a todos y a todas; es el único modo de que te dejemos en paz, Concha, y a la vez de que nos des asilo, porque queremos verte, hija mía, hablar contigo… ¿Qué te parece?

A Concha Espina le pareció bien. Y se hicieron famosos sus «miércoles». Don Luis Araujo Costa —uno de los asiduos— los recordaba no hace mucho como uno de los últimos «salones» de Madrid: algo especial que no era «salón literario» ni «salón social», sino todo junto o quién sabe si ninguna de las dos cosas. Presidido por señora tan serena y ecuánime, tenían un tono en el cual el dominio de mi madre sostenía las riendas al parecer con suavidad, pero con energía soterrada.

Con sus «miércoles», mi madre pudo seguir trabajando y recibir a sus amigos a la vez. Si se colaba algún o alguna «indeseable», pronto y con diamantina suavidad, tremenda suavidad, se cerraba lentamente la puerta para él: para ella. Recuerdo a un matrimonio de eruditos, al cual mi madre despachó en breve carta, para siempre: breve carta que acababa así, ni más ni menos: «Se me acabó el gusto de llamarles a Vds. amigos»… No era una amistad leal la de aquellas personas, sino todo lo contrario; ¿para qué seguirla, entonces?… ¡Ay, dulce y recia «doña Clarines», y que falta hacías, madre, en estos tiempos!

… Unamuno, Valle Inclán, D'Ors, Ortega, Azorín, etc.; la «generación del 98», tan traída y llevada, dominaba y gobernaba

cuando Concha Espina irrumpió en el famosísimo «campo de las Letras». Pérez Galdós, doña Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, escribían sus últimas palabras.

Y se había muerto nuestro don Marcelino Menéndez y Pelayo: un 19 de mayo, citando a su amiga en la otra orilla para otro 19 de mayo, a los pies del Señor.

Concha Espina no pertenece a ninguna generación, —generación literaria, digo—. Simplemente porque Concha Espina es *sola*. Esta hermosa palabra, «señera», tan mal traída y llevada —y tan mal aplicada gramaticalmente— es la que mejor le iba a su actitud.

«Non vayais señera, señora…», empieza aquel lindo romance viejísimo. Y esta señora, desoyéndole, señera se estuvo. Llegó a Madrid, resistió a la curiosidad, abrió su casa una tarde cada semana y se encerró seguidamente en su estudio, inclinada la pensadora frente sobre los libros o las cuartillas, apoyados los brazos, siempre jóvenes, en su cántabra mesa de roble tallado.

A veces uno de sus hijos le tomábamos las manos, admirados de su pequeñez: en la cara exterior del dedo meñique de su mano derecha —un dedo como para jugar con él un niño— se había formado en la delicada piel un callo diminuto: era el roce de aquel dedo sobre las cuartillas, su marca de trabajadora, de una constancia gigantesca.

El mundo culto —y la mejor parte de la culta España— otorgó a Concha Espina honores y homenajes innúmeros. Pero hay que decir —con palabras de su hijo Víctor va a quedar más claro, autorizado y contundente— que «ninguno de estos triunfos y de estos honores, que el mundo culto en todos los países de la tierra ha otorgado a Concha Espina, logró romper la capa de resentimiento de los «cacasenos» de la literatura en Madrid, estanqueros de la gloria literaria, definidores del bien y del mal, que nunca perdonaron a una señora el haber prescindido de ellos y de sus cacareos histéricos para inscrustar un nombre luminoso en la historia de la Literatura universal».

Un día, porque sí y porque le dio la real gana, se presentó Concha Espina con un libro al entonces «Premio Nacional de Literatura», aun advertida de que se las tenía que haber, especialmente, con un contrincante muy poderoso.

Pero «dio la casualidad» de que al Jurado le gustó mucho el libro de Concha Espina, y también un libro de Fernández Flórez. Como *no podía* dejar sin premio al «contrincante poderoso», lo repartió. ¡Aquí fue ella! Los referidos «cacasenos» hicieron una campaña periodística vergonzosa, protestando de aquel reparto. El premio, según ellos, tenía que haber sido para «el poderoso» —cuyo nombre silencio por decoro— entero. Uno de los escribidores hizo constar repetidamente en los periódicos, poco más o menos: «Es inicuo que se dividan el honor y las pesetas: el Premio Nacional debe ser para X, «uno de los nuestros», íntegro.

Enfadado y con sutil gracia, por su parte, Fernández Flórez, en artículo publicado en tal ocasión, hablaba de la «canibalesca tribu literaria», con caballerosidad y donaire, al lado de Concha Espina.

Parece que en aquella campaña influyeron las ideas políticas y hasta las religiosas. ¡Y como Concha Espina era intransigente!…

Entonces ella, la apartada, la sola, se acogió tranquila a la Ley de Prensa para defenderse a sí misma, como hacen los buenos abogados. Era una «carta abierta» su defensa. La leíamos sus hijos con orgullo y divertidos también. En ella decía Concha Espina que renunciaba al premio y que dejaba su importe para la suscripción del monumento a Cervantes. Recuerdo, casi exactamente, el último párrafo de la carta dirigida al «cacaseno» de turno; decía de este modo:

> «… y en la rebatiña impúdica de los dineros, que no en otras lides más altas, queden, usted y «los suyos», vencedores. *Concha Espina*».

Tuvieron que tragarse aquellos hombres lo de «rebatiña» y lo de «impúdica», todo junto, y también el altivo desprecio de Concha Espina, que si fue siempre valiente, ahora a su lado montaban la guardia dos muchachos hidalgos, Ramón y Víctor de la Serna, con manos finas y en los puños fuerza de cántabros, dispuestos a romper, si no el alma, que es irrompible, sí el cuerpo de quien con su madre se atreviese. Aunque eran tan jóvenes, mi madre sentía con orgullo y gusto, la sombra protectora de aquellos dos caballeros de su casa, mis dos hermanos mayores, Ramón y Víctor.

… «Los escritores de su generación no sólo no han alentado su gloria: han procurado empequeñecerla…»

Vamos a silenciar los nombres de los más agresivos, piadosamente, cristianamente; algunos viven: Dios les conserve larga vida. Pero hagamos constar que en su mano la pluma, de un modo patético, ya es caduca, ya tiembla. No está, ¡de ningún modo!, férrea, juvenilmente sostenida como lo estuvo, por gracia celeste, en la mano de nuestra madre hasta el mismo día de dormirse en Dios, a los ochenta y seis años.



Capítulo XV

LAS EXTRAORDINARIAS AMIGAS DE FAMILIA

Trabajaba mi madre apacible y vehemente, cuando Víctor llamó en la puerta de su estudio: acababa de llegar de un viaje a Santander; había estado en Santillana; trepó por camberas, anduvo los suaves prados ondulados que nadie diría que encierran la tremenda y bronca belleza de las Cuevas de Altamira.

Andando, andando, vio una torre abandonada; apartó yedra y musgo: la torre —«que de Tagle fue»— tenía, rodeando el viejísimo blasón, una leyenda que se repite en otros apellidos montañeses.

Le estaba contando esto Víctor a mi madre, en su casa de Madrid:

—Y mira; te traigo la leyenda, el *mote*, la estrofa: escucha como dice: «VELAR SE DEBE A LA VIDA DE TAL SUERTE QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE»... Madre: sirve para tu ex-libris; es de tu casa; vale para ti.

—Es ambicioso ese lema.

—Para ti, no.

—Pudiera ser… —y humildemente—: Por lo menos yo haré todo lo posible. Dame… Sí; es hermoso.

Desde aquel día, en el ex-libris de Concha Espina palpitó tan cristiana ambición.

… Ahora quería ella hacer una novela de las minas. Con mis hermanos buscaba en la historia y en la geografía las minas más tremendas de España. Su índice diminuto iba y venía buscando el drama de los mineros encima de un «mapa geológico»: Ramón y Víctor seguían aquel dedo pequeño, de uña rosada, que iba marcando diversas cuencas mineras. Por fin, ella se decidió:

—Tenemos que ir a Huelva… a Riotinto.

—Y a Nerva —añadió Ramón.

Se había empeñado el alma de Concha Espina en contar clara y contundente, la vida espantosa de los mineros. Su empeño, como suyo, iba a dar por resultado una obra que «figura entre las grandes novelas de la literatura europea contemporánea». Y de la que aún nadie se ha atrevido a realizar la gran película que en ella vive.

Miró mi madre a los dos hijos mayores en cariñosa consulta callada:

—Vendrá Ramón conmigo.

Asintieron ellos, comprensivos, y a los pocos días salieron la madre y el hijo con rumbo a Huelva. Iba Ramón radiante. Le brillaban más que nunca los ojos verdes y tomaba a mi madre del brazo, hasta el coche, camino de la estación.

Desde un balcón, Víctor, con Luis y conmigo, les decíamos adiós. Matilde nos apartaba de la balaustrada:

—Cuidado, chiquillos.

Y al volverse hacia dentro, le pregntaba a Víctor, con sonriente tono, entre irónico y autoritario:

—Óyeme, ¿y también ahora que no está tu madre vais a rezar el Rosario todas las noches?…

Más tranquilo que un roble, Víctor contestó:

—Naturalmente; a las 10, como todos los días.

Matilde comentaba:

—¡No me lo explico!

—Oye, oye Matilde; que esa exclamación la dice, como muletilla, un personaje algo simple de *La Rosa de los Vientos*. Y sonreía socarrón al añadir:

—Ten cuidado con ella.

El viaje de mi madre no fue muy largo. Fue muy intenso. Pueblo Nuevo del Terrible, Linares, Almadén. Y por fin Nerva, la terrible ciudad andaluza, al lado de Ríotinto. Ahí queda *El metal de los muertos*, el «éxito mayor del año literario 1920», libro que figura «entre las grandes novelas de la literatura europea contemporánea…» «Libro —decía a su vez el *New York Herald*—, que es una de las novelas mejor escritas por un europeo en esta década…»

Es la «epopeya católica», según Ramiro de Maeztu… Es… ¿para qué seguir? Sólo anoto tres elocuentes citas, no para hacer yo

comentarios sobre la obra de Concha Espina, sino para resaltar sus cualidades, sus calidades espirituales y humanas.

Y también para insistir en la enorme sencillez de esta insigne dama de Letras. Ya para entonces se había dicho de ella: «El mejor blasón de la heráldica espiritual une espontáneamente sus cuarteles para ponerse al pie de esta imagen de gran señora que es al mismo tiempo la de una mujer sencilla».

Sencilla y ya hemos visto que también intransigente cuando se trataba de altos asuntos.

Y así, con el aire de una estudiante contenta, volvía ella del viaje a Andalucía, con Ramón, su paje y secretario en aquel momento.

Cuando nuestra madre regresó, Víctor le daba cuenta de la correspondencia recibida:

—Y mira, este señor, que te pide una entrevista —la famosa *interview* de la época—. Ya le conoces, de *La Esfera*.

—Sí, «El Caballero Audaz», ¿no?: José María Carretero.

—Ese mismo. ¿Qué le vas a contestar?

—Que puede venir.

Velaba Víctor:

—Es que tiene fama de eso, de «audaz». ¿Ya conoces la semblanza suya que rueda por ahí?

—No.

—Es agresiva.

—Entonces no me la cuentes. No me importa ni pizca la audacia de nadie.

Comentaba Matilde:

—Eres como yo.

—¡Qué va!… —decía Víctor—. Tú eres un encanto; pero no eres como mi madre —y dirigiéndose a ella—: ¿Qué contesto?

—Ya te lo he dicho: que venga; que pida una hora y tomará una taza de té con nosotras.

—¿«Nosotras», …quiénes?

—La niña y yo.

Llegó «El Caballero Audaz». Muy alto, de contrahecha finura, el último don Juan con aire de persona importante. Hizo la entrevista a mi madre: a la hora del té, previa presentación de Julia con el servicio, entré yo en el saloncillo: serví el té. Mi madre sonreía dejándome hacer. Carretero guardaba en el bolsillo las cuartillas y el lápiz. Muy rendido, se despidió, después que el fotógrafo hizo innúmeras fotos.

Curioseaba Matilde:

—¿Qué te ha parecido el famoso y guapísimo «Caballero Audaz»?

—Un buen señor.

—¿Y no te ha hecho preguntas «audaces», Conchita, preguntas impertinentes de esas que dan «salsa» a las entrevistas?

—Pues… no. ¡Si es muy discreta persona!

—Y como eras *tú* quien iba a «darle la réplica»… —se engreía Víctor.

Y Matilde, noble, generosa, tomando por la cintura a mi madre:

—Tú, Conchita mía, de verdad que eres como nadie.

Al siguiente domingo, Matilde fue con nosotras a Misa.

Recuerdo que era muy nueva la iglesia de la Concepción. Matilde dijo que era fea, y que la torre se parecía a la *Torre Eiffel*, pero en peor.

—No venimos a ver torres bonitas, que venimos a Misa —apuntó, tranquila Concha Espina.

Matilde oyó la Misa, toda, sentada: sólo al momento de alzar a Cristo, mi madre, sin una palabra, sin un ademán, la miró. Concha Espina no era dominante; simplemente tenía dominio. Y Matilde se arrodilló.

Muchos años pasaron, muchos hasta que Matilde de la Torre formó entre las tres primeras mujeres diputados socialistas. ¿Socialista ella, pura criatura de aristocracia y selección?… ¡Bueno! Al poco tiempo Matilde empezó a aburrirse de lo que no era en ella sino una «postura». Se fue —tuvo que irse— por aquella época, fuera de España. Y se murió en un hospital mejicano, abandonada

de sus «correligionarios» y velada por una monjita de la Caridad que por casualidad adorable era de su mismo valle, de su Real Valle montañés. La monjita pidió ser ella quien asistiese a «la señorita Matilde». Y con esa humilde audacia de las monjas, siguió el consejo teresiano: «Donde no haya amor, pongamos amor y sacaremos amor». Y en amor de Dios se durmió para siempre Matilde de la Torre.

Por el entonces en que vivió en nuestra casa, no tenía Matilde ni un adarme de socialista, aunque sí era «dura de pelar», ¡durísima!, en la cuestión religiosa. Y ya hemos visto cómo entre la víspera de su muerte y el día de su muerte estuvo Cristo con su mano llagada sobre aquella frente en tortura. Matilde sonreía y tuvo un morir cristiano, que «toda su vida honra».

Otra mujer de excepción entra en casa a todas horas. Otra mujer, a quien la más exigente crítica mundial ha llamado «la primera pintora de nuestra época». Hablo de María Gutiérrez Blanchard —«María Blanchard»—, prima de mi padre y de Matilde por lo tanto.

Seguía un «coro» de calidad en torno a mi madre: es que ella, de un modo inconsciente, sin premeditación, rechazaba lo vulgar y se atraía lo extraordinario. Concha Espina podía discutir, disentir con Matilde o con María: pero estaba muy a gusto con ellas.

María vive por entonces frente a esta casa que fue de mi madre y donde vivo yo —Goya 77, hoy 105—.

Nuestro tío Enrique G. Cueto, —fundador de aquel famoso periódico *El Atlántico*— se había casado con una dama polaco-francesa. Una tarde, tía Concha sale de paseo; al tomar el coche, tirado por caballos vivos de genio, hacen estos un movimiento de impaciencia; lo justo para que doña Concha Blanchard, «en estado de buena esperanza» no alcance al estribo y caiga. Cuando María nació, ya está señalada para siempre con la enorme desventura de su deformidad.

… Mi madre decidió que era conveniente que Luis y yo aprendiésemos el maravilloso francés de tía Concha. Decía:

—De cada uno debemos aprender lo mejor que tiene, y de Concha lo mejor es su precioso, exquisito francés. Iréis todos los días a dar clase con ella.

Y cada mañana, Luis y yo, vigilados por Julia, cruzábamos la calle hasta la casa de tía Concha… Otros idiomas que el suyo paterno hablaba la señora, además de tocar el piano casi como «virtuosa» y de leer más que el Tostado. Era piadosísima. Recitaba de memoria trozos de los sermones de Bossuet, ¡ay! y era lo peor que nos los recitaba a Luis y a mí. Pero era una dama tan exquisita en su modo, sin ser demasiado inteligente, que a Luis y a mí nos tenía embelesados.

—Hoy vais a aprender de memoria, y primero a leerlo en voz alta muchas veces, *El paso de las Thermópilas*.

Mi francés tenía un acento colegial endiablado.

—Hija, hijita mía; si no corriges esa pronunciación no sé qué va a ser de ti.

—Pues que nunca aprenderá bien un idioma —razonaba Luis metiéndose donde yo no le llamaba.

Entraba María, María G. Cueto y Blanchard, que pocos años más tarde iba a tener un estudio, en París, visitado por reyes y multimillonarios —lo cual la tuvo siempre sin cuidado—…

Sus dedos ahilados, de hada, tan frágiles y tan sabios, nos acariciaban el pelo, con ternura sin igual. Con la cabeza inclinada entre sus hombros deformes, me miraba lenta, dulce, a través de sus gafas de miope:

—A esta niña, mamá, no la puedo resistir de tan bonita… —y volvía a acariciarme, tierna.

Ya por entonces se había «metido» con el cubismo. Valiente, callada, exponía sus cuadros de locura en un saloncito de la calle del Carmen. Días antes de la inauguración le mandó a mi madre un cuadro enorme, *Ninfas encadenando a Sileno*, pintado al modo clásico, y con la técnica de Anglada: un cuadro espléndido, premiado en la última Exposición Nacional. Al poco rato llegó María: hablaba

con fatiga, con una voz delgada, siempre un poco angustiosa pero muy dulce:

—Conchita; te he mandado ese mamotreto para que lo guardes en el sótano, si «por casualidad» tienes la llave. Si no, que se lo lleve el trapero.

—María, tengo la llave «sin casualidad». Pero el cuadro es hermoso y no irá al sótano; ni digas locuras de dárselo al trapero.

Y el lienzo se colocó en buen lugar dentro de nuestra casa. Las *Ninfas encadenando a Sileno* son la gala del salón en el último hogar de mi madre en Madrid.

Al atardecer llegaba tía Concha, siempre con su sombrero «a lo Reina María Cristina», resistente a las modas. Venía siempre a lamentarse de la enorme bondad de María. Tía Concha era fría, indiferente a los conflictos ajenos. María era un tesoro de bondad.

Aquí se me viene a las manos una joya que sólo yo poseo: la prosa inédita y autógrafa de Federico García Lorca, que él me dedicó y que yo guardo como una alhaja. En una que pudiéramos llamar «conferencia-poética», dice en trozo coincidente con los días de que hablo:

«… Es la época en que María Blanchard vive en Madrid y cobija en su casa a todo el mundo, a un ruso, a un chino a quien llame en la puerta, presa ya de ese delicado delirio místico que ha coronado con camelias frías de Zurbarán su tránsito en París… Aguantaba la risa que causaban sus primeras exposiciones… Aguantaba a sus amigos con capacidad de enfermera, al ruso que hablaba de coches de oro, o contaba esmeraldas sobre la nieve, o al gigantón Diego Rivera… Aguantaba a los demás y permanecía sola, sin comunicación humana, tan sola que tuvo que buscar su patria invisible, donde corrieran sus heridas mezcladas con todo el mundo estilizado del dolor. La vida y pasión de Cristo fue tomando luz en su vida y, como el gran Falla, buscó en ella norma, dogma y consuelo»…

Pero en el tiempo aquel, María, igual que Matilde, no practicaba la Religión, y no sabía ella misma el grado sumo de su religiosidad.

Lo adivinó Concha Espina. La recibía siempre: había una orden:

—Para la señorita María estoy siempre, siempre que venga… Julia, para ella, ya lo sabes, no hay llaves ni pestillos.

Era que mi madre, además del cariño, tenía para ella el afán de una completa redención. Sí; ella quería que «la vida y pasión de Cristo tomase luz en su vida, y que en ella buscase norma, dogma y consuelo».

María Blanchard, tan amante de la belleza, sufría con su deformidad hasta un grado impresionante. Y tenía unos bellos ojos, y en aquella época una cabellera fabulosa, del color de la miel, y unas manos aristocráticas que habían de llenar de hermosura cristalina lienzos y lienzos de fama universal.

Nuestro tío Enrique, su padre, al verla desde que nació deforme sin remedio, la guió por el camino del arte. Don Enrique —mal que bien— pintaba. Y él fue mostrándole a su hija los álbumes más hermosos de Europa. Puso en sus manos de niña el pincel, el tiento y la paleta; después la acarició el pelo liso, dorado, suavísimo:

—Debes ser pintora. Serás, si quieres, una gran pintora. Dios te auxiliará.

Apoyándose en la memoria de don Enrique, mi madre le recordaba a cada momento, casi machacona, las palabras paternas. María se lamentaba:

—¡Sí!… ¡Pero si yo pudiese creer, creer del todo en Dios!

Como algo indiscutible aseguraba Concha Espina:

—Pues claro que creerás… ¡Si estás creyendo ya!… María, escucha.

Y María *escuchaba* todo lo que mi madre le contaba de Dios, suma Belleza. María atendía anhelante.

Por eso digo y estoy segura, que en el diálogo de aquellas dos mujeres, frecuentísimo, fue cuando en María «la vida y pasión de Cristo fue tomando luz, y en ella buscó norma, dogma y consuelo».

A la puerta del recoleto gabinete de mi madre asomaba la rubia, airosa cabeza de Matilde:

—¡María… Conchita!… ¿Me dejáis pasar? ¡Ya estáis con vuestros secretos!…

—Ningún secreto, Matilde; ven con nosotras.

La amazona audaz aseguraba vehemente, al entrar en la salita, con una sensación de bienestar moral y físico:

—¡Qué bien se está aquí, con vosotras; qué bien!

Capítulo XVI

VIAJE A ALEMANIA

Es difícil para mí decir en público que mi madre fue una mujer hermosísima; pero no hay más remedio si quiero —y quiero— decir siempre la verdad.

Era Concha Espina de estatura regular, pero de tan regio y sencillo porte que parecía alta. Nunca la vimos abandonada: inventó el sentarse, para trabajar, en una sillita baja, preciosa silla labrada, sin almohadones, sin nada que le hiciese ablandar el cuerpo y la postura. Y cuando trazó por última vez la señal de la cruz, estaba en su sillón, enhiesto el talle —¡y parece imposible, Señor!—, bien posados los brazos con postura digna, cruzadas las manos con ademán fino; hermosa siempre.

Yo me acuerdo de ella cuando tenía «aquella tez de lirio rosado y el pelo azul de puro negro». La nariz recta le daba un perfil de suma aristocracia, los ojos inmensos, negros, muy dulces, tuvieron a veces

y con plena justicia, destellos de indignación: o reían alegres muchas veces también. La boca era perfecta y extrañamente roja: en sus últimos años yo la miraba detenidamente y pensaba: «Parece que mi madre se pintara los labios… si hubiese lápiz de labios capaz de dar un tono así, y si fuese ella capaz de pintarse».

Las manos de Concha Espina eran extraordinariamente pequeñas, las uñas rosadas, que jamás se pintó. Y los pies tan infantiles que siempre tuvo que hacerse el calzado a la medida: pies de Cenicienta, cabellera de hada, ojos de ensueño. Así la conocimos muchos años sus hijos.

Ella decía que la hermosura —sin aludir a la suya— es un don de Dios semejante a la salud, y como a tal, debe cuidarse. Y encerrada en su casa, sometida al trabajo heroico, cuidó su propia belleza exquisitamente. Un mes antes de dejarnos, a los 86 años, me encargó una «crema para la noche» que era la mejor y la última llegada a las perfumerías de Madrid. Nunca se retiraba a descansar sin hacerse un detenido tocado; cepillaba su cabellera largamente: a veces me dijo:

—Hija, si quisieras tú acabar de cepillar este dichoso pelo… es que no llego casi hasta las puntas. Estoy pensando que un día me lo voy a cortar.

Protestaban Ramón y Víctor:

—Mamá… no. ¡Mira que cortarte el pelo!

—Me da mucho quehacer.

Un día dijo que «mañana» vendría el peluquero.

—Mañana no, por favor… Primero tienes que hacerte un retrato. Danos ese gusto, ya que te empeñas en quedarte sin tu tesoro.

Le halagaba a ella más el cariño de los hijos que la vanidad de aquella hermosura:

—Bueno —accedía—. Pero que no se publique esa foto… mientras viva yo. Después podéis hacer lo que os apetezca.

Aquí está el retrato: se lo hizo Káulak: la acompañé al fotógrafo y don Antonio Cánovas protestaba mientras disponía la máquina:

—¡Qué lástima, qué lástima!

—No tanto, Káulak… yo no voy a exhibirme con esta melena que es un quehacer. Con el pelo corto tardaré menos en arreglarme.

—¡Qué lástima, qué lástima y qué hermosura! —murmuraba don Antonio para sí, ya con la cabeza tapada con un paño negro y metida en las profundidades de su máquina, captadora de toda una época de España.

Sucedió que con el pelo corto nuestra madre apareció más joven. A mí me enseñó, igual que a ella su madre, la elegancia pulcra y bonita, el cuidado personal. Pero yo no lo aprendí como ella, perfectamente. Una noche —quizá llegué cansada del paseo, quizá me dolía la cabeza o simplemente tenía sueño— me senté a la mesa con una bata que por cierto era muy linda:

—¿Te sientes mal, hija?

—No…

—¿Entonces…?

—Quería acostarme temprano… y para abreviar, me había ya desvestido.

—Pues mira, nena; ve de nuevo a vestirte: yo también estoy cansada: nunca vengas a la mesa, no sólo como hayas estado toda la tarde, sino dándote primero una vueltecita por el tocador… anda, ve.

No volvió a suceder mi aparición en bata. Y sus nietos, los de mis hermanos, los de mi casa —ya sus biznietos también— siguen aquella orden, dicha sin alzar la voz, suavemente, hasta con gracejo. Hasta en las cosas menudas de la vida, su dominio sigue en nosotros.

Llegó una noche uno de sus hijos mayores —no digo cual, no lo digo— tarde a casa: había pedido permiso para salir después de cenar. Pero regresaba a las tres de la mañana —era un despistado, y se le pasó la hora, pienso yo.

Mi madre oyó el llavín:

—¡Hijo!

—¿Mamá?…

—Ven. Habla bajito; no se despierten tus hermanos. Oye, hijo, no vuelvas a venir nunca a estas horas. Del teatro se sale a las 12; si has estado en una tertulia, a la una ya se cierran: has debido estar en casa, todo lo más, a la una y media… son las tres. No volverá a ocurrir.

—Te aseguro, mamá, que, después del teatro estuve en una tertulia: pero te aseguro también que no, no volverá a ocurrir.

Y jamás en nuestra casa volvió a sonar un llavín a deshora, aunque los dos hijos mayores de Concha Espina eran dos hombres ya.

Parecía cambiado en ellos no el carácter, sino «el modo»: Ramón aparecía a veces extático o en el quinto cielo; y Víctor era de un dinamismo que no ha cesado hasta la fecha. Esta vitalidad y capacidad de trabajo es él el único que la heredó de nuestra madre: quizá se deba en parte —y lo digo en disculpa mía— a que ambos fueron dotados de una salud increíble, de una fortaleza física que les daba lugar para todo.

¿Había que madrugar? Mi madre se levantaba con el alba: no perdía la Misa y regresaba con lento apresuramiento para cumplir su jornada. ¿Había que trasnochar? Eso era lo que menos le gustaba. Creo que sus bellísimos ojos tenían la culpa: de apariencia sanos y límpidos, siempre fueron débiles, delicados.

Por eso muchas noches, mis hermanos entraban sin permiso en su despacho:

—Mamá; no puede ser: tienes que descansar.

—Pues sí… es verdad; ya lo dejo.

Posaba cuidadosamente la pluma, tapaba el tintero, ordenaba las cuartillas y se dejaba llevar, blandamente, fuera de su estudio…

Encima de la mesa de trabajo de Víctor se sucedían los retratos de aquella niña de los bucles negros, de quien se «había despedido» en la Montaña. Ahora es una muchacha gentilísima; y también tenía

grandes ojos negros, y también pequeñas manos de princesa. Fiel a un solo amor, un día Víctor dijo en la sobremesa:

—¿Qué te parece, madre, si pensara en casarme?

—Pues me parece lo más natural del mundo… —Hubo una transición en su acento al observar—. ¡Qué joven eres!… pero sí, es natural.

Ese volumen de angustia que pesa sobre todas las madres que casan a un hijo o una hija con quien están muy compenetrados, le sintió Concha Espina, ¿cómo no?, con su apasionada vehemencia.

Y a la vez le parecía hermoso y bueno que aquella niña hubiese esperado a su novio, encerrada entre una casa y un jardín, oyendo las galernas santanderinas, en pleno Sardinero.

Y orgullosa de su maternidad, decía:

—Claro que Víctor lo vale… ¡ya lo creo!

Fue una boda clara y alegre la de aquel hermano mío recién salido de las aulas, que vestía el «chaquet» donosamente envuelto en el velo de la novia que la fuerte brisa de la mar aireaba: Capilla de San Roque, en el Sardinero de Santander.

Aquel invierno empezó Ramón su canción eterna de aventura:

—Madre; quiero irme a Berlín. En Alemania tengo que aprender muchas cosas. ¿Me voy? Hablo el alemán estupendamente: quiero estudiar allí mucho. ¿Te parece a tí bien? Me voy, ¿quieres?

—Quiero lo que quieras tú, si está bien.

—Sí, está bien. Mira, aquí no puedo seguir… ya ves, no puedo volver a las clases.

Es que Ramón de la Serna había increpado, en plena cátedra, a Cejador. Estudiaba Ramón Filosofía y Letras. Cejador daba su clase de Latín. Estudiaban entonces muy pocas chicas y siempre llamaba la atención su presencia en las clases. Cejador se complacía en ponerlas en un brete.

—No puedo tolerarle, madre, no puedo. El primer día que diga una impertinencia a una chiquilla, «salto».

—Pues mira; no soy nada amiga de «saltos»: pero si la impertinencia es de verdad inaguantable, me parece muy bien tu actitud.

Pocas mañanas después, el profesor obligaba a una muchacha muy joven a declinar en latín un verbo que en castellano suena de modo equívoco.

La alumna obedeció. El profesor se reía mientras ordenaba:

—Declínelo usted de nuevo, señorita.

Obedeció otra vez, ya nerviosa, con voz apenas perceptible.

Ramón «saltaba» en su asiento. Toda su sangre hidalga se le estaba subiendo a la cabeza: apretaba las manos finas.

—Señorita: habla usted tan bajo que no la oigo. Vuelva usted a declinar ese verbo y esta vez en voz bien perceptible.

Lo perceptible fue un puñetazo de Ramón de la Serna en su pupitre:

—Señor Cejador… eso es una villanía, y como yo no la puedo consentir, ¡adiós!

Ramón salió como una centella y dio un portazo de miedo en la puerta del aula. Después, se quedó en la calle, en la acera de la Facultad, de repente tranquilo, esperando a sus compañeros. Le rodearon en triunfo:

—Eres el más valiente de todos.

La niña estudiante salía tímida:

—Gracias, Ramón —y le estrechó la mano.

Ramón sonreía con su bella risa sana, y le bailaba aún la indignación en los ojos verdes.

Salía Cejador; alguien tropezó con el junquillo, leve bastón de mi hermano, que cayó al suelo; al inclinarse a recogerle y al levantar la cabeza, se vio frente a frente con aquel señor catedrático. Se alarmó él:

—¿Va usted a agredirme? —temió con susto detrás de las gafas gordas.

—No: ya le he agredido en la cátedra.

—Pero, ¿volverá usted a clase? —dudaba el profesor.

—No: he perdido mi puesto de estudiante en Madrid; pero la vergüenza no.

Se alejó el profesor mascullando amenazas, disgustado y furioso.

Se quedó Ramón entre sus compañeros, nada furioso y sí contento porque, simplemente, había cumplido con su deber según el estricto criterio de nuestra familia.

Entre zalamero y decidido insistía:

—Ahora, madre, sí que me tengo que ir a Alemania; ¿me voy?

Y se fue.

Después llegaban cartas suyas no sólo de Alemania, sino de media Europa por donde él andada aprendiendo… todo lo que sabe.

De pronto, un largo silencio, de muchas semanas: se angustiaba nuestra madre:

—No sé nada de Ramón.

En la casa de la calle Goya vive con nosotros nuestra tía Mercedes, con su hijo Gabriel García Espina. Era otra vez una casa de chiquillos. Sentía mi madre la ausencia de los dos señores de la familia, Ramón en Alemania, Víctor casado.

No sé yo si alguna vez llegó a enterarse Ramón, hasta qué punto Concha Espina sentía la ausencia del hijo mayor; ni de cómo, según el criterio egoísta de Luis y mío, «nos mareaba» con su eterna canción:

—No sé nada de vuestro hermano.

Aquel silencio oscuro le dolía sin duda con toda su capacidad de dolor.

Era después de la primera Gran Guerra. Cartas, comunicaciones oficiales. Por fin llegaron breves noticias del hijo.

Mi madre dispuso los pasaportes. Y conmigo y con Luis nos fuimos a Alemania.

—Voy con él… no sé si estará enfermo. Vámonos.

Luis y yo viajábamos felices. Luis ya sabía un poco de alemán y nosotras nos defendíamos con un francés «de colegio».

Hicimos alto en Kassel para no hacer el viaje demasiado fatigoso. A Concha Espina le gustó mucho aquella ciudad, con las casas del medievo, que «adelantan su fachada en cada piso haciendo una atrevida inclinación, un perseverante saludo de centurias». Si se detuvo unos minutos Concha Espina frente a la casa donde los Hermanos Grim vivieron y escribieron sus cuentos para los niños, relatados por tradición oral por una anciana cassalense, le interesa mucho más subir al Bosque donde se alza el palacio que hicieron los longraves de Hesse. Porque el bosque-jardín que le rodea es una maravilla, donde había entonces camelias y rododendros, rosas, heliotropos, jazmines. Y árboles inmensos, árboles, tan amados de nuestra madre. Concha Espina tomó leves notas para un libro, hizo un soneto a la hermosa ciudad y nos dijo:

—Vamos…

Dijimos adiós a Kassel con sentimiento. Pero mi madre tenía prisa. En Berlín la esperaba Ramón. En el tumulto del andén inmenso, abarrotado de una muchedumbre rubia, incolora, mi madre descubrió enseguida a su hijo, moreno y fino, distinto.

Él nos abrazó con aire apasionado y distraído.

—Tengo buscado un alojamiento muy bonito. ¿Vamos?

—¿Y tú estás bien, Ramón, dime? Eso es lo que primero quiero saber.

—Estoy bien, madre: sólo a veces me duele la cabeza de un modo bárbaro.

—¿No te ha visto un buen médico?

—Pues… no.

Nuestro alojamiento en Berlín sí era hermoso de verdad. Un poco sombrío, lo cual le daba un aire más solemne. No estaba el sol allí, furioso como en España. Concha Espina sintió frío: mandó encender «a perpetuidad» la inmensa chimenea del salón:

—Que no se apague nunca —ordenaba a la *Frau* gobernanta de la residencia.

Aquella misma tarde mi madre quiso buscar un templo católico. Le encontró muy pronto, y muy cerca. La Virgen presidía el altar mayor. Los zahoríes ojos de mi madre descubren en uno de los vitrales de colores una imagen que la enardece:

—¡Mira! —su índice afilado me señalaba la ventana.

En ella Teresa de Jesús erguía su perjeño español, con su hábito carmelita, con la paloma del Espíritu en torno a su cabeza, y en la mano, y en vilo, una pluma:

—¡Mira! …¿Lo estás viendo?… ¡Mi Patrona!

Se engríe ante el hallazgo Concha Espina; y se humilla y reza. Más tarde, en uno de sus libros podemos leer:

»—*Ave María gratia plena*— cantan en el altar mayor.

»Y contesta el pueblo en un coro nutrido y robusto:

»—¡Aleluya!… ¡Aleluya!…

»He aquí el idioma universal de los cristianos. El repique de este piadoso latín nos llega al alma como un perfume de nuestra oración familiar.

»Una poesía ruda y fuerte, conmovedora, sacude a esta multitud, que repite con exaltación nuestro mismo saludo de Pentecostés:

»—¡Alegría!… ¡Alegría!…

»Hemos encontrado hoy el hogar católico con su puro acento latino, predestinado a bendecir a Dios…»

Mi madre ordena nuestra vida, bajo un signo de cuidados y de trabajo. Ella tiene que escribir: nosotros tenemos que aprender muchas cosas.

Leía Ramón el *Berliner Tageblatt*, y aunque no entendíamos el alemán *nos le hacía leer*; porque todo el diario era enormemente interesante. Repasaba los anuncios de espectáculos.

—¡Mamá!… que pasado mañana se pone en escena *Fausto*, en el mejor teatro de Berlín, con actores maravillosos. ¿Vamos?

—Sí, ¿cómo no?

—Voy a sacar las entradas. Y toma, madre, para que vayas recordando el texto: —le entregaba una traducción al español de la

obra.

—Lo tengo en la memoria; pero bien me vendrá; dame.

—Que lo lean también los chiquillos.

Concha Espina repasó la traducción castellana de *Fausto*. Luis y yo nos quitábamos el libro de la mano, el uno al otro.

Nunca había gozado mi madre de teatro mejor: no sólo la obra ingente; sino la puesta en escena, fabulosa, los actores, hasta el religioso silencio del público. Realmente impresionante.

Al salir comentaba mi madre, siempre con su apasionado españolismo:

—Si las obras de Lope, las de Calderón, se pudieran poner así en España…

—No le damos allí importancia a lo nuestro.

—Y es un tesoro mejor que ninguno del mundo.

—Sí.

Luis y yo escuchábamos: sólo decíamos con entusiasmo:

—Nos ha gustado mucho, Ramón. ¿Nos traerás a otras funciones?

—¿Pero os habéis enterado bien?

—Yo sí, —aseguraba Luis muy serio.

—Pues yo, mejor —presumía.

Mi madre nos acariciaba y se sentía contenta. De pronto miraba con fijeza al hijo mayor y hacía una transición, tan características en su modo de hablar, cuando algo le preocupaba mucho:

—¿Dónde dices que está ese doctor tan bueno?

—No aquí, mamá: es en Hamburgo.

—¿Te duele mucho la cabeza, verdad?

—Enormemente.

—Vámonos a Hamburgo. Josefina es una mujercita y Luis tiene trece años muy formales: la casa es apacible. Pueden quedarse solos.

Siempre confiaba nuestra madre en nosotros.

—Ramón, ve a buscar los billetes enseguida.

—¿En avión?

—Pues, sí.

Aeródromo de Staaken. Minutos antes de tomar el avión, un aparato correo se estrella al aterrizar. Allí queda la vida del capitán von Richthofen, hermano del «as» aviador de la primera Gran Guerra.

Un señor se acerca a mi madre y mi hermano: es el representante de una gran Sociedad de Seguros. Puesto que acaba de suceder tan tremendo accidente, ¿no querrán la señora, el señor, asegurar sus vidas?

Se enfurece Ramón ante aquella pregunta, naturalísima allí en Berlín, entre gente de tan distinta sensibilidad a la nuestra:

—¡No! —contesta en alemán.

—Perdón, creía…

—Pues no crea usted nada. Mi vida vale poco. La de mi madre no hay Sociedad de Seguros, ni reunidas todas las del mundo, que tengan oro para asegurar su vida… ¿Comprende usted?

El buen alemán no comprendía. Ramón había dicho todo su discurso en español. Nuestra madre le posaba una mano en el hombro:

—Calla, por Dios, que a lo mejor entiende, y se enfada.

—¡Que se enfade! Me parece que ya lo está, enfadado. Pero lo bueno es que su enojo proviene, más que nada, de que nos toma por judíos…

—¡No me digas!

—No somos rubios, ni atléticos, ¡y tú tienes los ojos tan oscuros!

Mi madre acariciaba entre sus dedos finos una crucecita, medio escondida entre el encaje de su blusa. Y no hizo ningún comentario, y se sonrió.

Ya Ramón la auxilia a subir a la cabina, forrada de terciopelo verde.

Cuando regrese nos contará que volaron por encima de la tierra guerrera de Sadowa y de Mülberg. Y Ramón, el poeta, nos dirá:

—Acordaos del Museo del Prado; y del retrato que pintó Tiziano de Carlos V a caballo, vestido de acero y en el casco una pluma «que al aire en Mülberg prepotente flota». No olvidéis, chiquillos, que allí ganó el Emperador una batalla fantástica para las armas de Castilla.

Apuntaba nuestra madre:

—Ramón me lo recordó cuando volábamos: como no se podía hablar por el ruido de los motores, escribió: «Carlos V. Manuel Machado. Tiziano».

Habían viajado la madre y el hijo por las provincias de Hannover y de Mecklenburg. En Hamburgo visitaron al famoso doctor: famoso y bueno. Tanto que después de observar, muy vigilante, la mirada, el corazón y los nervios de mi hermano, dijo con sencillez de sabio:

—Nada que hacer: un temperamento tremendo.

Y como quien saca una consecuencia preguntaba:

—¿Es usted español?

—Sí, doctor.

—¡Si yo pudiese hipnotizar a usted… dormirle!

—A sus órdenes, doctor.

Aquel hombre de ciencia famosísimo en el mundo, que no contaba fracasos en sus consultas, fracasó con Ramón de la Serna y Espina. Le saludó afectuoso al despedirse:

—¡Cuánto, cuánto lo siento! Miró detenidamente a Concha Espina, muy detenidamente, y observó: La señora…

—Es mi madre.

—¡Tan joven!

—Es mi madre, doctor…

—Pues bien: cuídela: cuídense los dos: reposo, quietud, paz. Vayan al campo.

—Iremos.

Por la avenida hamburguesa, al salir de la consulta Ramón y nuestra madre caminaron un largo rato en silencio.

—Esto del psicoanálisis y del hipnotismo, ¿eh, qué te parece?

—Ya has visto, hijo: que para nosotros no sirve.

—No; oye: si tú quieres, madre, podíamos irnos a un campo muy raro, muy solo, muy quieto.

—¿Y Josefina y Luis?

—Les avisamos que alargamos el viaje: ellos se las componen muy bien. Y la *Frau* de la casa ya sabes que los cuida.

—Y dime: ¿en dónde está esa tierra, ese campo?

—En el mar.

—¿Una isla?

—Sí; la de Helgoland, en pleno Mar del Norte.

—Me gusta más que nada el mar: vamos.

Toman un barco esbelto y fino que se llama «*Kehrwieder*».

—¿Cómo dices que se llama, Ramón?

Ramón traduce:

—Se llama «*Vuelve*».

El nombre del barco tranquiliza a mi madre, como un buen augurio: estaban los chiquillos en Berlín: ella, Dios mediante, volvería.

La madre y el hijo dejan el puerto colosal de Hamburgo, y se entregan al navegar del Elba. Son singladuras lentas las del «*Kehrwieder*», hasta que llegan a Cuxhaven, de inmerso estuario. El aire salino tonifica a los dos españoles. No son, por cierto, dos viajeros melancólicos, y a menudo hacen comentarios divertidos. De pronto:

—¡Mira! —casi grita el hijo— ¡Helgoland!… Y la isla, de piedra rojiza, la que fue poderosísima fortaleza erizada de artillería, se ofrece entonces a los viajeros inerme, amable. Mi madre y mi hermano mayor se detuvieron allí, «en el regazo benigno de la isla, armada sólo de belleza y emoción, largos días llenos de holgura, gracia y deleite».

En las dunas, silencioso, en paz, sólo con el rumor del sagido de las olas, había un cementerio: se llamaba «Cementerio de los sin patria», porque nadie sabía de dónde eran aquellos cientos de ahogados, náufragos de la Gran Guerra. La piedad los enterraba allí, con una cruz a la cabecera de la pobre carne. Mi madre rezó por ellos fervorosamente: de aquella piadosa visita queda una fotografía de Concha Espina.

—Recé por ellos, ¡tanto muchacho joven, Dios mío! Y perdí allí un broche muy lindo, de platino y diamantes; un broche viejo; me le había regalado mi padre y le compró en la calle de San Francisco, en Santander. ¡Vaya por Dios!

Se quedó el precioso imperdible en Helgoland. Tuvo Concha Espina empeño en rescatarle y se pusieron anuncios ofreciendo una buena gratificación. El broche santanderino no apareció nunca.

Abrían, ya en la casa de Berlín, sus valijas mi madre y mi hermano, y nos entregaban sus regalos de Helgoland, menudencias graciosas que nos hacían mucha ilusión.

Nos inquietábamos presos en la ciudad de hierro, y Ramón buscó un lugar donde estuviésemos a nuestro gusto, donde no hubiese «colonia» de veraneantes ni estuviese de moda.

Salió de viaje y volvió a poco. Había «encontrado» un bosque maravilloso a orillas del Kalksee. Y un buen refugio escondido. Había que cumplir siquiera algo de las órdenes del doctor hamburgués: era menester paz, reposo, silencio.

De nuestra estancia reparadora allí, queda la constante en esta fotografía en la que mi madre, a la sombra del hijo mayor, está al lado del *Förster*, el guardabosque, «un suabo tranquilo y robusto, vigilante de la arbolada llanura de Woltersdorf»: se llamaba Maybach. Y en cuanto al ciervo que en la foto aparece, la linda criatura, amansada, limpia y mimosa, se llamaba *Hanns*. Aún hay otros dos habitantes en aquel escondite adorable: y eran *Cäesar* y *Nero*, dos perros lobos guardianes, poderosos y fieros, mansísimos a la voz de los españoles, aquella gente extraña que les hablan en un

idioma nunca oído. Pero el ciervo, los perros y aún el *Förster*, entienden. Era muy sugestivo el acento de mi madre y mucho el de Ramón; Luis por su parte ha encontrado lo que más le gusta: la compañía de unos bichos cariñosos que juegan con él para su encanto. Luis, que en España había poseído la mayor variedad de bichos, desde un gavilán a una rata; que había llorado por la muerte de un grillo y que quería meter en el piso de la calle de Goya un potrito montañés, está en sus glorias «conviviendo» con estos tres amigos *Hans, Cäesar* y *Nero*.

Mi madre lee mucho; Ramón lee siempre: Concha Espina, además trabaja, que es un modo doloroso de descansar. No puede vivir sin seguir su hábito de trabajadora.

Concha Espina en aquella temporada, inició *El Cáliz Rojo*.

Capítulo XVII

MADRINA

Berlín, Hamburgo, Bremen, Cassel, Dresde, Potsdam, Hannover, Helgoland, Woltersdorf… la conocida conjunción del «hierro, el acero y la flor»; la bella y manida frase de «una rosa sostenida en un guantelete de guerra». Una patria, que al igual que a la Edad Media, se le puede llamar «tremenda y delicada».

Sí; eso sacó Concha Espina, en consecuencia, de su viaje a Alemania. Quién sabe si ella era, a su vez, «delicada y tremenda» también.

Tanto arraigo tuvo el paso —dos veces breve— de mi madre en Alemania, que de aquella tierra le habrían de nacer dos nietos: la nena maravillosa de Ramón; el maravilloso José Antonio, de Luis, ahijado de José Antonio y nacido en Madrid. Por los dos hubo que tocar a gloria; por la nena, chiquita, en París. Por el niño madrileño, José Antonio de la Serna y Maurer, ya cuajada y prometedora vida

de seis años, en Madrid. En la Gloria están, con Madrina, aquellos dos brotes de nuestra casta.

Pero antes, muchísimo antes de que esto sucediera, regresaba Concha Espina de Alemania: para recibir aquí a su primer nieto, un niño rubio y guapísimo que nació en Santander y se llamó Víctor. Ahí está ahora —no tan rubio ni tan guapísimo— Víctor de la Serna y Répide, que dio a mi madre sus primeros biznietos.

Cuando Concha Espina se vio en el trance de ser «abuela», recibió esta nueva gracia de Dios como algo trascendente y muy serio: otra generación se iniciaba, robusta y contundente. Menester era merecerla… Pero a ella no le gustaba el nombre de «abuela»; no quería que se lo llamasen.

—No me gusta; ¡qué le vamos a hacer! Es porque me siento madre de todos, con fortaleza para serlo: así que, hijos míos, ¿cómo me va a llamar este niño tan serio y tan guapo? —y alzaba en sus brazos, aun jóvenes, al nieto mayor.

—Pues yo creo —insinuaba Víctor— que como tú eres su madrina, que «Madrina» te llame.

—¡Eso es! Me gusta.

En esto de los «gustos» rara vez no estaba de acuerdo mi madre con sus hijos.

—Eso es —repetía con seducción—: Yo soy Madrina, ¿entiendes, niño mío? …¡Ay, que yo creo que sí, que entiende este chiquillo!

Y ya para siempre Concha Espina fue «Madrina»: para sus nietos, sus biznietos, para los amigos juveniles de las nuevas generaciones; hasta sus hijos la llamábamos así.

Y en esto, que también «tocaron a bodas» en Berlín. Ramón escribía a su madre y le contaba que se casaba con su novia: era rumana, de una belleza exótica para nosotros; mi madre la había conocido en sus días alemanes. A la noticia de aquella boda, ella hizo un solo comentario.

—Es la mujer que Ramón necesita.

Mi madre había percibido, en su breve trato allá en Berlín, el fino y agudo talento de la novia de Ramón, su adhesión a él, su decidido modo de enfrentarse ante la vida con aguda percepción. A través de mil vicisitudes, ella ha demostrado ser la esposa lealísima y eficaz para un hombre de la categoría de mi hermano mayor.

Por avatares de la suerte, mi hermano ocupa en su tierra natal, y en la misma ciudad de Santiago de Chile, un puesto único como él, extraordinario como él. Y nos cuenta que tiene una casa sin ruidos, rodeada de un jardín maravilloso cuidado por uno de los jardineros mejores de América.

Verdad es que esto de los jardines es una manía familiar. Cualquiera de nosotros cuatro somos capaces, con mucho gusto, de evadirnos del tumulto para inclinarnos horas enteras sobre una rosaleda, un macizo de boj; capaces somos de darle a un árbol una importancia que trasciende lo inerte; esto debe de ser una herencia muy sutil, como una «espina»: porque no es raro que dialoguemos:

—¿Se dan bien las hortensias azules en tu jardín?

—No tan bien como en el tuyo, donde hay tierra de brezo para ellas, abundante, «si Dios tiene qué…» Oye, pero tengo miles de rosales, a pesar de las nevadas… ¡una locura de rosas!

—-A mí me tiró el viento un árbol; el que yo mimaba más; plantaré otro.

—A mí, el Sur me arrancó un cedro de 12 metros de altura. También hemos plantado uno nuevo.

Nos damos el pésame por los árboles caídos; nos envidiamos los unos a los otros pétalos y ramas. Y acabamos dándonos consejos sobre el modo de cuidar algo tan hermoso y que nos da sólo aromas y rumores, sombra y gracia, gracias a Dios.

Cuatro jardines, en latitudes muy distintas, tenemos; y en ellos se puede cultivar esa rosa pálida, delicadísima, fuerte y esbelta, que se llama «Rosa Concha Espina», según un catálogo de floricultura, y que nació en Luzmela.

Bien: quedamos en que nuestra madre empezó a ser Madrina, la matriarca de una familia que «amenazaba» multiplicar por mucho aquellas dos iniciales cunas mecidas por ella en Valparaíso, y otras dos cunas de roble montañés.

Como si no fuera nada conmigo, tengo que contar que «dicen» que estas nuevas generaciones heredan de Concha Espina, la inteligencia; y las mujeres, además la hermosura. Y hay que añadir que pasando por las venas de los hijos hasta el alma de los nietos, llega viva una virtud bien heredada de aquella señora que fue doña Ascensión Tagle y de la Vega: la caridad se impone por encima de los defectos de esta gente, que son muchos. Es una herencia que si no fuese de orden divino, se podría decir que es en esta familia de orden físico, como lo ancho de la frente, la risa pronta, y esa sencillísima y tremenda altivez familiar. Dejémoslo así: y Dios con todos.

Estábamos en que Concha Espina regresó a Madrid de vuelta de su viaje por Europa. Le había gustado Berlín —el maravilloso Berlín de entonces— más que París. Quizá porque fue más larga su estancia allí; o, más posiblemente, porque mi madre era rebelde a lo «dado por hecho», tanto como a las «frases hechas».

Había otro motivo «histórico»: impertérrita en sus ideas, Francia fue siempre «el enemigo»:

—Yo, —decía con donaire, pero muy seria— tengo bastantes cuentas con Napoleón Bonaparte, que Dios perdone. Y en cambio tengo «mucha amistad» con Carlos V, ese hombre de acero y tan sensible, que tuvo una esposa preciosa, y unos hijos inmensos, y que anduvo enamorado por toda España… hasta Yuste. ¡Ése era un hombre, que para bien de España vivió! Y amigo nuestro: durmió en vuestra casa solar de los Cueto, en Molledo…

—Madre, pero los Cueto y tú, ¿eh?

—Nada: don Manuel Cueto fue mi padrino de boda: don Fernando, mi protector: María Blanchard, una de mis amigas mejores. Nada tengo contra «ellos», que sois vosotros.

—¿Y el genio, el mal genio a veces?

Se sonreía mi madre y advertía:

—Ése, hijos míos, ha desaparecido: ya lo sabéis.

—¿Así, madre —preguntaba Víctor un tanto socarrón— que nada quieres con Bonaparte y mucho con don Carlos V?

—Eso es. Soy irreductible: y en la casa de los Tiros de vuestros remotísimos abuelos, puede leerse: (Aquí engolaba un poco la voz mi madre, no por mostrarse irónica, que respetaba mucho estas cosas, pero sí con una suave broma; porque ella a lo que daba valor era a cada criatura por lo que es en sí, no por lo que hereda: aunque a veces le gustaba repetir los orgullosos versos de Machado):

«No se ganan, se heredan,
elegancia y blasón…»

Bien: ello es que no le quitaba importancia a la hermosa estela de piedra labrada con palabras que el César ordenó:

Conociendo la entigüedad deste albergue de grandissima nobleza la Magt. Cesárea del Emperador Carlos 5.º primero dejó aquí estas piezas. Año de 1523.

—Las «piezas», ya sabéis —añadía— son cuatro cañones empotrados en los muros de esa «Casa de los Tiros», la Casa de los Cueto, alta en el valle de Iguña, dominadora y sencilla, tremenda.

Alguno de nosotros advertía:

—Madre; y si el Emperador hubiese dejado mucho oro, una fortuna inmensa, ¿no hubiese sido mejor?

—¡No! —negaba con absoluta negación—. El oro, que es «el metal de los muertos», es frío y hace duro el corazón. Está mejor así.

Venían noticias de Santander. Nacido de aquel gesto suyo de salvar la vida a un anarquista, los hombres de Letras habían puesto en vilo el alma: aquella «mejor página de Concha Espina», la solicitud al Rey don Alfonso XIII, de la gracia real para una existencia juvenil, tan valientemente suplicada, tan humilde, cristianamente rogada, bien merecía «algo» extraordinario para la novelista ya colmada de laureles consagrados a su talento. Sí; la nobilísima gente de España y del extranjero, quiso levantar a Concha Espina una estatua.

Se alarmaba ella:

—¿No estará eso un poco mal?… Yo lo agradezco muchísimo, pero, no sé…

—No tiene usted más remedio que aceptar. Ya está puesto en marcha el proyecto: ya hay una Comisión.

—¡Ay, Dios mío! —se alarmaba ella.

—Desde los hidalgos más nobles de la Montaña y de España (hablaba un montañés…) hasta los emigrados especialmente norteños, de América, y hasta allá arriba, en esa tierra de Suecia donde tiene usted tantos lectores, se interesan por nuestro deseo. Y S. M. el Rey… insiste, pregunta, quiere asimismo la estatua de Concha Espina.

Ya serena mi madre después de la estupenda noticia, ya casi «resignada», comentó:

—Los hidalgos, los suecos, los indianos, el Rey… y todo porque Juan Acher, «el Poeta» anarquista, acudió a mí para que le salvara la vida: es complicado…

—Es hermoso.

—Sí; se juntan a mi alrededor, con este motivo, demasiadas cosas nobles.

Y en poco tiempo —el que Victorio Macho tardó en hacer una obra logradísima, investida de elegancia y serenidad— se inauguró estatua, fuentes y jardín en el Muelle de Santander, dando cara a los miradores aquellos donde Conchita Espina había posado de niña la

soñadora frente, para mirar con toda el alma el mar de su bahía, su «valle en el mar».

No asistió mi madre a la inauguración:

—Me quedo aquí, en Luzmela: id vosotros. De ninguna manera iré yo; soy altiva y rebelde, pero soberbia, ¡nunca, Dios mío! Id.

Fuimos mis hermanos y yo.

Observaba el Rey:

—Ya sabía yo que tu madre no vendría, que se quedaría en Luzmela… ya lo sabía yo.

Poco tiempo después, ya en Madrid, mi madre le visitaba: él quería hacerle un regalo *suyo*, particular, que conmemorara aquella inauguración de Santander. ¿Un título?… Mi madre sonrió y me miró: asentí a su consulta apenas con un batir de los párpados:

—¿Qué?… —indagaba el Rey.

—Señor… es que, un título…

—¡Ya la hice! —dijo en un aparte madrileñísimo S. M.—. Títulos los tiene usted, Concha, ¿no es así?

Sencillísima de pura altivez, contestaba mi madre, sonriente siempre:

—Perdidos, Majestad, olvidados en eso que se llama «la noche de los tiempos».

El Rey, muy contento de tratar mano a mano con señora así, advirtió:

—Ya sé: si usted lo admite, Concha, voy a regalarle lo más que puedo regalar a una dama; lo que le he regalado a mi madre y a la reina: la Banda de Damas Nobles de la Reina María Luisa. Más es que un título; porque es restringida; —y ufano, añadía— y sólo la puedo conceder yo.

Y entonces yo, con un despiste bárbaro, y seguramente recordando el diploma que don Víctor Espina tenía en su alcoba, dije bajísimo, como para mí sola: «Yo, el Rey»…

Pero ciertamente que el Rey no era sordo: se volvió a mí:

—Tú eres madrileña…

—No, Majestad: soy de Luzmela.

Mi madre me reprendía con la mirada:

—Acepto honradísima, señor.

Nos despedíamos de don Alfonso, apenas indicado por él el ademán de que se acababa la audiencia —apenas iniciado, con un dificilísimo y encantador gesto, que ni casi gesto ni ademán eran.

En la Plaza de Oriente tomábamos un taxi.

Sobre la Banda de Damas Nobles, se amontonaron las condecoraciones de un modo exhaustivo. Sería tan larga la enumeración y pudiera parecer tan vanidosa sobre esta vida «viva en la muerte», que no las quiero recordar aquí: y sí decir, únicamente, que de todas ellas, con la modestia que debe tener una criatura cristiana de su categoría, alzaba mi madre con preferencia dos Medallas: la Medalla de Oro de su adorado Santander, y la Medalla de Oro del Trabajo:

—Éstas sí las merezco… me parece a mí —y las ponía a los pies de su Inmaculada del Siglo XVI, compañera suya desde que nació, Reina de la sala de Luzmela por siglos.

Esta imagen, de morena belleza, muy fina y muy venerada siempre, la encontró mi hermano Luis de la Serna al recuperar después de la Liberación la casa de Madrid, en la que vivía con nuestra madre. La encontró en una carbonera: tenía las adorables manitas cortadas a cercén, y en la cara finísima dos hachazos bestiales: le faltaba, naturalmente, su corona de plata.

Se lamentaba Luis, con la imagen en las manos, mientras la limpiaba con su pañuelo más fino:

—¿Y quién le dice ahora a mamá que su Virgen está mutilada?

Se lo dijimos poco a poco: se rehizo enseguida. Llamó por teléfono al General don José Millán Astray. Hablaron largamente, emocionadamente:

Al siguiente día llegó a manos de mi madre una carta y un estuche: lo entregaba un soldado. Eran la condecoración de Caballero Mutilado. Y la carta decía:

«Insigne y gloriosa Concha Espina:

Muchas gracias, mi tan querida como admirada escritora, por haberte acordado de mí al encontrar a tu Virgen del siglo XVI, Mutilada de Guerra por Dios y por la Patria en la Liberación de España. Bien has encaminado tus pasos, pues es a mí a quien cabe el honor de ser el encargado de velar por nuestros gloriosos Caballeros Mutilados de Guerra. Y ya son Caballeros Mutilados en esta guerra las tallas del Santísimo Cristo de la Parroquia del Sagrario de Málaga, y el de la Parroquia de Maravillas, de esta Capital. Y ahora, uniremos a esas imágenes cercenadas por las hachas y los tiros de los rojos ateos, la Inmaculada del siglo XVI por la que tú sientes tanta ternura y veneración, y ante la que, en el nombre de todos los Mutilados, te suplico con todo mi cariño que nos representes y seas tú la que condecores con ese Distintivo que la ofrendamos, y la des el culto y los honores que le corresponden a esa imagen, en su nueva y gloriosa categoría de «Mutilada de Guerra por la Patria».

»Con el cariño y admiración que todos los españoles sentimos por nuestra Concha Espina, te besa las manos, tuyo

Millán Astray.»

No he de decir qué emocionada y contenta condecoró nuestra madre a su Virgen. Y cómo la rodeó de todas sus condecoraciones —también de las de guerra, de mi hermano Luis—. Y con qué gusto puso a los pies de Santa María los laureles y el honor del mundo.

Capítulo XVIII

CUBA - PUERTO RICO — ISLA DE SANTO DOMINGO — NUEVA YORK — HISPANIC SOCIETY — VERMONT — CANADA

Mucho antes del suceso que he contado en las páginas antecedentes; mucho antes, ya que fue poco después de la inauguración del monumento en Santander, cuando Concha Espina tenía aún los ojos sanos, el rey de España quiso hacerle un encargo. Con excelente oportunidad, ya que mi madre acababa de aceptar una invitación para residir durante un verano en Middlebury College, la Universidad española alzada en las «verdes montañas» de Vermont… Y ya sabemos que a los españoles, una vez puestos en «la banda de allá», todo nos parece que está cerca una nación de otra, y se nos olvidan las inmensidades de las Américas. Por eso mi madre recibió muy bien la proposición:

—¿Querría Concha Espina, ella tan navegadora, hacer un viaje y llevar nuestra voz a una parte de América?

—¿Y a dónde?

—*Ya* que iba a Estados Unidos, ¿le agradaría visitar Cuba, quizá Puerto Rico, Santo Domingo, desde luego?

—Sería precioso —contestó, aceptando, Concha Espina.

Se dispuso el viaje: era yo su compañera inseparable.

Si para mí habían «tocado a bodas» asimismo, supe decirle a Regino Sainz de la Maza:

—Espera… espera un poco. Me voy con mi madre a América del Norte y las Antillas.

—Entonces, para no inquietarme, me voy yo también a «la otra banda»: total, *un poco* más abajo en el mapa. A la Argentina.

—Eso no es nada para nosotros.

—Pues, adiós: a fin de año, en Madrid. Yo no falto ni un día.

—Tampoco yo, Dios mediante.

Se fue con su vihuela.

Mi madre disponía el viaje nuestro.

—¿Vámonos, hija?

—Vamos.

Era bonito navegar en el «*Cristóbal Colón*»: el capitán Fano era un gran amigo; el médico, el sobrecargo, otros excelentes amigos también. Era, navegar en aquel barco, como si un trozo de la Montaña se hubiera echado a la mar. Hasta los camareros buscaban, con enternecedor designio, el modo de atender en primerísimo lugar a Concha Espina. Las flores de su mesa eran las más fragantes del comedor; su camarote el más pulido y cuidado. Si ella se aventuraba por los pasillos y salones y el barco daba un bandazo, siempre una mano que de asalariada se convertía en amiga, se tendía hacia ella. Nunca vi pasajera más mimada.

Una tarde el capitán propuso:

—Si usted se atreve, Concha, podría visitar la sala de máquinas.

—Me atrevo.

Bajamos: se apoyaba Concha Espina en el fuerte brazo seguro del capitán. Los hombres, allá en lo hondo, con el torso desnudo, atizaban con precisión un fuego bárbaro: el capitán les decía:

—Es doña Concha Espina, que os quiere visitar.

Sonreía mi madre y los saludaba. Uno de aquellos mozos se acercó un minuto: la sonrisa y la mirada de aquella señora le daba confianza: quería decirle por lo visto algo muy importante, muy importante para un hombre que, siempre en la mar, sueña constantemente con su tierra. El mozo sólo dijo:

—Yo soy de Santa Gadea: desde mi casa se ve la de usted… soy hijo de Cándida.

Un paisaje de montes y praderas brilló consolador en la sala de máquinas, entre la mirada del marinero y de la escritora. Ya estaba hecho el «padrón» del tripulante aquel, que volvía a su trabajo muy rápidamente. No quisieron otros ser menos, y salieron allí a relucir muy buena gente de Comillas, de Ruiloba, de Luzmela, de Ontoria, de toda la provincia, muchos de ellos enraizados por lazos de trabajo con nuestra casa.

—No sabía, Concha, que era usted tan popular en el «*Cristóbal Colón*». Ahora es usted algo así como la capitana del barco.

Le gustó mucho a mi madre aquel título. Y se encontraba tan feliz en el confortable y marinero «*Cristóbal Colón*», tan confiada en «la llanura azul de las olas», que ella contaba después que hubiese querido seguir navegando siempre, tardar mucho en ver la costa, y gozar interminablemente del «silencio claro de los mares» y de su ancha paz. Se rompió el encantamiento de aquella navegación cuando por el aire llegó el primer mensaje de la tierra. Amabilísimo, y al que siguieron innúmeros como aquél. Hasta que el barco atracó al muelle de La Habana y tendió la escala. Toda la intelectualidad femenina de la maravillosa ciudad estaba allí, con los brazos llenos de flores, esperando a Concha Espina. Ella confiesa en algunas de sus páginas que, en semejantes momentos, se le unen dos sentires dispares: uno, de gratitud cordialísima: el otro, un instinto furioso de

huída, de echar a correr. Colmada de agasajos, abrumada de obsequios, no vivió Concha Espina en la isla de Cuba como hubiese querido, tomándole el pulso a las almas y al paisaje.

El «compromiso», ese personaje que equivoca las horas y las emociones, se interpuso entre ella y la noble gente cubana; y hasta entre ella y el paisaje también. Pero se esforzó en conocer problemas y caminos. El mundo negro se le acercaba con rara emoción y ella tendía su mano infinitamente pequeña, infinitamente pálida, a las manos grandísimas y oscuras de aquellos hombres que la querían saludar. Y era —dice ella misma— como «si las manos de palmas blanquecinas, como si su carne áspera y dura, se ablandara en una claridad interior al contacto de la nuestra». El drama negro, que perdura, grande y terrible, se le metió en el alma a Concha Espina.

Y también abrió las puertas de su corazón a muy encantadoras mujeres de Cuba. Sin saber que muchos años después, una insigne mujer poeta, cubana y española, habría de colarse, con deleite de mi madre, por aquella puerta cordial. ¿Dónde estaría esta maravillosa Dulce María Loynaz cuando mi madre posó en la Habana? Más tarde estuvo para siempre a su lado, con admiración y cariño mutuos.

Los intelectuales y la sociedad de la Habana fueron puras mieles para Concha Espina. Ella lo recuerda así en uno de sus libros, *Singladuras*. «Cubanos de apellido español, finos y artistas, ambiciosos de todo lo noble y alto.»

Tenía Concha Espina el don, el defecto o la virtud de ser muy «doña Clarines»: y fue por eso por lo que en su libro de viajes no dio gusto a mucha gente: y a mucha le encantó. Concha Espina, amiga de la gran poetisa y «filibustera» Lola Tió, recibida en su hogar aristocrático como en su propia casa, rechaza con gracia y con indignación los versos retumbantes de don José Manuel Carbonell:

¡Esclavos, despertad, lanzad al viento

gritos de rebelión contra el tirano!…

Concha Espina llama al poeta declamador, que «lanzó al viento» en una fiesta en homenaje a mi madre, aquel fruto de su musa, —idado a luz en 1896!— *torpe y descortés; pueril* también le llama, públicamente, en letras de molde. Está visto que no todo era suavidad en el carácter de Concha Espina: y esencialmente si alguien arremete a dos de sus grandes amores y creencias: la religión y la patria… Y así seguimos…

Gozó con toda su capacidad de gozo, Concha Espina, en alguna linda escapatoria al campo: «Soñaba yo con esconderme en uno de aquellos bohíos incitadores, hechos con troncos de encina y guayacán…» Cada trillo de estas habitaciones tropicales, «tan graciosamente aborígenes», la seducía de un modo casi irresistible.

—Me quedaría en esta isla muchos meses —me decía en sus confidencias— y escribiría una novela, una novela de Cuba. Pero no podemos… hay que seguir navegando.

Ahora viaja Concha Espina hacia los Estados Unidos, a Nueva York.

Fue el drama antes de desembarcar: había que hacer declaraciones que a mi madre le parecieron muy divertidas, ante los señores de Aduanas. Había que resistir los *flashes* de los fotógrafos y las preguntas en inglés de los periodistas.

Alguien había dicho, antes de que saliera Concha Espina de Madrid, que era una locura un viaje a Norteamérica sin saber inglés.

De pronto, surgió a la vera de Concha Espina, una figura de caballero como no he visto otra igual: de hermosa cabeza, «bien trabado de miembros», altísimo, con la cabellera casi blanca y la sonrisa nueva:

—¡Concha Espina! —y besaba las manos de mi madre, la abrazaba con delicada y entusiasta cordialidad—. Era *Mr*. Archer M. Huntington, el fundador y presidente de la *Hispanic Society of America*.

—¡Huntington! —decía sólo mi madre, levantando la mirada hasta los ojos azules que se empañaban de emoción.

Aquel sabio, aquel hombre que decía que vivir en Madrid o en Sevilla era su sueño, parecía de verdad gigantesco, sobre todo al lado de Concha Espina.

Con muy buen humor cumplió mi madre los trámites de desembarco, muy impertinentes y que no perdonan a nadie. Ni las autoridades españolas que la recibían, ni la ingente presencia de un patricio como Huntington, quitaban ni una pizca de aquellas molestias.

Sin embargo, fuimos los primeros pasajeros que pisamos tierra. Una voz ceceante sonó a nuestro lado, respetuosa:

—Doña Concha… soy Manué… para servir a usté.

Y Manuel Ortega, buen mozo andaluz, casado con una montañesa, tomó sin más nuestras valijas, hizo un guiño a los pesadísimos señores de Aduanas, y echó a andar. De criado de Palacio en Madrid, y a ratos de portero de Goya, 77, su valía y la de su mujer, rentera de mis abuelos en la Montaña, le habían llevado a tener un puesto honorable y adecuado en la Trasatlántica de Nueva York. Y se movía como en su propia casa, en los barcos y en los muelles, Manuel Ortega.

Sonreía muy divertido por la escena *Mr*. Huntington, y con infinito cuidado llevaba del brazo a mi madre por la pasarela y el muelle, hasta su coche lleno de flores. Se despedía ella de las autoridades, aguantaba a los informadores y a los fotógrafos innúmeros: *Mr*. Huntington quería saber:

—¿No estará usted fatigada? Porque yo quisiera que la primera visita de usted en Nueva York fuese a la *Hispanic Society*. ¿Quiere que vayamos?

Decía mi madre que al contestar a las preguntas de Huntington, pensaba con palabras no dichas y que luego serían una estrofa suya:

¿Cansada?… Ni un momento,
¿Rendida?… No, tampoco.
Mientras brille luz en mi firmamento,
yo me alzaré, creyente,
con el impulso loco
de vivir y de amar eternamente…

—No estoy nada cansada, Huntington; y me gustará muchísimo ir a la Hispanic. ¿Vamos?

Fuimos: *Mr*. Huntington la llevó en primer lugar al hemiciclo en el que podría reunirse una pequeña asamblea. Condujo a Concha Espina a un sitial, en la Presidencia: y él se sentó a su lado; dijo con lenta austeridad:

—Concha Espina: como Presidente de la Hispanic Society, la nombro a usted «por mí y ante mí, Vicepresidente universal de la *Hispanic Society of America*».

Que así, con tal sencillez protocolaria, se conducen los grandes hombres de América.

Comimos en el suntuoso hogar de *Mr*. Huntington, y pudimos ir, sala por sala, viendo las espléndidas esculturas de Anna Hyatt de Huntington. Aquella casa, alhajada ciertamente como un palacio de leyenda, tenía la suma presunción que se puede tener en Manhattan: se levantaba, tan sólo, a la altura de dos pisos, allí donde el aire se «vende» por miles de dólares, como si fuese la tierra de un solar.

Volvimos por la tarde a la *Hispanic*: el magno museo, la biblioteca fabulosa, todo en absoluto dedicado a España, necesitaba una visita lenta de Concha Espina. La fuerte delicadeza del amor que a España dedicó *Mr*. Huntington, se remansaba en la capilla de la Virgen de la Esperanza, la «Macarena», alzada allí en pleno Nueva York por un mecenas que era además un poeta. Mi madre recordaba

a Gonzalo de Berceo: no era católico el hispanista insigne: pero honró a Nuestra Señora…

—Y ya sabemos lo que pasa con quienes la honran… —comentaba Concha Espina.

—Así, que ahora soy Vicepresidente de la *Hispanic* —meditaba ella—. Me gusta mucho: y me obliga a mucho.

Años más tarde, la Vicepresidente, ya en Madrid, solicitaba del Gobierno español —con bastante rubor, pensando que aún no la tenía— la Gran Cruz de Isabel la Católica para el hombre que en todo el ancho mundo amó y honró más a España. Inmediatamente se le concedió:

—Y aquí están las insignias —decía el enviado del Caudillo a mi madre.

Las guardó ella en su primoroso armario:

—No se le enviarán por correo: hay que dárselas de mano a mano, cordialmente… ¿quién lo haría?

Las llevó su sobrino Gabriel García Espina, que preparaba por aquellos días un viaje a Nueva York relacionado con su cargo oficial. Se entrevistó con *Mr*. Huntington. Ya el gran señor estaba vencido —sólo materialmente, y con el alma más alerta que nunca—, por la enfermedad; y no se movía de su sillón de ruedas. Un criado inglés —de esos servidores que son mudos y parecen sordos, magníficos— movía la silla a gusto de su señor: y muy a menudo la mano artista —gran artista—, de Anna Hyatt, la esposa providencial.

Cuando Gabriel se vio frente a frente de aquel gigante y le dijo la misión que traía, los ojos azules del gran hispanista brillaron con destellos de felicidad: quiso ponerse en pie, y se apoyaba dolorosamente en los brazos del sillón, auxiliado por el servidor:

—Mister Huntington, por Dios… no hace falta.

Gabriel García Espina tenía en su mano la Gran Cruz de Isabel la Católica, dispuesto, por orden de su Gobierno y con el más ferviente encargo de Concha Espina, a prendérsela en el pecho al patricio norteamericano: que insistió en ponerse en pie mientras decía:

—Sí hace falta, amigo mío, sí; para recibir una merced de mi España debo ponerme en pie… aunque no pueda. Ya estoy.

Con esforzada energía y voluntad, de pie estaba el poeta gigante. Y así recibió la merced de «su España».

Esto pasaba, ya dije, muchos años después del primer viaje de Concha Espina a Nueva York.

Ahora estábamos en que había que llegar a Santo Domingo. Nueva York no le gustó a Concha Espina: las visitas a los museos sí; y aquella subida, muy de turistas, a la torre más alta de la ciudad. La tarde en que Concha Espina la visitó, estaba poco menos que cerrada al tráfico la *Lexington Avenue*, calle Cuarenta y dos; por lo menos en el frente del *New Chrysler Building*. Visitaban la Torre los Príncipes del Japón, y se había desplegado en torno suyo una alfombra de precauciones. No podía el público visitar la Torre. Pero a Concha Espina la acompañaba *Mr*. Huntington —él entonces en la plenitud de su arrogancia física; ella entonces con los ojos sanos y aprehendedores—: y subimos, sin más inconvenientes, detrás de los exquisitos y «celestes» príncipes, una pareja juvenil encantadora. Eran amigos del hispanista: hubo las presentaciones de rigor, y después nos asomamos al rastel de la impotente Torre.

—Da vértigo —comentó, únicamente, mi madre.

Huntington la tomó del brazo. No fuese Concha Espina a volar como una hoja sobre Nueva York.

Mi madre había visitado con infinita devoción la casita pequeñísima de Edgar Poe, donde él había llorado su grande pena de amor y tanto —¡cuánto, Señor!— había padecido.

Esta visita, la de la *Hispanic Society*, la de algún museo o biblioteca, fue lo único que Concha Espina agradeció a Nueva York. También había prendido la piedad de su alma sobre los *colored-men*, que en el Bronx, el barrio negro de Nueva York, trabajan, sufren «la gran pena del mundo…» y ríen.

Había que embarcarse rumbo a Puerto Rico para desde allí llegar a Santo Domingo.

Deja ella Nueva York sin pena: rascacielos, almacenes babilónicos, tiendas exquisitas, el lujo y el poder, lo dejó correr bajo su serena mirada, bajo sus ojos, aún bellos, de «mujer occidental»; lo dejó pasar con cierta, ciertísima indiferencia.

—¿Vamos, hija?

Ahora ya estamos en un barquito que va al Mar Caribe… Ahora ya estamos en el Mar Caribe y nos coge el revuelo de un ciclón. Todo el pasaje está en las literas, donde unos dispositivos especiales evitan la caída de cada pasajero tendido. Es tal el furioso oleaje, que yo veo desde mi litera donde estoy sujeta, al mar «puesto de pie». No hay tiempo a marearse. Y ¿dónde está mi madre? No la veo. Se abre la puerta y un mayordomo precede a Concha Espina. El sobrecargo, detrás, sostiene su brazo, poco, porque ella tiene una energía física incomprensible, que quién sabe si dimana de su comprensible energía moral.

—La señora estaba en el salón, escribiendo, y yo la he rogado que venga a su cámara… ¡Todo el pasaje está en las literas, sujeto!… Corremos un temporal fuertísimo, señorita.

El pobre señor miraba a mi madre y la conducía hasta su litera. Ella le dejaba hacer.

Cuando se despidió después de sumas reverencias, Concha Espina volvió a levantarse. Los bandazos del barco eran imponentes… ¿Sabéis lo que es un ciclón en el Mar Caribe?… El mar puesto verticalmente, rompiendo feroz contra el barquito. Concha Espina, con las cuartillas y la estilográfica en la mano, sujetándose como podía, se acercó a la ventana del camarote: de rodillas, a ratos sentada en el suelo, colocó las cuartillas sobre una sombrerera… y siguió escribiendo.

Yo ya no decía nada: si me hubiesen dicho «el barco se va a pique», a pesar de mis ilusionados años, hubiese respondido «¡Que se vaya… el caso es que esto se acabe!»

Cuando aquello amainó, mi madre como si tal cosa se acercó a mí:

—Debe de ser la hora del *lunch…* ya sabes que es lo mejor en este barco… que no tiene precisamente el cocinero del «*Cristóbal Colón*». Así que levántate y vamos al comedor…

—Estoy mareada.

—¡Qué va!… eso es un poquitín de pereza: ya verás cómo se te pasa en cuanto te dé el aire de cubierta.

Y me levanté y fuimos al comedor; estaba casi vacío. Tomamos el *lunch*. Mi madre de regreso «a casa» decía:

—¿Ahora copiarás lo que he escrito?

—En el camarote, no. Parece «los Plomos» de Venecia; es horrible el calor.

—No tanto.

—No puedo…

—Ya verás como sí; luego estarás muy contenta de haberlo hecho.

Lo hice. Copié toda la conferencia que mi madre quería tener dispuesta al llegar a Santo Domingo. Y, en efecto, quedé después más contenta. Ella quería transmitirme aquel «grito agudo del deber» que desde jovencísima sintió en su vida.

No iba Concha Espina a Puerto Rico más que de paso. Pero el recibimiento y las solicitudes fueron allí tan espléndidos que se quedó en la isla maravillosa unos días. Para Puerto Rico hizo una nueva conferencia; recuerdo que en ella, con tranquilidad sin igual, dijo claramente que le parecía deprimente, triste y esclavo, que en San Juan se hablase el inglés con preferencia al idioma patrio: que letreros, nombres, expresiones a millares, fuesen *yanquis*: enamorada de la gente portorriqueña, tan suya, enamorada del sin igual paisaje, con la Historia como fondo de estos amores, la conferencia de Concha Espina fue fervorosa y valiente. Ya estaba advertida de que, en el escenario donde ella leería sus cuartillas, presidía, con las autoridades portorriqueñas, el *Gobernador yanki*. Y con suavidad enérgica, con vehemencia contenida, arremetió contra aquel «gobierno» en lo que se refiere, especialmente, a los valores

del espíritu y a sus tesoros: y, por tanto, al idioma ¡el idioma español!

El señor Gobernador *yanki*, que estaba sentado al lado mío, al escuchar a Concha Espina dio un ligerísimo respingo; ligero, pero respingo al fin: luego, me miró un poco pasmado: le devolví la mirada muy sonriente; sonrió a su vez, por cortesía, y por esa costumbre norteamericana de siempre sonreír. Y hasta aplaudió al final de la conferencia de Concha Espina.

Seguidamente —justo es decirlo— el joven Gobernador se acercó a mi madre a la hora de los plácemes: y le dijo unas palabras bonitas:

—Señora Espina: si yo hubiese sido español, hubiese hablado lo mismo que usted.

—Yo he dicho mi verdad, *Gobernador*; —y subrayó mi madre, con femenino retintín el título— mi verdad solamente; sin ofender: y defendiendo.

—Exacto —se inclinaba el Gobernador.

—La mayor esclavitud es la de la palabra. No poder hablar, no saber entender ni rezar en la lengua de nuestros padres, debe de ser un tormento insufrible.

Se disculpaba el gobernante:

—No está prohibido aquí…

—No… —remachaba mi madre— ¡Pero sí!… Por ejemplo, ese morro *Castle*, es un Castillo del Morro, un castillo de mi Castilla, ¿no?… ¡Y con lo bellamente que hablan los antillanos la lengua de España!

—En su obsequio, señora Espina, voy a abrir un caminó más en el ambiente escolar, para el gran idioma de usted.

—Espléndido: nada más justo, Gobernador.

—Así es…

Y otra vez la ancha sonrisa, noble, del norteamericano.

Muchos amigos dejó Concha Espina en Puerto Rico, hospitalario, adorable; mucho se encantó con la naturaleza fastuosa y tremenda

de la isla.

—Y ahora… a Santo Domingo. ¿Vamos, hija?

Fuimos en un hidroavión que nos evitaba la turbulenta travesía en barco.

Y de todas las tierras en aquel viaje antillano conocidas, la más seductora fue para mi madre, Quisqueya, «La Olvidada», la isla de Santo Domingo, este…

…lar que trasciende
a canción de turpiales;
otra caricia humana
que me alivie las horas de tormento:
selva dominicana,
isla de Barlovento.

Un embrujo muy poderoso la enamora en Santo Domingo. No es el recibimiento que se le hace, como a una reina, un recibimiento conmovedor en el que participó toda la capital dominicana. Desde el Presidente y su esposa, hasta el dueño del pomposo y viejo hotel donde nos hospedamos: con un tanto de humor decía un amigo: «Este hotel debió ser el que albergó a Colón cuando aquí llegó…»

Si los hay ahora lujosos y modernos, aquel tenía el tono y la gracia de un buen hotel de provincia española, pero con más empaque. Entre innúmeros ramos de flores de mareante aroma, y el alma echada por delante de los dominicanos que recibían a Concha Espina, encontró ella unos minutos para hablar confidencialmente con una dama:

—Este lecho, con baldaquino de terciopelos, esta cama tan grande y tan espesa, tan lujosa, en un país tropical, ¿no será «peligrosa»?

Bajo el perfume maravilloso de las flores surgía un olor a desinfectante: la dama respondió:

—Creo que se ha debido hacer una limpieza a fondo… por el olor…

—Bueno: ya veremos lo que «pasa» esta noche.

¡Qué noche de maravilla! En un coche abierto íbamos a pasar la velada a la casa presidencial. Estaba alejada del centro y corríamos carretera adelante: a ambos lados vimos, a poco, una cortina de luz muy tenue, misteriosísima, una cortina que se movía, azul y dorada:

—¿Qué es? —indagaba mi madre.

—Son los cocuyos… ¡de tan linda luz!

Y aprendimos que eran como gusanos de luz pero con alas, porque todo vuela y vibra en la tierra aquella.

El salón de la casa del Presidente estaba iluminado, y sus puertas abiertas sobre un jardín colmado de la loca, incomparable flora americana. Allí el «agasajo» consistía en dulces y helados, una «dulce consumición» de confituras de piña y caimito, de plátano y aguacate, de mango y coco; bebidas heladas de mamey y zapote; golosa Concha Espina, tomaba en su mano de niña las golosinas más exquisitas del orbe. Y enhebraba una conversación muy interesante con aquella sociedad fina, conservadora de las añoranzas de España.

Y era allí mismo donde Concha Espina dictó sus conferencias, leídas por la voz «dulce y fuerte de mi hija».

Hablaba ella de España con ancha libertad, segura de ser comprendida con gran cariño. Porque hablaba en Quisqueya, *La Olvidada*; la isla ingente que *se le olvidó* a España en unos malos años de su historia. «Quisqueya»,

… la que supo, de olvidos
hacerse una leal ejecutoria,
los amores perdidos

entre el mar y la Historia…

Después de la lectura, estaba el diálogo, la «velada» llena de encanto, entre damas inteligentes y cultas, y muy interesantes caballeros que, sin duda, sentían, al lado de la viajera «el tirón de aquel jugo vital que los españoles sembraron, amorosos y liberales, por todo un continente, como un sello de su linaje»…

Sin tardar mucho, mi madre iniciaba la despedida. En el hotel, cuya puerta nos abría un negro gigantesco, ya se había cambiado aquella famosa cama con baldaquino de terciopelo, por una camita moderna, lisa «sin preocupaciones», como decía graciosamente mi madre.

Del viaje a Santo Domingo guardó ella fervorosos recuerdos. Huésped de honor de la ciudad de Santo Domingo y de la ciudad de Santiago de los Caballeros, recogió el cariño y las admiraciones de nobilísima gente, esta gente dominicana a quien nunca pudo olvidar.

Parece ser que la gente —gente muy «gente»— de la casta de Concha Espina —la de la Serna también— fueron siempre a las Américas no a «traer», sino a «dejar». Y mi madre quiso, sin embargo, traer algo valiosísimo de la tierra dominicana; valiosísimo y tan poca cosa materialmente, que cualquier servidor lo hubiese quemado para hacer lumbre en una chimenea, en nuestros inviernos de Europa. El tesoro consistió en un par de pequeñas vigas de caoba, de un metro de largo y de unos veinte centímetros de espesor: las acompañaba una carta de un muy ilustre caballero dominicano: de esta carta entresaco la siguiente noticia:

Como ofrecí a usted verbalmente, tengo el placer de enviarle con el portador las pequeñas vigas de caoba que yo personalmente he sacado de una ventana de las ruinas del palacio de Don Diego Colón, hijo del Gran Almirante, siendo estas pequeñas vigas la última madera

que quedaba en dicho edificio. La he cortado de acuerdo con sus deseos, y he dejado las puntas de las vigas que son testigos del uso a que estaba destinada esta madera, pues puede notarse el trabajo que hizo el cáncamo de piedra que había en la base y en el tope de esta ventana, en tiempos ya idos…

Concha Espina recibió las toscas, inefables vigas, como un tesoro: y con ellas se construyó un sagrario para el oratorio de la casa de Luzmela. No se le pudo dar más alto destino a dos trozos de madera entre los cuales se asomaría el hijo del Almirante por ver, una vez más, el mar «de los sargazos».

Sí, esas cosas sin valor y valiosísimas eran las que a Concha Espina le interesaban siempre. Dos trozos de madera vieja se añadieron a nuestro equipaje. Madera colmada de la más extraordinaria historia de la Historia del mundo; y ahora consagrada: dos veces bendita.

Concha Espina se despide con verdadero pesar de la isla de Santo Domingo. También sus amigos se afligen con su partida: se resume este sentimiento en una voz que dice:

—Si hubiésemos sabido que la íbamos a querer tanto, no se hubieran quedado en el Gran Hotel, que habrían tenido su casa en la Ciudad Jardín, tan linda… ¡qué pena!

«En estas palabras —me advertía después mi madre— está bien claro que aquí existe el recaudo de la *casa*, la básica institución caliente y resonante a tradiciones religiosas, que tuvo como símbolo un hogar, el primer fuego sagrado de los clanes bíblicos»…

Aquellas palabras de fuerte ternura aumentaron esa leve angustia de las despedidas cordiales.

—¿Vamos, hija?… Hay que seguir navegando.

—Vamos.

El hidro, rodeado de adioses, nos levantó de la tierra dominicana. Nunca Concha Espina olvidaría, más que los férvidos homenajes, el tumulto de amistades y de cariños que la despedían.

Un alto en Puerto Rico, en nuestro ya familiar San Juan. Tan sólo para esperar el barco que nos deja de nuevo en Nueva York.

El vértigo de la inmensa mole de acero y de cemento se endulza un tanto en la magna *Columbia University*, donde mi madre —naturalmente conmigo a su lado—, fue huésped de honor, recibida con caluroso homenaje. Allí Concha Espina sintió, «muy hondo, lo que representa de excepción su admirable conjunto de estudiantes y profesores, unidos en una entusiasta reverencia a cuanto significa aprender».

Breves días: en ellos fuimos contertulios y huéspedes de García Lorca, que había inventado una *Monarquía* de Harlem, el barrio negro neoyorquino, «a cuyo rey imaginario iba a cantar en un libro próximo y genial, lleno de sombríos poemas». También León Felipe —Felipe Camino—, el poeta de Santander, errante por el mundo, puro en sus cantares proféticos en poesía. También Miguel de Zárraga, bohemio elegante, periodista de gran categoría. Y Onís… Una extraña mezcla de valiente gente española a la que Concha Espina abría generosamente su siempre alerta curiosidad, su afán de conocer y de vivir.

Si subimos de nuevo al *Chrysler Building*, es porque mi madre consiente en la diversión que para mí supone subir al *Club de las Nubes*, en el piso sesenta y nueve, donde lo más selecto de Nueva York se reúne, con un número de socios restringido.

—Que estamos en el «quinto cielo», madre… es muy divertido.

—Un poco, sí; pero no te embriagues con estas alturas: las alturas hechas por los hombres pueden ser «destructoras de almas».

—¿Sí, verdad?

—Por si acaso… Vamos… Aún tenemos tiempo de visitar de nuevo la *Hispanic Society…* Otras alturas son aquellas. ¿Vamos?

—Que tienes mucha razón: vámonos, sí.

Otros días busca Concha Espina el encanto de las mujeres neoyorquinas, siempre lindas, pimpantes y bien puestas; busca otra vez la tiniebla de Harlem, donde vive como subciudadanos de la inmensa metrópoli, apartados, «la pobre gente carbonizada, extendida como una red servicial y vergonzosa a lo largo de la gran República *abolicionista*». Y busca y halla la huella judía, predominante en el linaje sefardita, gente que admite como un honor la tradición hispana. En Rivington Street entra en las redacciones de *La Vara*, publicado en «ladino», el viejo romance del éxodo; entra conmovida en las redacciones de *La Voz, el Judío Español* y la revista *Luzero*.

Se entera Concha Espina de que otros ciento cincuenta periódicos más editan los hebreos en español.

—*En español*, subraya muy emocionada. Oye —me dice en la velada de aquel día—, esta gente que hemos visto, creo yo que sueña, como en un delirio, con los jardines de Sevilla y de Córdoba, con las piedras de Toledo… sueña, no lo dudes, con nuestra España, con su Sefarad… ¡qué gente! Y pensar que uno tiene allá en Cantabria «limpieza de sangre»… ¡Un disparate!

Cristianísima y vehemente, se entrega Concha Espina a la maravilla de tales hallazgos.

Aquella noche hacemos nuestras maletas de nuevo.

Hay que subir, mapa arriba de las Américas, hasta Vermont. Hay que madrugar, mucho para nosotras: hay que levantarse a las ocho de la mañana: y a la mañana siguiente, tempranito, la voz dulce y enérgica de mi madre:

—¿Vamos, hija?

Llena de pereza y medio dormida me siento en el borde de mi cama, la miro a ella ya vestida, ya compuesta linda y sencillamente:

—Vamos.

Toma Concha Espina la línea del ferrocarril Boston and Maine. Va el coche lleno de gente joven: son la mayor parte, alumnas y alumnos que acuden a las Escuelas francesa y española, de

Middlebury. Mi madre va a esta última en calidad de *Visiting Proffesor*, algo así como visitante de honor. Y ella no sabe que su nombre ha hecho que este año suba mucho la matrícula en las aulas donde ella hablará en castellano: y que están colmados los numerosos y gratísimos hospedajes en todo el recinto de *Middlebury College*, que abarca diez kilómetros de terreno.

Las «Verdes Montañas» son un paisaje por el cual merece la pena.

A los pocos días de su llegada lo dice Concha Espina:

—Sí, merecen la pena estos bosques, y estos lagos, y estas «montañas verdes».

La Casa Española es suntuosa y alegre; descubre mi madre todas las comodidades que más le encantan… y que al cabo de los años no disfrutamos en nuestra España. Observa y anota las costumbres nuevas. Le agradan por lo que tienen de sencillez: las rechaza a veces, por que ella es, ya lo hemos dicho, intransigente en mil cosas.

Pero se hace querer de tal manera, que su clase, que se desenvolvía en un gran edificio de mármol, fue la más concurrida aquel curso, «y desde hace muchos años» el aula reservada al *Visiting Proffesor* no tenía tantas solicitudes.

¡Y con lo poquísimo que a Concha Espina le atraía el rol de *profesora*!

—Queremos aprender el español de sus libros. Y que usted nos enseñe por qué escribe de ese modo el castellano.

—Pues… casi, casi no lo sé.

Y así se organizaron las más originales *clases* que uno puede imaginar.

Leía yo un trozo largo de cualquier libro de mi madre, por ella elegido: y seguidamente, en un tono confidencial, ella iba contando la génesis de la obra: cómo había conocido a Mariflor de *La Esfinge Maragata*; quien era Carmencita de *La Niña de Luzmela*; y cómo era la tierra andaluza de Río Tinto donde *El Metal de los Muertos* se desenvuelve.

Por un instinto de pudorosa altivez, no gustaba ella de insistir en sus personajes y en la génesis de cada novela. En cambio, y ahí fue su hallazgo gozoso, se le convirtió cada clase en un motivo estupendo para hablar de España. A veces se embravecía la dulce voz de Concha Espina, llena de entusiasmo y de amor, a tal punto que la miraba yo, con su libro ya cerrado entre mis manos, y observaba para mí: «A que esta madre mía sirve hasta para oradora…»

Se acababa la clase, y salíamos al bosque, rodeada Concha Espina de todos sus alumnos: les atraía además de por su nombre, por su novedad, por su modo de hablar tan límpido, contundente, tan castellano en fin.

En el edificio central, salían ya a recibirla para el *lunch* el decano y los profesores: creo yo que con pena dejaba ella la compañía juvenil para recibir las atenciones de la gente madura. Aunque de aquella juventud habría ella de decir, con un tremendo fondo de austeridad española: «El tipo que predomina en *Middlebury College* entre las estudiantes es la esbeltez, el pelo rubio, las gafas de concha, aplicación para estudiar y para divertirse con idénticas voracidades. Y un aspecto infantil, cándida la almendra de los ojos, abierta la sonrisa sin aparente doblez, un aire niño, de curiosidad, que no diríamos fácilmente a qué hondura sensible corresponde».

Hacían los estudiantes sus «deberes» que mi madre revisaba cada tarde: y casi siempre coincidían en exaltar lo más noble y sensible de sus lecturas espinianas, lo más puro… aunque luego se fueran «por los Cerros de Úbeda» transportados por arte de birlo birloque a Vermont.

Eran casi todas las chicas, bonitas, jóvenes y graciosas, mayores que la hija de Concha Espina. A la primera excursión que se me invitó, iba ya aceptar, cuando una voz «hispanoamericana» me dijo casi a escucho:

—Mejor no vayas, hijita…

Pero yo fui. Después, nunca más.

Nuestras jóvenes amigas norteamericanas nos parecieron, en efecto, las muchachas del «bien puesto corazón»; bien atrincherado, y en muchas con vacío de inquietudes en el espacio que suele ocupar Dios.

«Del viejo puritanismo inglés, un día patrimonio ético de Nueva Inglaterra, nada prevalece en la comunidad que nos ocupa.»

Hay metida en el paisaje, muy cerca del palacio, una iglesia toda de mármoles blancos, preciosa. Se empuja la puerta, y allí está Dios: cada tarde, Concha Espina tomaba su velillo y me buscaba —me encontraba enseguida— para decirme:

—¿Vamos, hija?

—Vamos… ya lo creo que sí.

Y el domingo, cuatro únicas personas del inmenso *College*, asistíamos a la Misa. España y el Perú se llegaban al templo en afirmación de una creencia.

En cambio, por la tarde, está llena la capilla general del *College*: comulgantes de distintas religiones:

—No tienen un faro… ¿ves? no hay una luz de aceite para el Señor. Los salmos se caen desde la voz de quien lee. Y luego, toda esta paganía embrujada, tan bella y tan deleznable: no, hija; miente el lema de esta hermosa *Mead Memorial Chapel*: fíjate cómo dice de un modo evangélico: *¡La fuerza de las colinas está aquí también!* Y no es verdad, chiquilla, no es verdad…

—No…

—Y, sin embargo; mira, son buenos como niños, alegres y bienintencionados siempre.

Sorprende nuestro coloquio un amigo peruano. ¿Y si fuéramos los cuatro, su mujer, él, mi madre y yo lejos por unos días de este ambiente?

Mi madre dice «que sí»: entre otras cosas porque la esposa de Carlos Concha es una encantadora mujer limeña, bonita como una sevillana, inteligente y dulce.

Y salimos con un rumbo ya fijado, que alteramos después porque a mi madre le seducían los caminos imprevistos. Como el curso está a punto de acabar, mi madre le da por terminado.

Se despide Concha Espina, con fina vehemencia, de las muchachas de la melena rubia y «el bien puesto corazón», de los profesores y profesoras, algunos ya viejos y siempre juveniles; admira ella esa cualidad de los norteamericanos y se recrea en su eterna sonrisa, en su curiosidad por todo lo alto y noble. Y de nuevo otro adiós.

Y enfilamos unos caminos de magia y ensueño, entre bosques, lagos y praderas, camino de Canadá. Junto a las Cataratas del Niágara dice ella un nombre casi familiar:

—¿Ves? Tenía que ser un señor de Molledo, en el Valle de Iguña, el que inventase este transbordador tan cómodo…

Y repite el nombre de Leonardo Torres Quevedo con añoranza. Luego, si le seduce Montreal, esa ciudad tan entonada y seria, donde encuentra la paz materia, porque se vive a otro estilo que el estilo «contra reloj» de Estados Unidos, lo que le embriaga ahora es el paisaje, la confidencia que ella sostiene siempre con montes, ríos, árboles y caminos. Y por cierto que éste es, además, de los paisajes de toda la América que Concha Espina conoció hondamente, uno de los que más la enamoraba.

Por eso toma con invencible melancolía el camino de regreso a Nueva York: está citada para bautizar, en la Universidad de Brunswick, la nueva Casa Española, con el nombre de Luzmela.

—Otro «Luzmela» está bautizado en San Juan de Puerto Rico, orillas mismas del mar, del Mar Caribe.

—Así le devuelvo a América el nombre que de América me llevó Manolo de la Serna…

Ahora, —¿vamos, hija?— tomará un barco que la lleve a España.

—Adiós, Concha. ¡Concha Espina!…

—Adiós…

Reporteros, *flashes*, el camarote convertido en un jardín. Y una voz ceceante, de andaluz:

—Doña Concha: ya está todo el equipaje en la cámara, bien *colocaíto*: y unos claveles puse allí… ¡hay tantas flores!… los míos tienen una cinta amarilla y *encarná*: Manué Ortega, para servirla.

Con esa profusa, obligada alegría con que sale un barco de los gigantescos muelles neoyorquinos, se iba despegando, lento, el «*Cristóbal Colón*».

—Adiós.

Y al pasar cerca de la famosa estatua de la Libertad, unas palabras de mi madre, dichas como para sí misma y en relación con los intocables valores espirituales, en defensa de los cuales ella era intransigente, «fanática casi»:

—La libertad no está en esta ribera.

Acostumbrada a sentirla pensar, tomé al vuelo su intención:

—¿Verdad que no, madre?

—¡No!… Pero son nobles y buenos los hombres de este gran pueblo… Uno de mis mejores amigos es americano. ¡Huntington!

—¿Y las mujeres, madre?

Una pausa; su acostumbrada transición antes de afirmar:

—Ya sabes que una de las amigas que más queremos es americana, también.

—¡Alicia!… sí. Tienes razón.

Nuestro barco gentileaba por las aguas del Hudson, rumbo al mar abierto.

Concha Espina, en este viaje a las Antillas y a Estados Unidos había cumplido con creces, con entusiasmo, su deber.

Capítulo XIX

EMBAJADORA EXTRAORDINARIA EN LIMA

La espera a Concha Espina Santander, como un paso hasta Luzmela. En la casa vieja se abren los baúles para que tía Rosario y tía Mercedes vean pronto las galas de una novia.

Y enseguida, a Madrid: hay que decirle a un señor:

—Señor, cumplí su encargo…

Silencia mi madre el relato de las excelencias y honores de su viaje. El rey se vuelve a mí:

—Me parece que tu madre no me lo cuenta todo: a ver tú.

Me «explico» un poco más que ella, mientras el rey pide sin cesar datos, nombres: quiere él que todo pase por su mano, saberlo todo quiere.

Concha Espina, como señora de mucho orden «aprovecha la ocasión» para solicitar del último rey de España el cumplimiento de

un gusto mío: como el Monasterio de El Escorial es Real Sitio, y esta chica quiere casarse en el Monasterio, ¿puede ser?

El rey dice a todo que sí y, además, le ilusiona:

—Es lo peor que los órganos están estropeados, y no tendrás buena música;… menos mal que música buena ya te espera para toda la vida.

—Pues… sí, señor.

De aquella visita en que el rey se enteró perfectamente de todo el viaje de Concha Espina, nació sobre el pecho de mi madre la Gran Cruz de Isabel la Católica. Bien ganada.

Nada perturba el orden de trabajo de Concha Espina. Ni las bienvenidas del regreso ni los preparativos de una boda.

Todos sus hijos viven entonces cerca de ella. Los mira con orgullo, hombres cumplidos y una hija que se embarca en la nave del Monasterio de El Escorial, una tarde a punto de nevada, un 19 de diciembre. Con buen capitán, gracias a Dios.

Ella trabaja: siempre. Da a la estampa en poco tiempo *Singladuras*, para no olvidar nada de su viaje americano; y, seguidamente, *Candelabro* y *La virgen prudente*.

Colmada de laureles, los aparta suavemente a un lado de su mesa —su enorme mesa centenaria— y sigue sin consentir que aquel callo diminuto, adorable, de su dedo meñique de la mano derecha, «conseguido» en años y años de deslizar la mano sobre las cuartillas, se ablande.

—Mientras me dure la vida… —había dicho ella que trabajaría.

Trabaja sin cesar. Si va apagándose la fragante juventud que tantos años le duró, nunca Concha Espina fue una señora «acabada», «agotada», nunca: y, sin embargo, el trabajo, los compromisos literarios a fecha fija, podían ser agotadores. Pero la serenidad, esa preciosa virtud, siempre estaba patente en su vida. Organizaba ella sus horas de trabajo, de paseo, de cuidados personales, de la dirección del hogar, que ni un solo día abandonaba.

Por entonces el hispanista y académico, profesor Wulff, sueco, presenta la candidatura de mi madre, de nuevo, para el Premio Nobel; «con votos de la Academia francesa y sin el apoyo de las Academias Españolas»… ¡vaya por Dios! Un solo voto le faltó en aquella ocasión para conseguir el premio.

Ella recibía estas noticias sin la mínima alteración. Seguía trabajando, sin cesar. Y pedía noticias de la *gliccinia* de Luzmela, ese árbol imponente cuajado de flor y de rumores, que envuelve la casa, lleno de majestad. ¿Y los nietos?… Éste, que es rubio y que tiene los ojos azules, con la mirada inteligente y el aire tierno, ¿no estaría bien en la Montaña?

—¿Me le dejáis…, querrá Jesús quedarse conmigo?

Escuchaba el chiquillo desde los brazos de su madre:

—Si mamá quiere, yo sí, Madrina; ¿me llevas?

Entraba Víctor —y me atrevo a decir que ya entonces tenía la misma talla de escritor que tiene ahora:

—¿Tú quieres irte?

—Con Madrina, sí.

Fue el primer nieto de Concha Espina que ponía su pie nuevecito en la casa centenaria.

Se ha proclamado la República. Mi madre toma un coche y sale con doña Rosario Fabié —hija del Ministro de don Alfonso XII— «a ver qué pasa».

No llegaron a Palacio: era imposible.

—¿Y don Alfonso?

—Se marcha.

—¿Y esas turbas… qué hacen?

—No llegan a Palacio… mira: hay muchos chicos que le protegen…

—Se marcha don Alfonso —repitió mi madre. Y doña Rosario Fabié decía quien sabe si corrigiendo:

—Se marcha el rey de España.

Mi madre tenía una preciosa virtud: la lealtad. Porque sí y quizá también para mantener, ella individualmente, sin partidismos, el magnífico mote montañés, que desde el pastor al duque puede grabar a la entrada de su choza, de su casa, de su palacio: Concha Espina lo repetía a menudo:

Guarda la lealtad estos umbrales
que es ley de montañeses ser leales.

Ella era leal a aquel señor amigo que sufría un tormento amarguísimo, que dejaba su casa, su trono, y lo que era más, su tierra: Madrid, Santander (donde su casa era *suya…*) ¡Madrid sobre todo! Aún hubo una pluma, que impíamente se cebaba en aquel dolor y lo cantó en coplas, ensañándose con alegría en que espanto era, para siempre «dejar Madrid en Abril».

Eso era lo que se repetían una a otra, con amargura, dentro de un taxi viejo, Concha Espina y doña Rosario Fabié: y calladas, volvían cada una a su casa.

Mi madre, al entrar y quitarse el sombrero, apartó su mata de pelo de sobre las sienes con un ademán muy suyo, abstraído; y dijo simplemente:

—Se me ha hecho un poco tarde. Voy a ponerme a trabajar.

La noche aquella, el Padrenuestro al final del Rosario en que se pide al Arcángel por los «navegantes y caminantes de mar y tierra», tenía una emoción nueva.

Ya sabemos cómo cuajó la República: con un orden bajo el que latía soterrado lo que vino después.

Durante aquel tiempo Concha Espina trabajó como siempre: encastillada con sencillez, por costumbre.

Llego un día en que fue alcalde de Madrid Rafael Salazar Alonso, hombre bondadosísimo si los hay, y naturalmente asesinado por la comuna.

Y también llegó por entonces una fecha maravillosa para España: la del IV Centenario de la Fundación de Lima. Alguien que fuese «alguien» tenía que ir como embajador en nombre de España. ¿Quién iría? —se inquietaba la «conciencia oficial». Rafael Salazar Alonso dijo un nombre: porque él meditaba: «A representar a España en Perú, hoy que no sabemos por dónde andamos, sólo puede ir una personalidad incontaminada, limpia». Y entre algunas que él recordaba, decidió—: ¡Concha Espina!… ¡Si quisiera!

—¿Querría usted, doña Concha?

Salazar Alonso hacía la pregunta con aquel gesto suyo tan de hombre cabal, tan puro y honesto que uno no comprende cómo no detuvo, en el aire, a las balas de sus asesinos.

Y respondió Concha Espina, después de unos instantes de meditación, como quien saca, de un pensamiento, una consecuencia:

—¿A representar a España en Lima?… y ¿cómo no, Salazar?

Y así fue —¿vamos, hija?— mi madre embajadora extraordinaria de España en el Perú, con motivo del IV Centenario de la Fundación de Lima.

Teníamos allí familia, descendientes de los Tagles, y también «allá abajo», en Arequipa, en Moliendo, familia de mi padre, descendientes de un señor de la casa de los Tiros que fundó Molledo en el Pacífico en memoria de *su* Molledo del valle de Iguña. Entre norteamericanos e indios pusieron una letra más, que así convenía para su modo de pronunciar. Y hoy Moliendo —fundado por don Sixto G. Cueto— es un puerto principalísimo en mitad del Pacífico.

Todas estas cosas familiares atraían asimismo a mi madre… Y más que nada, que España «quedase bien». Soy testigo de que así quedó: bien.

Al final de aquellas jornadas limeñas, fue hermoso que Concha Espina y Tagle, recibiese un último homenaje oficial y social, en el palacio de Torre Tagle, uno «de los más bellos palacios del mundo». Mirábamos sobre el dintel el escudo, en cuyo campo un caballero,

«que de Tagle fue», mata al dragón, mientras la infanta le contempla con ademán de pedir misericordia.

—¿Igual que en Santillana, no es así?

—Sí, hija; igual que en Santillana del Mar. Pero a veces ¿sabes? y en estos tiempos, los caballeros no se atreven con los dragones… Tú, por si acaso, ten cuidado, hija.

Le respondí, incauta, con una sonrisa y en silencio.

Pasaron los días deliciosos en Lima «picante», «liviana» y «piadosa»… En unos versos en los que se junta la poesía con la verdad, así lo adivina y comenta mi madre.

Llegaban los periódicos de Madrid. Mi madre se inquietaba:

—Mejor será que nos vayamos a España. Aquí no puedo trabajar. ¿Vamos?

—Vamos.

Había viajado por Perú; había conocido sus enormes haciendas, grandes algunas como España; había conocido a la gente interesantísima de Lima, ganada desde el primer día por el liso señorío de Concha Espina y Tagle, que *tenía* en el corazón de Lima «su» palacio y su escudo.

El escudo suyo era, en efecto; pero lo más de verdad suyo era un montón de cuartillas donde anotaba sin cesar. *Victoria en América* será la novela donde se apuntan muchas cosas que ella aprehendía siempre. Aquellas cuartillas y la Banda y Cruz de los Caballeros del Sol, máximo honor oficial, fue lo que aumentó su equipaje español: total, un paquete pequeñito. Pero su España había quedado con honra en aquella celebración. Y eso era su mayor propósito, su deber y su gusto.

Agasajos literarios y sociales, fiestas de ensueño, todo lo recibe ella diciendo siempre: «es en nombre de España». Sube mapa arriba la familia de mi padre, por llegar a saludarla: la familia Cueto era siempre muy viajera y en ella hay señoras encantadoras.

Recordé yo, amiga desde siempre de la vieja crónica familiar, y un poco para aguar la fiesta:

—¿No fue un don José María de la Serna el *último* virrey del Perú?

—Sí…

—Pues no tiene nada de gracia consentir en ser el *último*: fue un señor muy tranquilo.

—Pobre señor; ¿qué iba a hacer si de «allá» le dijeron que Perú ya no era España?

—No sé, «dejar» aquí algo, que es lo que hemos hecho siempre… ¿No ves como los Tagle «dejaron»?

—Hijita, hijita; no te metas con los abuelos. Una ciudad dejó don Sixto Cueto… ¡Ay!… —suspiraba muy suave tía Julia Cueto—. La fundó y la pobló: no sabes cuántos inditos tienen todavía los ojos azules.

Sonreía mi madre y comentaba:

—Algún día habrá que hacer la historia de las familias. No eran gente vulgar las nuestras, ¿verdad, Julia?

—¡Pues no!… ¡Y qué lindo sería que la escribieras, la historia esa, Concha!

—Quién sabe; quizá algún día.

Estas sabrosas conversaciones con la familia y el encanto de las relaciones limeñas hubo que romperlas un día. Felipe Sassone y su esposa estaban con nosotros a menudo. La enorme vitalidad intelectual y afectiva de Sassone, la dulzura de su mujer eran una gracia más cerca de Concha Espina. Comedida, discretísima, y a un tiempo garbosa, se acercaba a mi madre una señorita que en puro madrileño le decía casi al oído:

—Señora…

—¿Qué sucede, Candelas?

—Que Paloma grita y no puedo callarla: quiere estar con la señora… y como su mamá ha ido de excursión no sé qué hacer.

—Tráemela.

—¿Aquí?

—Aquí.

Y callada en cuanto le dijeron «Vamos con Madrina», aparecía en la puerta del salón Paloma Sainz de la Maza, ídolo de su Madrina, una niña rubia rubia, pequeña pequeña, que empezaba a hablar enseñada por su cuidadora, sin comerse ninguna letra, pura castellana, como su padre.

Jugaba Concha Espina con aquella criatura que era su hechizo, y que fue su vehemente cariño hasta el último día.

—Adiós, Lima…

Hacíamos el viaje de regreso en un barco italiano. Concha Espina gozaba horas y horas…

—Tanto, que no puedo trabajar… pero ahora es de tanta paz como hay en el mar… no llegar nunca… Y eso que España, tus hermanos. Estoy, de pronto, inquieta.

A poco de llegar y dar cuenta de su viaje, muy poco después, Víctor y Luis empezaron a mostrarse extraños y hasta reservados. ¿Qué ocurría?

En cuanto a Ramón, ese vivía viviendo toda la ciencia del mundo, entregado al estudio, aislado. Y Regino Sainz de la Maza tenía un largo contrato en América. Se marchó.

Entre todos pensaron que «era lo más tranquilo» que las señoras nos fuésemos a Luzmela; estaba el verano a la puerta; había un falso aire de paz en la Montaña. Tan confiados estaban todos los señores de la familia en la tranquilidad de Luzmela, que, «a pesar de todo», a Luzmela nos fuimos, con la abuela de mi hija, con la hija de mi hermano Víctor. Luis, el más pequeño de mis hermanos, estaba ya casado. De su viaje de estudios a Berlín había traido Luis no ya una novia, sino a toda una familia Maurer, feliz y poderosa. En la Colegiata de Santillana se casó mi hermano con aquella muchacha que era casi una niña.

Sí; llegó aquel año en que, además del verano a la puerta, estaba el espanto. Pero en Luzmela …«será donde mejor estén» —habían decidido todos.

Y entonces fue cuando…

Capítulo XX

LA GUERRA Y LA PAZ

A los pocos días de llegar a Luzmela, para el veraneo, mi madre entró una mañana a despertarme: siempre me dejaba mi madre dormir y soñar cuanto quisiera. Aquella mañana, envuelta en un ropón azul, entró en mi gabinete: llevaba a Paloma, mi única hija entonces, en brazos: la niñera detrás, con los ojos espantados, nos miraba callada y respetuosa; mi madre sólo dijo, con la niña abrazada a su cuello:

—Oye, Josefina: despiértate del todo que es tremendo lo que pasa… ¡Han asesinado a Calvo Sotelo!

El clásico «brinco de susto» lo di yo entonces, hasta quedar de pie junto a mi madre.

—¡No!…

—Sí, hija mía, sí —dijo entonces otra voz muy querida, lenta y dulce.

Era quien hablaba la señora de Sáinz de la Maza, mi segunda madre, la abuelita de Paloma.

—¿Y qué hacemos? —pregunté tontamente.

—Pues asustarnos muchísimo y tener serenidad: ¿entiendes?

—Sí, entiendo esas cosas que tú dices.

Y como Tere de la Serna compartiera mi gabinete, me advirtió enseguida mi madre:

—Por de pronto, no despiertes a la niña.

Dormía María Teresa como una rosa. Se reía en brazos de Madrina Paloma, como un ángel.

Poquísimos días pasaron, y, una mañana, un redoble de tambor, el tambor monótono y alegre de los bailes cántabros, convertido en «instrumento de guerra», resonó justo debajo de nuestros balcones: nos asomamos. Un hombruco nos comunicaba, una vez callado el tambor, que entregáramos cuantas armas tuviéramos al Gobierno, porque se había declarado la guerra. Nos lo decía a nosotras especialmente. Redoble y gritos del hombruco eran para nuestra casa, ya que en la plaza arbolada de Luzmela no había más vecinos.

Concretó Concha Espina aquel mandato en una breve meditación y en una frase decidida:

—Las armas que hay en esta casa son muy antiguas y las quiero: no las doy.

—Hay una peligrosa —advirtió tía Rosario, la hermana de mi madre que pasaba el verano con nosotras—. Es la escopeta de papá, Concha; es capaz esa escopeta de matar a un oso.

Minutos después, ya siete hombres armados hasta las uñas registraban la casa. Venían un tanto cohibidos obedeciendo a una orden ineludible: algunos, de buena gana no hubieran hecho en aquella casa registro alguno. Pero buscaban, precisamente, aquella escopeta de don Víctor Espina.

Felizmente desdeñaron las queridas armas viejas —escopetas, pistolones de arzón, sables y espadines finísimos—. Y la escopeta de don Víctor no apareció por ninguna parte. No la escondimos; no

hubiéramos tenido tiempo; es que no la vieron aquellos hombres. De seguro un ángel la escondió entre sus grandes alas.

Porque el registro lo hicieron con toda libertad, con la sola guía de la doncella —gentilísima moza de Luzmela—, de filiación como la suya y, sin embargo, siempre fiel a nosotros. Callada y disgustada les iba abriendo puertas y se quedaba recostada en el quicio, en espera. Y a alguna pregunta intencionada contestaba con el montañesísimo:

—No sé… yo no sé nada —más intencionado todavía.

Se fueron aquellos hombres.

Tía Rosario insistía, preocupada:

—En algún sitio está la escopeta de caza de papá…

Subió, ágil, a la parte alta de la casa; y bajó a poco, con la escopeta alzada en la mano.

—Aquí está.

Y comentaba con un punto de exaltación mística:

—Los ángeles debieron esconderla.

En la sala, bajo el diminuto y extraño diálogo, hubo como un revuelo ciertamente angélico. Yo miraba a Tere y a mi hija pequeñísima… Sí, sin duda, ángeles andaban por la casa cercada, vigilada, registrada casi diariamente. Y tía Rosario, esbelta y fina, con el arma en la mano:

—¿Qué hacemos?

—Dame.

Y añadió Concha Espina, acariciando el empavonado cañón:

—Esta escopeta no disparará para que luchen hermanos contra hermanos: la guardaré hasta dentro de un rato.

La metió en su armario y cerró con llave. Y aquella misma noche, un leal de la «Quinta Columna» la enterró.

Las viejas armas inofensivas quedaron en sus lugares de siempre. Hasta dos floretes de esgrima se cruzaban sobre la chimenea del portalón, con la careta en el centro. En uno de los registros un hombre desconocido me preguntaba:

—Eso, ¿qué es, para qué sirve?

—Eso son cosas de caballeros, raras, ¿entiende usted? Cosas difíciles de explicar.

—¡Ah, sí, vamos!… Cosas de la antigüedad.

—Eso mismo —acabé.

… Habíamos entrado en plena guerra.

De tanto oir hablar de armas, María Teresa de la Serna tomó un poco de susto:

—¡Madrina, madrinita! ¡Ay, qué miedo! Yo quiero tener junto a la cama un arma.

Entre temerosa y valiente se mostraba la chiquilla: ¿y para qué querría Tere un arma junto a su cama?

Concha Espina le dio a su nieta mayor uno de los floretes de esgrima:

—Toma.

—No pincha.

—No; pero como es largo sirve para asustar.

—¿A quién?

—Al miedo, Tere: nunca tengas miedo.

—Ya casi no lo tengo; porque no lo tienes tú.

Aquella tarde, previa vigilancia de la cocinera, que se pasaba la vida en la escalera de servicio, espiando, mi madre, antes del Rosario habló, como quien dispone un «sitio».

—No sabemos cuánto tiempo va a durar esta tragedia de España. Estamos como encerrados en el cerco de estos montes. Vamos a encomendarnos a Dios y a hacer nuestra vida íntima con algún provecho. Yo, por mi parte, trabajaré como siempre: ya he empezado un libro.

La miré fijamente:

—Lo sabía, madre.

—Sí, y que por cierto hay que empezar a copiarlo: mañana puedes.

—Feliz con ello, madre.

—Y no tenemos que tener miedo nunca. ¿Os parece bien?

Las dos señoras dijeron que sí. Tere y Paloma jugaban en su cuarto con unos maravillosos muñecos y también con unos cacharritos de barro pobrísimos, que les gustaban mucho. Tere, de vez en cuando, atendía a lo que hablábamos: y preguntaba mucho por su padre.

—Madre —asentía yo al alegato de Concha Espina—: miedo, jamás; pero sí precauciones. Hay que tener cuidado con esa cocinera que no sabe leer —no era montañesa— y casi ni entender lo que se le habla. Pero que ya me ha preguntado: «¿Qué escribe la señora?»… Le he contestado, así de repente, que «cuentos de hadas para los niños»; lo cual no quita que la haya sorprendido inclinada sobre tu mesa, cuando he subido del comedor.

—¡Pobre Tomasa!… Porque es el caso que a mí me da mucha lástima esta gente crédula, engañada, ignorante y que no llevan un ideal.

—Y a mí muchísima lástima también: pero déjame defender la parte material de nuestras vidas, ¿quieres? La otra parte, ya está a salvo; tú las has puesto: ya ves, ni Tere tiene miedo. Pero déjame, déjame vigilar.

—Con mil amores: además ya has visto que cuando vienen a registrar preguntan por ti.

—Es que contigo no se atreven: no se atreven a hablarte. Conmigo ya es distinto.

—A tu madre, hija mía —comentó doña Felisa Sainz de la Maza— todo el mundo le tiene muchísimo respeto.

—Bueno: yo me entenderé con «ellos» y les haré todos los «regates» que pueda… Y por favor, madre, déjame que guarde tus cuartillas en cuanto abandonas la mesa de trabajo.

Temeraria, a punto de parecer inconsciente del peligro, mi madre protestaba:

—Por Dios… no es para tanto.

—Es para tanto. Cuando bajamos al comedor y dejas el trabajo, ¿quién quita que entre alguien por las innúmeras puertas de esta casa, o por un balcón fácil, y arramble con tus cuartillas?

—Pero es indigno eso… ¡esconder mi trabajo!

—Que no, madre; es, si tú quieres, defenderlo. Y es necesario. En último término —aduje para convencerla— piensa en que no estás sola.

Entraba en aquel momento a la sala María Teresa de la Serna, y traía de la mano a Paloma Sáinz de la Maza. Se fueron derechas al regazo de la Madrina. Los años espabilados de Tere acusaban:

—Madrina; la cena de hoy… no era como la de otras noches.

—Era mala —repetía, como un eco de su prima, Paloma, enfurruñada.

—Desde mañana cenaréis con nosotras; y así tendréis todo lo que se pueda.

Aprendí por entonces a hacer mantequilla —que no es tan fácil lograrla en el pleno verano—: cada día una mantequita blanca y pequeñísima se ponía en el centro de la mesa. Toda la tomaban las dos niñas. Aprendí a hacer pan: no lo tocábamos, y al final lo repartía en trozos pequeños, como si diese una comunión. Aprendí a hacer jabón: eso me salía muy mal.

Había serenidad dentro de la casa, a pesar de los innúmeros registros, de las requisas y las amenazas.

La serenidad nacía de que Concha Espina seguía al pie de la letra la orden santa: «Después del pecado no hay nada que debamos evitar con más cuidado que la inquietud»… Había serenidad dentro de la casa; y cuando el otoño llegó, cuando se encendió la chimenea de la sala, deseábamos que se fuese pronto la luz del día, para acogernos en la noche como en un regazo, recluirnos junto al hogar y leer. Mi madre dejaba ya a esa hora su labor, recogía yo sus cuartillas a buen recaudo, y leía en voz alta. Así las tres señoras disfrutaban a un tiempo de la lectura. Todos los clásicos españoles se renovaron para nosotras, con un ritmo pausado y solemne, en

aquellas largas veladas. De este modo, el ambiente creado por mi madre se nos volvía ajeno, en aquellas horas, a las ruindades aldeanas, y también lográbamos, a veces, no pensar en las cosas espantosas.

Pero ella, Concha Espina, siempre viva en la vida de su patria, no perdía una noticia, un aviso: y cuando lo tenía bien seguro lo anotaba para sus libros. Tres hizo Concha Espina en aquellos meses. El primero un libro que se llama *Retaguardia*, *Luna roja* el otro, y comprende cinco de esas pequeñas obras maestras características en la labor de la novelista. El otro libro no lo busquéis: se titulaba *Esclavitud y libertad: Diario de una prisionera*. En este libro contaba mi madre cosas tan reales, que después de una primera impresión a la que casi la obligaron, no quiso reimprimirlo:

—¿Y si hago mal a alguien? —preguntaba— ¿Y si no hago el bien?

El libro quedó enterrado para siempre:

—Además —añadía ella—, «el soldado vencedor es siempre generoso»… ¡Y sigue dándome mucha lástima de tantas gentes, de tanta madre, de tanto mozo!…

Cuenta Víctor, bajo nuestras memorias:

«En uno de aquellos registros se llevaron a mi madre, apenas abrigada con una capa de lana, en un automóvil abierto, sobre la nieve, a Santander.»

Mi madre compareció ante Neila, comisario de Orden Público. En su despacho, aquel hombre se paseaba con las manos atrás, queriendo hacerse el imponente.

Sigue Víctor: «Mi madre esperó a que se diera la vuelta para saludarle con un seco: ¡Buenas tardes! Contestó con un gruñido y le señaló un sillón. Como mi madre no ve bien y la luz era escasa, mi madre permaneció en pie. Posición en la que escuchó el siguiente discurso:

—Señora, aquí hay una reclamación del Gobierno de Cuba, otra del de Chile, otra de la Academia Francesa, otra de la Goncourt, de

la Cruz Roja Internacional y de la Corporación Literaria «*Gens de Lettres*» para que usted se vaya a Francia. ¿Tan mal se encuentra en la España Republicana?

—Malísimamente, sí, señor.

—Pues lo siento mucho. El Gobierno de Valencia, informado de sus deseos, no autoriza su viaje y me ordena que se lo comunique a usted.

—Pues podía usted haberse ahorrado el hacerme venir con esta noche.

—Perdone usted la molestia, pero la cosa era urgente. Y, en resumen, señora, no vuelva usted a intentar salir, porque me opondré yo. Su hijo de usted es un fascista que está haciendo una infame propaganda en favor de los generalitos sublevados.

—Perdone usted…

—Usted dirá…

—Querrá usted decir de los generalazos…

—¿Sabe usted lo que está diciendo, señora?

—No pretendo más que restablecer la pureza idiomática de la frase…

Mi madre volvió a Luzmela aquella misma noche. Nunca estuvo tan blanco y tan lívido el mármol de su estatua, increíblemente respetada, como a su paso frente a ella. «Mármol y mujer estaban en pie milagrosamente.»

Detenida a domicilio fue la consigna del comisario de Orden Público, referente a mi madre.

No teníamos qué comer; pero a veces, por una ventana que yo me sé, y colocado de un modo hábil, aparecía un paquete. Mucha buena gente del pueblo no se atrevía a llamar a nuestra puerta. Pero muchas infelices y cacareantes gallinas fueron sacrificadas para que manos rudas, honradísimas y fieles, dejasen de un modo anónimo, delicado, enternecedor, un regalo para «la señorita Concha», metiéndolo por esa ventana que digo, y a la que mi madre llamaba

el «torno»: estábamos en clausura… quizá en el torno hubiese algo: y lo hubo mil veces.

A pesar de todo, el hambre dañó lo más sensible de la fuerte naturaleza de Concha Espina: me buscaba para decirme:

—No sé si está hoy nublado… pero no: es que veo mal: mira y fíjate bien a ver si en las pupilas tengo algo.

Yo, con espanto, veía crecer en sus ojos, día a día, dos nubecitas infinitamente pequeñas, infinitamente dramáticas.

—No te veo nada, madre —mentía yo.

La falta de alimentos adecuados, la vigilancia médica también, ocasionó en Concha Espina el principio de la pérdida total de la vista: «mutilada de guerra» se puede de ella decir. Pero seguía trabajando, incansable, con una voluntad y una resignación firmísimas.

De la guerra salió mi madre a flote con tres libros y a punto de quedarse ciega, como ocurrió enseguida. Pero apretaba contra sí aquellos tres originales. La *vocación*, esa hermosísima palabra que parece siempre dicha por los labios de Dios, se había impuesto en su alma egregia por encima del espanto de la guerra.

Pasaban los meses, entre el horror y la paz, y una tarde de noviembre, ya casi de noche, paró a la puerta un coche renqueante. Se bajaron cuatro hombres, naturalmente armados. Traían para mí un aviso de un rojo de la Villa cercana, un hombre que, sin defendernos, nunca nos ofendiera. Aquel conocido me mandaba el coche y la «escolta» porque mi padre se moría en la Villa. Y él ponía a mi disposición aquel medio de trasladarme hasta la cabecera de mi padre.

Guardé en un maletín lo indispensable de tocador, me eché un abrigo sobre los hombros. Mi madre me llamó aparte:

—Toma: dáselo de parte mía… y si no llegas a tiempo préndeselo sobre el pecho.

Y ponía en mi mano, con una insistencia muy de ella, cerrando mis dedos sobre la entrega, el disco de una medalla: era grande,

muy hermosa; era de la Virgen. Y previsoramente le había colocado en la argolla un imperdible chiquito.

—Ahora vete: no tengas prisa por volver. Ni miedo.

—No.

—Adiós, hija; me quedo rezando por él.

Le di un beso y advertí entonces que mi madre tenía el pelo ya muy gris, y más dulce que nunca la mirada. No había perdido ni un ápice de su esbeltez, de su gracia, aquel modo sencillo y señoril que la investía, un aire siempre joven, nacido del alma misma. Me dio también un paquetito minúsculo envuelto en papel de seda.

—¿Qué es?

—Un pañolito… por si acaso.

Llegué a la Villa, entre aquellos cuatro hombres con sus correspondientes cuatro fusiles; creo que iban un tanto azarados de llevarme a mí con ellos: por el camino me preguntaban por «su papá».

—Debe de estar muy malo mi padre.

—Parece que sí.

Y ya estaba dormido para siempre cuando le vi. La voz de tía María de la Serna me decía en la oscuridad:

—Dios le ha dado unas horas de paz para morirse: ha rezado; se santiguó también, varias veces: después dijo, lo mismo que Josefina, que iba a dormir un poco.

Por fin descansaba aquella naturaleza vibrante y se aplacía aquel alma bajo el signo de la cruz. Recé por él: le prendí la medalla sobre su fina camisa.

La buenísima dueña de la casa me tocó en el hombro para advertirme con delicadeza y suavidad, pero con algo de susto también:

—Oye, hijuca; que ahí afuera te llama el «mandamás» ése.

—¿Cuál, qué hombre me llama a estas horas, en medio de la muerte, di?

Graciosa y triste me advertía:

—No tengas miedo: ¡si tienen «ellos» más! Es el que te mandó el aviso de *lo* de don Ramón. Ven conmigo.

De aquella mano amiga salí fuera de la habitación. Tía María seguía rezando, siempre en su puesto, como toda la vida.

En el gran descanso de la escalera medio oscura, estaba el «mandamás».

—Buenas noches, y la acompaño en el sentimiento.

—Gracias. Puede usted pasar.

—Ya vi a don Ramón; pero es que quería decirle que la cruz que tiene entre las manos más vale que se la quite.

Entrábamos de nuevo en el gabinete de mi padre. Con suavidad contesté:

—No puedo: no me es posible; pero voy a ocultársela un poco si es eso lo que usted quiere.

Posaba cada una de sus manos en sendas pistolas sobre los riñones. Y le juzgué un desventurado cuando me respondió:

—No, si yo no quiero.

—Entonces; ¡nadie hace aquí lo que quiere, Señor!

Me miró apacible:

—Nadie: ni hacemos lo que queremos ni sabemos lo que hacemos. Y usted perdone.

Y me propuso en voz muy baja, como una compensación:

—Arriba en el desván tengo un cura escondido. Si quiere usted, baja y le reza a don Ramón.

—¿Si no hay peligro para él?

—No; que yo me quedo vigilando en la escalera.

Entre las pistolas —esta vez benévolas— de un rojo que no sabía lo que hacía ni hacía lo que quería, bajó el sacerdote. Vestía una gabardina. Llevaba en el bolsillo un frasquito de bendita agua bendita. Con ella purificó el ambiente: y rezó un responso. Mudo estaba ahora mi padre, tranquilo bajo la oración y el agua pura. Ya no me parecía tan tétrico todo aquello.

La buena mano amiga sostenía de nuevo mi brazo; toda solicitud le parecía poco:

—¿Quieres acostarte… quieres cenar? ¡Estás helada!

—Dios te lo pague: me quedo rezando con tía María.

—También yo me quedo; pero hay que hacer como que no rezamos.

—Es verdad.

Aunque estábamos casi a oscuras, la delgadísima figura de mi padre, como la de un Quijote equivocado, me lastimaba; y me causaba mucho dolor ver un brillo opaco entre los párpados, como un cristal azul que diese a la claridad de otros mundos: me acordé del pañolito, y con piedad filial le tapé la cara de cera.

—«Adiós, padre; el Señor te habrá dado buen viaje hasta su Reino… descansa… adiós.»

A los dos días dejé la Villa: en Luzmela mi madre leía a la hora en que llegué.

—Te echábamos de menos… Sé que no llegaste a tiempo: ven, caliéntate, traerás frío.

—Muchísimo frío… Oye, madre, ¡qué paz hay aquí, a pesar de la guerra!

Resumía ella mi comentario:

—Íbamos a rezar: mientras tanto, yo leía; ahora seguirás tú; es Berceo, *Los milagros de Nuestra Señora*.

Sonreí bajo el nombre del clérigo maravilloso, maestro en contar celestialmente tantas picardías. La lengua romance sonaba en la sala de Luzmela muy armoniosamente, con grande serenidad.

A la siguiente mañana, Concha Espina anotaría en sus infatigables cuartillas:

«En el dintel de nuestra prisión invitamos cada día a los irrecusables testigos de nuestro dolor, penitentes como nosotras bajo la tremenda dictadura extranjera, el yugo materialista de los más y por eso los peores. En cada una de estas visitas se reproduce la inquietud de no saber a cuál de estos personajes yacentes vamos

a recibir. Porque les tendemos la mano a ciegas, y puede suceder que hoy se nos aparezca nuevamente el cautivo de anoche. No importa. Sería recibido con igual entusiasmo que ayer; siempre tendrá cosas bellas y ejemplares que decirnos.

»Aquí está el procer que hoy nos toca en suerte. ¡Y qué de lejos llega! Trae una investidura de precursor, tan siglo XII y tan venerable que infunde respeto.

»Es el primer poeta castellano, así, con todo el designio de una prelacia indiscutible en el reino del arte.

»Fue *niño de misa* en San Millán de la Cogulla, sede religiosa del Cristianismo en el Occidente que ahora volverá a ser la indivisa España de Dios… …Y sabemos con júbilo incontenible que al otro lado de nuestros herméticos balcones está hoy la luna alumbrando las memorias de aquel sabio natalicio, orto del sol en el idioma imperial de Castilla. Bajo las alas del Señor que sostiene y eterniza las obras fundamentales, muy suyas, como la oración y el cantar del sacerdote y poeta Gonzalo de Berceo: la súplica y la estrofa de nuestra España invencible…»

Con esta hermosura y alteza de espíritu vivía Concha Espina sus días de prisionera.

Lo advertía yo, pasmada de admiraciones, sin acostumbrarme nunca al modo extraordinario de mi madre, porque nunca a lo extraordinario se debe uno acostumbrar.

—Hija: hazme una nota sobre Berceo, poeta y sacerdote por la gracia de Dios. Ahí, en esa vieja enciclopedia lo encontrarás; —transición—. Oye, por cierto, ¿has ido a reclamar las patatas que nos corresponden en el reparto de hoy?

Yo, con el tomo pesado entre los brazos:

—Sí… pero me las niegan: dicen que son para la siembra.

—Pues mira; deja el libro. Y ve a decir que nosotras también vamos a sembrar… en el jardín.

Me hacía yo un poco de lío, entre Berceo y las patatas; y me apetecía muy poco dejar al poeta y sostener una nueva discusión

con el hombre que las repartía. Al posar el libro en la mesona de la biblioteca, tropecé con otro libro mayúsculo, encuadernado en pergamino, una bella edición de las *Cartas* de Santa Teresa. Comprendí al vuelo entonces a mi madre: en los cielos, en las nubes, el alma y la ambición: los pies, en la vida, en la tierra.

Dejé la sala; bajé a la antecocina y tomé un cestito. Al poco rato regresaba a casa con el cestito lleno. Se lo subí a mi madre a la biblioteca.

—¡Mira!

Reía ella:

—¿Ves?… Todo es querer. Ahora vamos con el poeta… ¡Vamos!

Y así, sin un desmayo, llegó un día 26 de agosto.

La casa, con sus prisioneras dentro, estaba rodeada de tanques rojos, de milicianos a quienes nuestros muros servían de «guardaespaldas». Desde el monte, los hijos de Concha Espina —puestos voluntariamente a las órdenes del general García Valiño— miraban la casa anhelantes por ver si un atisbo de vida latía en ella. Estaban todos los balcones cerrados, todas las ventanas: menos una, tan acosada ésta por la enredadera maravillosa, que tapaba todo el hueco. Y mi madre, de perfil contra esa ventana abierta, escribía.

—Madre: están los milicianos abajo, parapetados en la paredilla de enfrente.

—Ya oigo un tiroteo terrible.

—Terrible; ¿no ves que están ahí, ahí mismo las tropas? Por favor, debes apartarte de esa ventana.

—¿Tú crees?… Estaba trabajando y quería…

Una ráfaga de ametralladora barrió los árboles cercanos.

—¿Vamos? Al piso de abajo. Anda, ven.

Dócil, mi madre, recogió las cuartillas, posó la pluma y cerró el tintero.

—Vamos… yo no creo que hay peligro, pero vamos, si te empeñas.

En el piso bajo, al amparo de un fuerte muro maestro, quedamos refugiadas. Eran las seis de la tarde. La cocinera decía que no importaba que se apagase el hogar. Concha Espina me dijo:

—Ve tú y añade en esa lumbre que se apaga algo que te sea fácil, unas ramas, algo de leña menuda. Así «ellos» verán desde el monte que aún existimos.

—¿«Ellos», quién?

Con segurísimo acento, orgullosa y tranquila, Concha Espina dijo:

—Víctor y Luis que bajan con las tropas.

Otras dos ráfagas de ametralladora enemiga contra la casa: y unos golpes dados con la aldaba en el portón; unos golpes que nos resonaron en las venas.

—¿Abrimos? —preguntó alguien.

—Abrid… y que sea lo que Dios quiera.

Lo que Dios quiso fue que Víctor y Luis de la Serna y Espina, rescataran a su madre —y a su hija, Víctor, y a todos nosotros— del cautiverio.

Echaban a correr los rojos; aún antes tuvieron el capricho de ametrallar de nuevo la casa de la Plaza. Les contestaron esta vez los fusiles ametralladores de los hijos de Concha Espina. Se intensificó el tiroteo. La artillería roja abrió un fuego infernal en su huida. Mis hermanos se habían encerrado con su madre en la casa, convertida en prisión acribillada, tomada entre dos fuegos.

El abrazo de Concha Espina a sus hijos en aquel trance carecía de patetismo, ya que el patetismo lo había ella desterrado, hacía mucho, de nuestro modo de ser. Aquellos dos hombres armados que la abrazaban, «cubiertos, hombres y armas de polvo y de ansia», eran sus hijos: y ella, cuando llamaron a la puerta, estaba con augusta serenidad, rezando el Rosario: no pasaba nada.

«Un cuarto de hora más tarde, el pueblo quedaba totalmente en nuestro poder y desenterrábamos las cuartillas de *Retaguardia*, la novela de la guerra, de Concha Espina» —dice Víctor, actor y cronista de aquellas horas que ningún bien nacido puede olvidar.

Capítulo XXI

HEROICO EJEMPLO

Si Concha Espina dio pruebas, a lo largo de su larga vida, del temple extraordinario de su alma, creo yo que cuando la contemplamos más admirable es cuando ella se asegura de que se quedará ciega.

No hace entonces patetismo exterior de su drama interior, sino que trata de resolverlo dentro de sí misma, con la ayuda siempre de Dios. Y con virtudes del cielo y gracia humana de tan subidos quilates, que resultaba difícil, en esta más dura prueba de su vida, dedicar a Concha Espina la compasiva frase: «Pobre, pobre Concha Espina»…

No: ella misma me lo decía en alguna ocasión: la «compasiva gente» que tiene lástima de ella no conoce los resortes de su espíritu, ni tampoco de cómo su alma, «loca de vuelos, sólo en Dios tiene su nido».

Y digo que no fue esta reacción la reacción beata del enfermo o del viejo que se acoge a Dios «en último término». Quizá no añadió mi madre una oración más a las que acostumbraba; no le placían las devociones «al uso»: novenarios, triduos, promesas «a condición». Era la comunión muy frecuente y el amor a la Virgen lo que llenaba su vida sobrenatural.

Para la Virgen fueron sus primeros versos, sus primeras palabras de escritora cuando aún no acertaban a sostener bien la pluma en sus manos de niña. Y todo el camino de su vida lo hará bajo su luz y guarda, para rendirle al fin sus últimas palabras.

Sólo hay una extraña devoción que conserva ahincada en ella desde sus días chilenos: es una exótica estampa del Señor, bajo el nombre de «Jesús de la Buena Esperanza», el «Diosito nuestro» al que clamaba su criada india allá en Valparaíso.

Se duerme cada noche con su hermoso rosario entre las manos. Y con aquel dominio inmenso y delicado que la investía, sigue mandando a todos sus descendientes, que cada noche se duerman con un rosario entre las manos y el corazón también.

Como en la de doña Ascensión Tagle, su madre, en casa de Concha Espina no se conoce la beatería. Y se practica la religión de un modo inflexible, elevado y sumiso.

Recién lograda la liberación de España, hubo alguien que quiso poner «en entredicho» alguno de sus libros, aquellos sin duda de los que Víctor de la Serna advierte «que acusan el profundísimo cristianismo de mi madre…» Pero… «no ha hurtado ella nunca, por remilgos gozmoños, en penetrar en todas las cavernas del alma humana. Pero siempre ha penetrado con la veste arcangélica llena de luz y de gracia, que ilumina las mazmorras como la aparición del ángel. En la obra de mi madre no hay nada feo y no hay nada sucio. Todo lo que en esta obra es fuerte y tremendo va ungido por la gracia, por la piedad y la fe. Concreta y claramente por la fe católica»…

Aquel «alguien» a que aludo, y que puso en entredicho algún libro suyo, estuvo a punto de darle un disgusto. Pero no pudo ser: ella «no se dejó».

—Este asunto se parece —decía uno de mis hermanos, riéndose— al bravo asunto del Cid, cuando «no consintió» que le excomulgaran… Y es que mamá es formidable: siempre tiene razón, razón humana y razón teológica por lo visto… ¡Tremenda!

… Ahora, todos vivimos en San Sebastián: ella, en casa de Víctor. Cada tarde, desde Ondarreta hasta Gros, caminaba yo todo el Paseo de la Concha y me iba a trabajar con ella. Y cada tarde me aseguraba yo de que sus ojos, aún bellos, veían menos.

Para que fuese más hacedero para mí el serle útil con toda la frecuencia posible, vivimos juntas, muy larga temporada, en un mismo hogar, allí en San Sebastián.

Aunque su letra era siempre clara, a menudo juntaba los renglones; y entre las dos inventamos un cartoncillo, especie de regla, sujeta al block de cuartillas con una goma delgada. Iba ella deslizando, según escribía, aquel primitivo invento, imaginemos con qué voluntad y sacrificio.

De modo tan trabajoso, sin quejarse nunca ni aludir apenas a su casi invalidez física, siguió Concha Espina escribiendo. ¿Qué iba a hacer ella con todo lo que le ardía bajo la espaciosa frente, sino darle forma, darle vida, cumpliendo así un mandato divino? La «vocación» la impulsaba y la sostenía, con vehemencia y serenidad.

De entre las muchas amigas buenísimas que tenía, dos, jóvenes y entusiastas, venían con frecuencia a su casa: Matilde Marquina, incomparable: y del brazo de su ilustre padre don Gustavo Gili, se llegaba muy a menudo a visitarla Montserrat Gili, siempre alerta en su devoción a Concha Espina. Montserrat era tan inteligente y dulce como ingeniosa. Y una tarde llegó a casa con una «falsilla» de su invención, para facilitar el trabajo de su amiga.

—¿Quieres que probemos, a ver si te va bien?

Con alegre humildad respondía Concha Espina:

—¡Cómo no, hija mía! Ahora mismo: a ver… dame. Vamos primero a cerrar la puerta, y que no nos interrumpan.

Dispuso por sí misma el block de grandes cuartillas, y el lápiz: Montserrat armó el fácil artilugio y mi madre, con sonrisa seráfica, encontró aquello maravilloso.

Ni un lamento por su invalidez; ni una queja por si con ella causaba incomodidad o no; y no la causaba. Una paciencia santificante desde el primer día en que supo que se quedaba ciega. Paciencia sonriente, no haciéndose pesar sobre los demás. Y uno puede imaginarse —o no puede— qué alto grado de fe y conformidad se necesita para ello.

Porque así herida por voluntad de Dios, siguió el camino de su trabajo, sin vacilar: nadie en el mundo la sostuvo: porque ¿quién sería capaz de ello? Por eso la mano que la guió venía de lo alto; segura estoy.

Y así se estuvo en San Sebastián, trabajando hasta que llegó la liberación de Madrid. En Madrid encuentra su instalación de la calle de Alfonso XII arrasada: todo se lo han llevado (¡vaya por Dios!) y allí no quedan más que los grandes y labrados muebles montañeses, los «compañeros taciturnos» de su vida.

—Claro —comentaba—; pesan tanto estos muebles que no han podido con ellos los hombres del «S. I. M.»… menos mal…

Y pasaba la mano delicada por sobre las tallas, por encima de la mesona que tiene incrustado en su tablero, y a modo de remiendo, un corazón.

Los jefes del «S. I. M.» habían hecho cuartel general en la hermosa casa de Alfonso XII.

Antes de que la falta de vista sea absoluta, le llegan a Concha Espina unos días, muy cortos, de luz.

Mi hermano Luis de la Serna, el hijo menor, pone toda su ciencia de médico —y de investigador— al servicio de nuestra madre. Y ella decide que si hay un porcentaje de posibilidades para recuperar la

vista, aunque sea pequeñísimo, quiere operarse. Su naturaleza es magnífica, su estado general perfecto:

—Me decido a operarme: ¿vamos?

Esa pregunta suya «¿vamos?», que tantas veces me hiciera a mí, es ahora a su hermana Mercedes Espina a quien se la hace. Tiene tía Mercedes una dulzura enérgica y suave, don de gentes, talento y piedad. Y, además, «diplomacia»: tanto que a veces mi madre le decía, a lo largo de su vida, a la hermana menor:

—En esta o en esta otra ocasión, Mercedes, debes «ejercer la carrera»…

Y ya sabíamos que con donaire se refería a la carrera diplomática.

Preguntaba yo, un tanto defraudada:

—¿No voy contigo?

—Ahora, no: tienes cuatro niños pequeños que ni un día pueden estar sin ti. Y con Mercedes voy…

—Vas como con nadie: incomparablemente.

En Barcelona, Barraquer tiene un éxito en la arriesgada operación. Y Concha Espina vuelve a Madrid a tiempo de vernos; de «mirarnos» claramente de nuevo; de conocer a los nietos que han ido llegando a los hogares de los hijos; de orientarse en las habitaciones renovadas; hasta de elegir el color de las tapicerías y la colocación de los muebles. Y también de anotar en un gran sobre, con letra muy clara: «Recortes de la Liberación»; y de escribir sin «falsilla». Y de repetir una frase que le oímos mil veces, al ver a sus hijos menos a uno:

—Falta Ramón…

Ramón, el hijo de sus preocupaciones, resguardado de las crueldades de la guerra por su condición de chileno, se había despedido de mi madre precisamente en la clínica de Barraquer; en Chile vuelve a encontrar más fácilmente sus hábitos de pensador, de trabajo y de estudio.

Aquella luz que le sirvió a Concha Espina para ver las ruinas de España y su resurrección le duró muy poco tiempo.

Y volvió a quedarse en la tiniebla, la «tiniebla encendida». Nada le había quedado al acabarse la guerra: ni ediciones, ni sus libros traducidos, ni ropas, ni muebles, ni esas mil cosas selectas que a ella, tan amante de un hogar hermoso, tanto le gustaban. Pero nos tenía a todos, y, prescindiendo con regia generosidad del origen de su ceguera, decía:

—Sería un pecado, pero pecado mortal «de necesidad», que nos quejáramos. Un milagro es que vivamos todos. Pues a dar gracias a Dios y a seguir la vida.

Sus hijos nos desvivíamos en torno suyo:

—¿Dónde y con quién de nosotros estará mamá mejor? —decíamos.

Luis se adelantó, para obligarnos:

—Yo la necesito.

Víctor y yo asentíamos, convencidos bajo otro punto de vista:

—Sí, contigo estará bien.

Corregía Luis:

—No: yo con ella.

Pensábamos en que los crecidos años de nuestra madre requerían los maravillosos cuidados de Luis. Cierto que alguna vez, casi alarmados por su fortaleza, le consultábamos:

—¿No necesitará nada… por ejemplo, que la vea «un médico»?…

Luis sonreía. Es que siempre se le olvida a uno que un hermano, un padre, un hijo, sea un gran médico. Así, nuestra pregunta era un despiste de los nuestros, ya que todos nosotros tenemos en Luis de la Serna más fe que en nadie.

—Os digo que mamá tiene una naturaleza casi incomprensible a sus años. Podéis estar tranquilos: yo la vigilo constantemente. Algunas noches me levanto inquieto, pensando que está bajo mi guarda. Me acerco a su gabinete y la siento dormir y respirar como

si tuviese veinte años. Come, pasea, trabaja, madruga, recibe visitas, se ocupa de la casa, de todos nosotros… ¡incomprensible!

Decía yo con envidia:

—Ninguno salimos a ella:

—Víctor, tú sí.

—¡Qué va!…

—Calla… ¿la sientes venir?

Es que nuestra madre adivinaba el conciliábulo fraterno, y se acercaba al despacho de Luis, suave el paso sobre las alfombras, sin tropezar, a tientas y segura hacia la voz entrañable de sus hijos.

—¿Qué hacéis aquí hablando tanto…? Me habéis dejado sola. Víctor y Fina venían a estar conmigo. O venís o me pongo a trabajar…

—Madre; es que estábamos criticando un poco.

—¡Ah! pues eso es divertido… no faltando a la caridad, ¿eh?

—¿Verdad que sí? —la tomaba Víctor del brazo y la hacía sentar a su lado.

—Ven… verás: voy a contarte lo que pasó ayer en el *cocktail* de…

Y Víctor le contaba muchas cosas curiosas de la *Corte de los Milagros*.

Nuestra madre se divertía mucho con los giros de donaire y broma que le daba Víctor a mil pequeñeces cortesanas, literarias, sociales. A veces ella, muy sonreída, decía:

—¡Qué exagerado eres, hijo, no será tanto!

Aumentaba él los grados de diversión en su relato, siempre auténtico y veraz; quizá nosotros le veíamos, sí, desmesurado en el aspecto cómico, por aquel sentido del ridículo, que como buenos montañeses tenemos aguzado.

—Que te aseguro que sí, madre… que es tal y como te lo cuento.

Estas tertulias, cortas y sabrosas, de una madre y tres hijos, se deshacían como la sal en el agua si empezaban a llegar visitas, aunque fueran de buenísimos amigos muy queridos. A nosotros nos interesaba el diálogo con ella: nada más.

Poco a poco se acabó para ella en absoluto la luz del mundo. Y entonces, cuando ya estuvo a oscuras por completo, se revistió de una serenidad tremenda: esa serenidad con que está retratada en el lienzo del pintor Espinosa, retrato en el que su apostura dignísima se acrecienta con la humildad y señorío con que sostiene un lápiz y una «falsilla»: para poder seguir trabajando.

Y trabajando así dio a la luz de las letras diez libros más, en sus últimos años: alguno de ellos, como si se propusiera vencer lo invencible, necesitados de documentación y de datos numerosos y difíciles: así *Casilda de Toledo* (vida de Santa Casilda), y *El grande y secreto amor de Antonio Machado*, con epistolario inédito; y *Una novela de amor*, en el que también existe un inédito epistolario de amor, nada menos que de Marcelino Menéndez y Pelayo.

Y aún quedó «en preparación» otra novela. *Los ojos del puente*, que como una joya guardo yo.

Sus traductores habían vuelto a ponerse en contacto con ella. Llegaron noticias de Suecia. *No le* daban el Premio Nobel. Otra mujer antiespañola y que se valía del castellano para escribir bellamente, se alzaba con el Premio. ¿Secreto? El traductor de la dama era tan maravilloso traductor que había superado el original… Mientras el presidente del Comité Nobel decía noblemente:

—Sólo estas tres cuartillas de Concha Espina merecen el Premio Nobel —y mostraba sobre su mesa, con disgusto y admiración, una «Pastorela» cincelada, llena de aquel contenido espiritual que Nobel deseaba para sus Premios—. La «Pastorela» se titula *En propia mano*, y es tan lisa y pura, tan difícilmente sencilla, que conmovió a esa sensible, admirable gente norteuropea.

—¡Vaya por Dios!… Vamos, vamos a seguir trabajando.

Sus secretarias —tres rendía últimamente—, no daban abasto. Estaba siempre al tanto de la nueva literatura; y hacía agudísimas críticas de cada libro que le leían.

—La novela de esta chica —aludía a una de mucho éxito—, es magnífica; tan buena, que no sé, me parece que tardará mucho en

hacer otra de tal categoría.

—Aquí te mandan un libro de versos: son de…

—Lee un poco: a ver si merece la pena.

Se oía la voz de la lectora de turno. Se detenía unos instantes:

—Sigue: son espléndidos.

Si eran buenos de verdad los libros, quería seguir escuchando siempre. Si eran mediocres o malos, los rechazaba hasta con su poquito de enfado:

—¿Por qué perderán el tiempo, Dios mío, en escribir?

El «pleito» de la Real Academia de la Lengua no la perturbaba lo más mínimo:

—¿Que no quieren esos señores que yo sea académica?… Bueno: pues peor para ellos: sobre todo, para algunos. Porque algunos hay que ¡válgame Dios!…

Con el teléfono sobre su mesa, contestaba personalmente a cada llamada: era un lazo tendido desde su alto gabinete con toda la vida interesante de Madrid. Y, en primer lugar, con su familia.

Sus desvelos por los hijos nacían en cuanto se despertaba: y se dormía con un último «buenas noches, madre», o «buenas noches, Madrina», que desde nuestras casas le llegaba.

Sabía cómo eran de altos sus nietos, y si las niñas que ya gentileaban en mujercitas estaban o no demasiado delgadas. Llamaba preguntando por la tos o las anginas de los biznietos; y, seguidamente, ordenaba la exacta pulcritud del «epistolario de amor» de Menéndez y Pelayo; y siempre la pulcritud exacta de su prosa. Corregía por sí misma las pruebas de sus libros; nadie ordenaba su armario que ella no fuese… «Despachaba» con la cocinera como antaño con Julia de los Ríos; disponía los menús… escribía *Un valle en el mar*. Incomprensible, al menos para mí.

Cada verano —como casi todos los de su vida— llegaba Concha Espina a Luzmela. La traía amorosamente Luis, y me la entregaba como un tesoro.

—Y dime: ¿no me dejas ninguna receta, alguna previsión por si se pusiera mal?… Mira que aquí, entre montañas, tan aislados, me da miedo.

—Nada, hermana: únicamente que nunca pase frío: nada más. Da lástima que tome medicinas, ni molestarla con ningún tratamiento… ¡Si está mejor que tú y que yo!

Mientras Luis y yo hablábamos aquellos minutos, ya mi madre había entrado en su vieja casa, la «casa de la plaza», y había saludado al servicio, que fue siempre antiguo y fiel.

También era menester saludar allí mismo a una pareja de la Guardia Civil, de dos que le daban escolta todo el tiempo que ella residía en Luzmela. Región aquella de «maquis», alterada a veces por un tal «Juanín», no querían los caballeros que ordenan el orden de España, que Concha Espina viviese inquieta sus días de paz en Luzmela: y dos parejas de guardias le hacían la ronda a la casa todo el verano, guardadores fidelísimos de Concha Espina.

Ya estaban allí sus nietas, que habían llegado volando desde el jardín: Paloma y Carmen, la primera, ídolo de su Madrina, y la segunda muy prendada de ella. Así, del brazo de las dos chiquillas entraba, y se iba derecha antes que nada al oratorio, a saludar a su Patrona, la Reina de la casa, la Inmaculada Concepción.

Había hecho un viaje de seis horas desde Madrid, en pleno calor. Pero sin sentarse, después únicamente de haberse hincado ante la Virgen, subía a su habitación y reclamaba su equipaje. A ver: la maleta de los papeles lo primero. Por su propia mano, levemente auxiliada por alguna de nosotras, los iba colocando con exactitud y primor maravillosos:

—Aquí, la carpeta de las cartas que hay que contestar…; aquí, a la izquierda del cajón de la izquierda, el papel de escribir, el de hacer copias, el impreso también. Y en el pupitre, muy a mano, lo que estoy trabajando; y la «falsilla»… Vamos a ver.

Iba, con mucho tino, a tocar cada cosa en su sitio. Poco tardaba en tener ordenado su material de trabajo, porque ordenado lo traía

en sus maletas. Y su ropero, de breve finura, tampoco le llevaba mucho tiempo.

—¿Dormirás la siesta?

—No, por cierto. Si hay buen baño, muy caliente, me bañaré, y después acabo de ordenar algo que aún no está a mi gusto.

Había buen baño, muy caliente. Y al poco rato salía de él mi madre, sola, resplandeciente, para acabar de arreglarse, sola también, en su habitación.

Si hacía un tiempo hermoso, comíamos en el jardín.

Ya en la sobremesa, si callábamos porque «pasaba un ángel», ella decía:

—Se oye el ruido del mar.

Con su agudísimo oído también lo escuchaba Regino Sainz de la Maza, que comentaba como quien descubre algo maravilloso:

—¡Es verdad!… No había yo comprendido qué ruido era ése, que es como ninguno y que se oye sólo en ciertos días:

—Pues escucha: hoy llega muy bien… será que me manda un saludo.

—Eso es —comentaba yo—. ¿Y dime, de verdad, madre, no vas a descansar un poco del viaje?

—Si no estoy cansada: si estoy disfrutando de este aire limpio. Huelen las madreselvas que es una gloria: se oyen muchos pájaros… ¿hay rosas?… —Y concretaba su gozo de vivir en su gloriosa ancianidad, en una frase lisa y bella—: Ya estoy en Luzmela… se está bien aquí, gracias a Dios.

Aquella misma tarde de su llegada —año por año—, Concha Espina, tal como la vemos en el retrato de Espinosa, requería lápiz y falsilla: para seguir trabajando.

Por todas estas cosas no era extraño, sino naturalísimo y justo, que cualquier día la frondosa aldea llena de silencio, se alterase jubilosa porque llegaban muchos coches, «mucho señorío». Habían

lanzado cohetes y las autoridades del pueblo, muy en su punto, aguardaban a ver en qué paraba todo aquello.

Y es que llegaba un Ministro, un Director General, otro Ministro; llegaban Gobernadores y Presidentes de Diputación; y llegaban poetas, escritores, académicos; y una vez, también dos enormes autobuses con mineros.

El caballero más ilustre en cada ocasión, se dirigía a la casa. En la sala aquella donde Conchita Espina, ochenta y tantos años antes, escuchara lecciones de vida, de honor y de hermosura de labios de su madre, recibía ahora el homenaje oficial. La Gran Cruz de Alfonso el Sabio se la traía Ibáñez Martín.

Como la casa de Luzmela tiene siempre las puertas abiertas y como el vecindario la considera «cosa suya», para aquella hora ya habían invadido el jardín.

—Ángel —decíamos al criado— no deje entrar a los chiquillos; van a estropear las plantas.

—Es que no puedo con ellos; se me cuelan talmente como si fueran pájaros.

Y es que Ángel, camarero y jardinero todo en una pieza, era amigo de los chiquillos del pueblo, y a todos los dejaba pasar, bondadoso y pasmado.

¡Y cuánto le gustaba a la gente de Luzmela entrar en la casa y en el jardín para estar muy cerca de Concha Espina! Era una especie de «allanamiento cordial» incontenible. No estaban avisados, no había preparación alguna: pero llegaban todos «mudados», guapas las chicas y bien compuestas, muy correctos, un poco solemnes, los mozos, los hombres y las mujeres del pueblo.

Concha Espina, desde su estrado percibía la escena: y con su enorme bondad indicaba:

—Sería mejor que bajásemos al jardín: así participan todos de este homenaje…

Del brazo de un Ministro, y del brazo de un hijo o de un nieto, se llegaba Concha Espina hasta una mesa de piedra, en un trivio del

jardín; crujían los senderillos, plateados de grija finísima. El pueblo estaba de nuevo callado, emocionado por la querida aparición de Concha Espina. Sobre la mesa de piedra se abría un estuche de piel. El caballero de turno alzaba en sus manos una banda y se la ceñía a Concha Espina. Había un discurso, siempre conmovido y siempre hermoso: en él se venía a decir que Concha Espina merecía «aquello y más». La gente del pueblo asentía en silencio:

—¡Pues ya lo creo que sí!

Concha Espina contestaba al discurso con pocas palabras, siempre de gratitud. De mucha gratitud porque ella sabía que, además de la banda, la condecoración y el homenaje, devenía un bien para el pueblo de Luzmela; porque siempre el caballero de turno preguntaba:

—¿Qué quisiera usted, Concha, en recuerdo de este día?

Mi madre no se andaba por las ramas:

—¡Ah!… Pues quiero muchas cosas. Quiero, para Luzmela, agua, alcantarillado, más escuelas. Quiero antes que nada que ayuden a la reconstrucción de la iglesia incendiada. Quiero… quiero… ¿Qué más? Que tengan teléfono, que la Guardia Civil esté aquí fija, siempre, no sólo para mí.

El «memorial» de Concha Espina en favor de Luzmela no se acababa nunca. El caballero ministro decía a todo que sí. Por eso, «ausente» ella, aún vela por el bienestar de la aldea.

Cuando José Antonio Girón le llevó a Concha Espina la «Medalla de Oro del Trabajo», al breve y sustancioso discurso explicado en el jardín, ante un auditorio de mineros, intelectuales, pastores y aldeanos, poetas y amigos, contestó Concha Espina con inesperadas palabras, nada corrientes en ocasiones parecidas.

Porque dijo que, de todos los homenajes y condecoraciones recibidas, aquella «Medalla del Trabajo», si agradecida infinitamente, infinitamente la merecía. Y como dijo una verdad como un templo, se quedó después serena, sonriente, acariciando a oscuras la preciosa Medalla, erguido el busto y la cabeza noble, de pie bajo un

cedro de su jardín. José Antonio Girón le besaba las manos bastante conmovido, muy contento de haber acertado con la justicia.

Me acerqué a mi madre, que me llamaba:

—Fina: hay mucha gente, ¿no? Cuida de que no rompan ninguna planta de boj, ninguna quima de rosal…

Y aunque parecía imposible que cientos de personas —incluidos los niños— hubiesen campado por sus respetos, lo cierto es que tenía que decirle a mi madre:

—Todo está en orden: ni una rama fuera de su sitio.

Ya se marchaba «el señorío», ya el pueblo desfilaba fuera de la casa y del jardín.

Concha Espina, segura de que todo se había ordenado armoniosamente, sin estridencias, con austeridad, se retiraba para guardar el regalo oficial en su armario.

—¿No estás cansada?

—Nada cansada: estoy contenta porque el pueblo tendrá alguna de las muchas cosas que necesita. ¡Un lugar del mundo, tan hermoso y tan pobre… no puede ser! Necesitan agua, la iglesia decorosa; necesitamos un Sagrario; y teléfono, y la carretera arreglada. ¡Cuántas cosas, Dios mío, necesitan!

Hacía nuestra madre, ya en familia, un recuento de los bienes que podía traer a Luzmela. Y fue para ella una alegría cada vez que alguno se realizaba.

Por eso Luzmela —si ya lo era en la Historia, en la historia de Castilla— es para nosotros lugar de inefables memorias.

La «canción eterna» del río Saja, manso en el estiaje, furioso en las crecidas del invierno, se junta a la voz perseverante de Concha Espina, que nunca ha dejado de cantar —¿no lo oís?—, en el más puro castellano y con el más caliente amor, hermosura tanta y tanta paz.

Capítulo XXII

ÚLTIMOS AÑOS DE CONCHA ESPINA.
LA HORA DE DIOS

Ahora que Concha Espina tiene crecidos los años; ahora que tiene el pelo casi blanco y que está ciega, ¿es Concha Espina una anciana?

La vemos pasear por el Retiro, muchas veces, del brazo de Paloma. Va erguida, lleva el paso ágil y rápido, y apenas su brazo firme se apoya, muy poco, en el firme brazo primaveral de la nieta preferida. El paso de las dos alza un revuelo de curiosidad. Si la chiquilla es hermosa, la señora que va a su lado, y a quien ella apenas guía, tiene un encanto misterioso y un atractivo indecible. No son los restos de una gran belleza. Es un halo que trasciende su vida interior. Hablan muy animadamente la Madrina y su nieta. Siempre

tiene la señora mucho que aconsejar, algo que sugerir, preguntas que hacer.

Pasean por el Parque, frente a la casa de la calle de Alfonso XII, 32. Y pronto se hacen conocer porque hay muy pronto quien pregunta:

—¿Quién es esta señora?

Y hay fácilmente quien responde:

—Doña Concha Espina… va con una de sus nietas.

Y a menudo, gente de la más diversa condición realiza en Madrid cada mañana una especie de peregrinaje romántico. Son caballeros o señoras, hombres y mujeres que buscan, en su paseo de la mañana «el paseo de Concha Espina», en los alrededores del parterre del Retiro: se hacen los encontradizos, e infinitas veces sucedió que al pasar junto a ella un hombre se destocara cortésmente:

—Madrina: ha pasado un señor y te ha saludado.

—¡Como no veo!… ¿Le conocemos?

—Yo, no, Madrina.

Podía ser un duque, podía ser un comerciante o un artista: era igual. Lo extraño era la frecuencia con que la pequeña anécdota, tan llena de contenido, sucedía: el saludo de un hombre de España a la dama que no le veía: máxima reverencia y aquilatada finura. En estos casos, la cabeza rubia de Paloma se movía suavemente en respuesta al homenaje que tan rendidamente dedicaban a Concha Espina.

Los guardas del Parque saludan a su vez cuando la señora entra o sale, siempre por la puerta de la calle de Alfonso XII. Tan populares se hacen estos paseos que alguien que quiere un autógrafo o simplemente que desea saludar a mi madre, se dirige delicadamente a la pareja.

Avisaba Paloma:

—Madrina, esta señora que te saluda… Madrina, este señor…

Y se entabla un diálogo cordial entre Concha Espina y el admirador desconocido:

—¿Me permite usted que bese sus manos, señora?

Y la mano pequeña se tiende, a pleno sol de Madrid, a tientas y serena hacia las manos entusiastas que la esperan.

En otras ocasiones era una señora, que tímidamente aguardaba. Se dirigía a Paloma:

—¿Doña Concha Espina, verdad?

—Sí…

Y otro conocimiento cordial venía a jalonar los paseos de mi madre Retiro adelante, casi siempre por los mismos lugares, a tal punto que mucha gente llama «Paseo de Concha Espina» a aquellos senderos del Parque de Madrid.

Cuando se disponía a cruzar la ancha calle de Alfonso XII, frente al portal, era seguro que los guardias en él vigilantes —porque allí vive, y sea por muchos años, don Esteban Bilbao— hacían parar la circulación unos momentos, y acompañaban con la mirada el paso de la señora. Estoy segura de que el Regente del Reino estaba de acuerdo con su escolta en aquel gesto tan galante como misericordioso. Vecinos en el mismo edificio, no pasó por la casa de mi madre alegría o dolor que tan ilustre amigo no compartiese.

Alguna vez era pintoresco el conocimiento hecho por Concha Espina: una mujer, modesta y decidida, simpática y agradable, se le acerca:

—Señora, usted *no tendrá el gusto de conocerme* —se explicaba trabucando los términos, con esa viva elocuencia simpática, a veces de sainete, del buen pueblo de Madrid.

Mi madre sonreía:

—No, hija «no tengo ese gusto»: ¿quién es usted?

Importante y ufana, la mujer explicaba, nada menos:

—Yo soy «la que cuida los gatos» del Retiro…

—¡Ah!… Pues eso es muy interesante —ponderaba mi madre con inagotable bondad y paciencia.

—Sí, señora; y me alegro de que usted «lo reconozca». Me dan mucho quehacer; pero los pobrecitos «no tienen a nadie en el mundo»…

—Claro, claro; pobres gatos.

Y se quedaba el diálogo en el aire, por falta de consistencia: los gatos no le interesaban mucho a Concha Espina. Pero la fina mano de la escritora se tendía, hacia la mujer de la «gatomaquia».

—Adiós, adiós… Buenos días: y que no le den tanto trabajo los gatos.

—Buenas tardes, doña Concha… —saludaba otra mujer—, «la mujer de los caramelos» que vendía su mercancía barata en una de las puertas del Retiro:

—Buenas tardes…

—Quería consultarle una cosa.

—Dígame…

—Es que mi niña, ¿sabe usted?, que tiene ocho años, ya me junta la *e* con la *a…* Vamos, que ya sabe las letras que se pronuncian «con la boca».

—¿Cómo?

—Sí, señora; las vocales.

—¡Ah!… claro, claro, está muy bien.

—Y que yo quisiera que me la diera alguien lección.

—Pues le vamos a buscar una profesora.

Mi madre oprimía el brazo infantil de Paloma.

—Mándemela a casa.

Y Paloma se erigía —con bastante paciencia también— en profesora de la niñuca de «la mujer de los caramelos».

Si no nevaba o llovía, todas las mañanas salía Concha Espina a pasear: si había ido a misa y a comulgar a los Jerónimos, difería el paseo hasta la primera hora de la tarde.

Para asegurarse, en los inviernos, de si el sol había podido más que la helada, tocaba con la palma de la mano el cristal de sus balcones:

—Hace mucho frío… A ver, ¿qué temperatura dice *ABC*?:

—Seis grados.

—¿Veis? Un frío tremendo. Comunícame con Josefina, para que los niños salgan bien abrigados y ella no abra todos los balcones y ventanas de su casa, como tiene por costumbre.

Llamaba a casa de Víctor:

—¿Tenéis buena calefacción? Cuidado; mirad que en una casa tan grande es fácil coger una pulmonía…

—Sí, Concha —respondía una voz armoniosa— tengo cuidado; ya sabes que soy muy friolera. ¿Y tú, vas a salir?

—¡Cómo no! Si no llueve, salgo siempre.

—Te admiro… Aquí está Víctor.

—Buenos días, madre: Oye… ¿has leído el artículo de anoche en «XX», de Fulano?

—Sí; un disparate. Y le gana el de hoy, de Fulanito. En cambio, el editorial de ayer en «X», era…

—Bueno, madre: no sigas. Mira que cuelgo.

—Pues cuelga, hijo; pero el artículo era estupendo; ya lo he recortado y está guardado con otros en un sobre muy curioso.

—¡Mira que guardar esas cosas!

—Ya sé lo que hago.

—Bueno, bueno… —la voz del hijo sonaba halagada, una voz que ella adivinaba sonriente a través del teléfono—: pues hasta luego, madre; me voy al periódico.

—Adiós…

Antes y después de sus paseos, mi madre trabajaba, ordenando primero la dirección de la casa. Toda la mañana y la tarde, trabajaba; hasta las 7. A partir de esa hora recibía.

Es curioso saber que siquiera la mitad de sus amistades la componían gente joven. Renacía ella al lado de la eterna juventud, y la juventud se sentía atraída hacia aquella señora de muchos años y que tenía la voz joven, el pelo joven, la tez viva, el ademán gentil, el talle erguido.

Muchas veces le pedían hora para hablar a solas con ella: jamás se negó, aunque no conociese al consultante. Cuanto más avanzaba en la vida, más claro tenía en el corazón el recuerdo de su madre, y sabía que hay muchos medios de ejercer la gran virtud.

Como si se hubiesen dado cita los hombres que gobernaban España, todos atendían siempre, en primerísimo lugar, una petición de Concha Espina: que era, *siempre* en favor de alguien que sufría.

—Hay que salvar esta vida tan joven, tan prometedora —y se salvaba—. Hay que sacar de la cárcel a éste o aquél, porque *yo sé* que puede rehacer su vida con honra. —Y salía de la cárcel su patrocinado—. Hay que buscar en un campo de concentración a esta o aquella persona: —se la buscaba, y muchas veces, se la encontraba.

Si esto daba a mi madre mucho quehacer, le daba, asimismo, la satisfacción de «hacer el bien».

¡Ah, Señor, que en esto no desperdició momento, ocasión ni resquicio! Podía, humanamente, equivocarse, o más bien dejarse engañar: en casos así, no desfallecía, sino que añadiendo a sus acciones un castellanísimo «… y no mires a quién», seguía en sus trece en el camino de la caridad, «velando» así su vida cada día más.

Cuando un hecho malévolo se movía cerca de ella, no vacilaba en «trabarse de palabras» con su autor. Si le decíamos «eso se desprecia, no hagas caso» comentaba siempre:

—Primero se le hace caso, se condena dentro de nuestra limitación; después viene, si no el desprecio, que es palabra para muy mirada, el «no aprecio»: nada más.

Dueña de un soberano control sobre sus apreciaciones y su pensamiento, no soltaba prenda muchas veces: callaba. Pero dejó en cientos de sus páginas la voz de aquellos silencios.

De entre sus amigas extraordinarias hay que citar aquí a la que ya es una sombra «en la otra orilla»: «Guiomar», el grande y secreto amor de Antonio Machado.

—… Y te traigo estas cartas de *él…* ¿quieres que te las lea?

La hermosa voz de contralto de «Guiomar» desplegaba las inefables cartas de amor del poeta.

—Y si tú las quieres, para hacer uso de ellas, yo te las doy; pero sólo en tus manos. ¡Toma!

Atónita Concha Espina se encontró, como por milagro, con un tesoro entre las manos. Eran las cartas y era un soneto, una rima soberana, joya de la poesía española, cuya copia con otros tesoros de esta categoría altísima, guardo yo. El soneto nadie lo conoce; está bien así, guardado entre tres corazones de mujer: «Guiomar», mi madre y yo.

Para hacer las fotocopias de aquellas cartas de amor, tomó mi madre más precauciones que si se tratara de un secreto «asunto de Estado». Después de hechas las copias, las cartas volvieron a poder de su dueña, y con ella han desaparecido…

Por sorprendente camino llegaron, asimismo, a su poder las cartas de Menéndez y Pelayo a su novia; las cartas juveniles «de Marcelino a Conchita». También con amplios poderes de su dueña.

Así pudo Concha Espina revivir el amor de dos genios de España, en dos libros siempre de actualidad: *El grande y secreto amor de Antonio Machado* y *Una novela de amor*.

El mundillo literario, el de las tertulias, de los premios y de las críticas, lo sabía de memoria; pero sólo como un entretenimiento y diversión dentro de sus jornadas de escritora y de matriarca.

Ya he dicho que un coro de gente joven la rodeaba a menudo; y muchas chicas la llamaban «Conchita», como una negación a los muchos años de mi madre.

—Conchita —decía una voz llena de vibraciones, una voz bastante parecida a aquella alta voz de Matilde de la Torre— Conchita: hoy te traigo muchísimas noticias, ¡una barbaridad de cosas que contarte!

Posaba Concha Espina el lápiz despacio y con fijeza, bien colocado en la falsilla. Y atendía divertida a los inevitables líos

—¡tantos líos, Señor!— literarios. Si la tertulia se alborotaba un poco más de la cuenta, mi madre ponía coto a alguna voz murmuradora; en cuyo caso la voz callaba, dominada por un leve gesto de Concha Espina.

—Bueno; dejadlo ya… que cada uno siga su camino, y en paz.

Es curioso leer en alguna de sus últimas novelas como, por ejemplo, *El más fuerte*, con qué facilidad se adapta Concha Espina, en los diálogos, naturalmente, a los modos y modas de hablar actuales: es como si ella participase de la joven vida de hoy, no siempre ejemplar. Así su obra estaba siempre fuera de lo arcaizante, cerca de la vida.

Asimismo, su memoria visual se volvió asombrosa. Singularmente el paisaje de su amado Santander lo llevaba vivo en las pupilas muertas. *Un valle en el mar* creo que no tiene un fallo en el paisaje, en los nombres y colocación de las montañas, playas, cantiles, faros, rompientes. Alguna vez, una duda pequeña; llamaba a Víctor para consultarle. Y Víctor —este santanderino de Chile y de Madrid— le respondía:

—¡Pero si lo recuerdas tú mejor que yo! Es así, sí, tal como tú dices.

Este renacimiento y vigor de sus potencias del alma le producían una alegría justa y hasta una energía física envidiable.

Memoria. Entendimiento. Voluntad. Dios la había dotado con divina generosidad de estos tres grandes poderes del espíritu, y de verdad que ellos la iluminaron hasta la aurora, hasta la aurora de su muerte.

Ahora que es la primavera del año 1955, Concha Espina ha cumplido en el mes de abril 86 años. Trabaja con más intensidad que nunca. Rinde tres secretarias. A veces dice:

—Tengo *aquí* —la mano pequeña señalaba su frente—… un libro que sería estupendo. En cuanto despache unas colaboraciones y acabe la corrección de pruebas de las «Obras Completas», lo haré, si Dios quiere.

«Si Dios quiere»…

Hasta este momento, hasta llegar a estas líneas, ha sido para mí un puro goce contar la vida de mi madre. ¿Y sus trabajos y sus angustias? También: ellos fueron el crisol donde un espíritu excepcional se aquilataba.

He hablado, como quería un amigo suyo, de *la escritora, la mujer modesta y heroica, la madre…*

He explicado sin llegar a explicármelo, «su férrea voluntad, la sensibilidad febril, la maravillosa constancia en el esfuerzo y en el levantado anhelo, en la fecundidad, en la paternal maternidad de la carne y del espíritu»: lo he explicado, como su amigo pedía.

He hablado mucho, muchísimo de sus hijos; porque sus hijos éramos «su vida»; y ésta, que torpemente escribo, es «la vida de Concha Espina». También era su vida su vocación, y de ella he contado largamente, desde el día que doña Ascensión Tagle sorprendió a Conchita Espina con la frente pegada a los cristales del mirador santanderino, hasta el momento en que dice, ochenta años más tarde: «Tengo *aquí* —la mano pequeña señalaba su frente— un libro que sería estupendo… si Dios quiere».

En este punto, al llegar el luminoso, glorioso día de la Ascensión del Señor, un 19 de mayo de 1955, yo no atinaría a contar su muerte. Sería demasiado que el lector me lo exigiera.

No lo digo yo; quien puede lo dice, que su agonía fue ejemplar; que estuvo muy poco tiempo enferma; que en la hora de morir estábamos todos con ella y que, como a ella le gustaba, tres niñas de su sangre, buenas y hermosas, le hacían coro en primer término rodeando su sillón donde aún se erguía. Las tres niñas eran Marilís de la Serna y Répide, y Paloma y Carmen Sáinz de la Maza y de la Serna.

Sé que al día siguiente las campanas de media cristiandad tocaron a duelo por ella; y que bajo una auténtica catarata de rosas

—la flor que más quería—, bajo el sol de su amado Madrid, se la llevaron seguida de miles de personas.

… Para decir un poco de su muerte —muerte «que a vida eterna sabe»— tengo que pedir prestada la pluma de algún ilustre compañero: así el editorial de *ABC*, que decía:

"Doña Concha Espina y Tagle, esta señora de verdad y la mayor escritora española de nuestro tiempo, murió ayer, mientras declinaba la tarde radiante de mayo, y al pie de los balcones por donde entró la muerte cantaban en el Retiro las niñas de Madrid. Le arrullaba la poesía en que nació y había vivido. Le circundaba la enamorada luz que fue la suya.

"De todo vio colmada su vida y también de dolor, porque sin él no hay vida completa ni colmada. Tuvo genio, estirpe, hermosura, universal renombre, virtud antigua, vida moderna, fecundísima obra, puro y ardiente corazón para amar, para sufrir, para creer con un alma católica, liberal y piadosa, con una caridad a la manera de la de San Francisco de Asís, que no quiere bóveda de capilla ninguna; sino la bóveda del cielo".

"Deja un plúteo de libros de creación suya, escritos por su mano, traducidos, de Lisboa a Moscú, a todos los idiomas de Europa; y deja también una prole nacida de sus entrañas de mujer, formada de hijos, nietos y biznietos, en ya largo linaje, en donde los hombres saben hacerse conocer por el esfuerzo y el ingenio —y algunos han alcanzado ya la fama— y donde las mujeres heredan la belleza y la línea espiritual de una "mater familias"" gloriosa.

"Porque ésta sí que es, por los cuatro costados, una gran española de temple de heroína.

"No es igual, de ninguna manera es igual, ser la eximia escritora de un modo o de otro modo. No es igual. En España, menos que en ningún otro país del mundo. No es lo mismo como George Sand y Colette Willy, o como doña Concha Espina y Tagle.

"En todo la vida y la obra de Concha Espina resplandece aquello que tan desesperadamente y con tan grave riesgo para el mundo pugnan por destruir; puestas a flor de superficie, todas las faunas abisales de Europa: el estilo noble.

"Lo que más nos consuela, ante la muerte de quien alcanzó la gloria humana, es que también nos deje con su obra y su vida un ejemplo total. Esta hidalga niña de Luzmela, esta grande y luminosa española, hasta el último soplo de su vida se mantuvo fiel al lema de su casa:

«VELAR SE DEBE LA VIDA DE TAL SUERTE,
QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE»

"Para ella estaba escrito. Cerró los ojos ciegos en una gran paz, para ver con la primera claridad de la otra vida la primavera eterna.

"Hasta ese último instante, ella montó la guardia del espíritu, aun en la noche de su ceguera corporal, con voluntad heroica, derecha y vigilante. Ella montó la guardia hasta la aurora…"

Y ahora, con el permiso del insigne Padre Félix García, digo las últimas palabras que yo no podría ni sabría decir:

"Acabo de presenciar, bajo el dolor y las lágrimas sin nombre y sin número de los suyos, y entre las jaculatorias y oraciones transidas de piedad de la liturgia cristiana, la partida definitiva de esta mujer extraordinaria. Ha sido la agonía de un alma justa, penetrada de fe, encendida de esperanza. ¡Qué avidez de luz, Señor, en esta ciega admirable, que tanto supo ver y adivinar! Concha Espina ha muerto con la serenidad del alma que emprende el vuelo seguro hacia la región de la luz perpetua. ¡Con qué unción, con qué ávida ternura recogía las palabras prometedoras de la luz y de la paz del Señor!

"La agonía la sorprendió iniciando la señal de la santa Cruz sobre su frente, con aquella mano trémula, tan delicada, que escribió tantas páginas inmortales; y la mano quedó suspensa en el aire, como un pájaro moribundo, sin concluirla, para terminarla dichosamente al lado de allá, a la otra banda, bajo la misericordia y el acogimiento de Dios. Concha Espina ha muerto con la muerte merecida de los justos: ha muerto de su propia muerte, la que correspondía a aquella vida ejemplar, ganada día a día en una continuada tensión espiritual, quemada en una pura combustión: ha muerto como una iluminada, en la cruz de su dolor, con la conciencia de su sacrificio, y con el presentimiento confiado de que Dios estaba a la vista, de que le iba al encuentro. No podía faltarle a su muerte el signo marinero. Al cabo de tantas navegaciones ha entrado en seguro puerto bajo la mirada de Dios. Sus palabras últimas tenían un acento sincopado de inmensa ternura. Presentía el recobro maravilloso de su vista: "¡Ahora sí que voy a ver —me dijo

sobreponiéndose a su agonía— para no cegar más!" Yo no he visto una energía más extraordinaria unida a una delicadeza más extremada, a una sensibilidad más prodigiosa.

"La leyenda, magnífico mote heráldico que orla el blasonado escudo de Concha Espina, es la revelación epigráfica más reveladora de aquella vida entrañada apasionadamente con su obra: "Velar se debe a la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte". Concha Espina convirtió en realidad lograda y gloriosa la exigencia de ese aforismo, tan castellano y tan noble, que blasona alguna portalada montañesa. Y quien adoptó por lema de su vida y de su pensamiento tan bella y ardua sentencia, sabía bien que podía adoptarla con responsabilidad humilde, y también con arrogancia, que no es soberbia ni elación, sino conciencia de que su vida había sido eso: una continuada y exigida vigilia de su arte —el suyo, personalísimo—, para sorprender la belleza que nace cada día con el sol bueno de Dios; un alerta lúcido de su espíritu —manantial que no cesaba— entregado a su obra tensa de creación, gozosa y dolorosamente elaborada, con incesante anhelo de depuración y de ardoroso entrañamiento: un oteo no fatigado de sus ojos, que velando se apagaron, hechos a adivinar hermosuras y secretos que no supieron otros ojos ver.

"Y, parodiando al poeta, podríamos decir que esos ojos, que tanto supieron de vigilias y horizontes, que tanto miraron a la montaña y al mar, a los cielos y a las almas, al cabo de tan asiduo velar se quedaron, no dormidos, sino asombrados, suspensos en contemplación, como si estuvieran iluminando al

mundo que llevaba dentro, que era la gran conquista de sus vigilias. Ya acabó la noche, el tránsito doloroso y ascendente, para dar comienzo a la visión perpetua de la luz que no cesa.

"Yo quiero deciros, amigos míos, que Concha Espina, la admirable y heroica mujer erguida sobre una vida ejemplar, confortada de abnegaciones, ha escrito la página más maravillosa y conmovedora de su vida en la hora de su agonía, que ha sido su hora de Dios.

"Yo he querido ver que caía, como un árbol copioso, del lado de la misericordia del Señor. No ha sido una muerte improvisada: ha sido una muerte preparada, vigilada, con la lámpara encendida a la espera del Señor.

"Por fin ha capitulado Concha Espina ante la muerte implacable, porque Dios lo ha querido, porque le ha llegado la hora de la luz indeficiente, del gran gozo que nadie la podrá arrebatar."

No era «una muerte improvisada», no.

Ella se preparaba para el gran viaje a la claridad hacía tiempo: y a la espera, seguía trabajando fiel a la «vocación» con que Dios la llamaba.

Encontramos entre sus papeles un soneto de excesivo patetismo para que yo pueda, serenamente, reproducirlo aquí. Junto a él estaban otros versos que yo le copiaba recientemente. Son los últimos versos de Concha Espina, y son para la Virgen, pensados como una oración, enamorados y humildes, como para la Virgen, humildes y enamorados, los escribiera Conchita Espina frente a la bahía de Santander. Los últimos versos de mi madre, son éstos:

«Madre del sacro dolor divino,
pura doncella de intacto velo,
que has extendido tu augusta mano
sobre las nieblas de mi destino.

Dame tus ojos para mirarme
en el espejo de su quebranto,
y tu clemencia para abrigarme
en tus orillas, bajo tu manto.

Dame tus lutos, regia pavura,
que te convierte, con sus rigores,
en una Reina de la hermosura,
en una Virgen de los Dolores.

Con tu mantilla, con tu ropaje,
haré un vestido noble y severo
para ese largo, triste viaje,
que ya se alumbra por mi sendero.

Y antes que suban al campanario
las posas fúnebres de mi agonía,
baja hasta el polvo de mi calvario
para salvarme, tú, Madre mía.»

Ya está aquí, acabada, la vida de mi madre. Ya, esta es la hora de Dios, llena de sol interminable para ella. Hora envidiable, fin de una vida ejemplar, hora que todos desearíamos merecer.

Ahora sus hijos obedecemos a sus consignas espirituales: ella es como una especie de conciencia nuestra. De cierto que esto sucede a muchos buenos hijos de buenas madres. La nuestra, además, era Concha Espina.

Y ella con su voz joven, llena de matices, insinuante voz y a la vez sencilla, firme, en cada alba nos dice y en cada noche también, que siempre, sin disculpa alguna, sin claudicaciones, debemos, tenemos que *Velar la vida…* Para que así quede, a ejemplo de la suya, *viva en la muerte*.

Luzmela, 1955
Luzmela, 1956

Galería de imágenes



Los padres de la escritora, D.ª Ascensión Tagle y de la Vega y D. Víctor Espina y Olivares, en la época de su boda



Concha Espina y Tagle, a los cuatro años de edad con su hermana María. — Santander



Un retrato en Valparaíso (Chile), a los 22 años de edad



Concha Espina cuando escribía "*La esfinge maragata*". Madrid



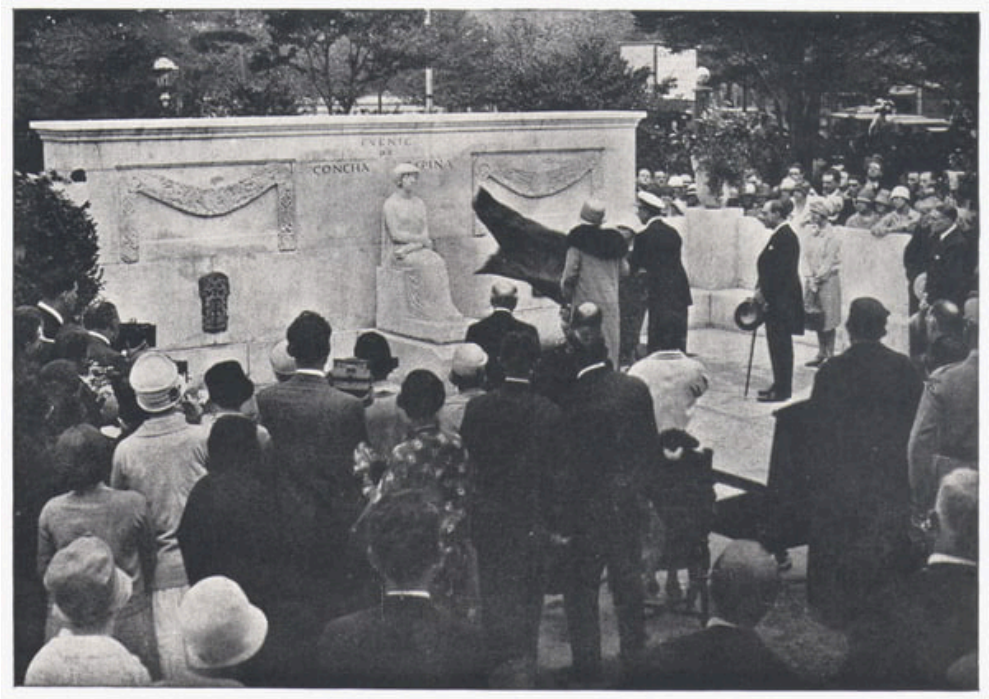
Óleo de López Mezquita, con la banda de Dama Noble de la Reina María Luisa. — Hispanic Society - New York



La Fuente de Concha Espina en Santander



Monumento erigido en Luzmela en honor de la gran escritora montañesa. — Obra de Villalobos



SS. MM. los Reyes de España, Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia, inauguran la Fuente de Concha Espina en Santander. — Agosto de 1927



Concha Espina, con uno de sus nietos,
en su casa de Luzmela. — 1948



Con su hijo Ramón y un guardabosques en Woltersdorf - Alemania



La autora de *Altar mayor*, con la falsilla que usaba para escribir en sus últimos años. Óleo de Espinosa



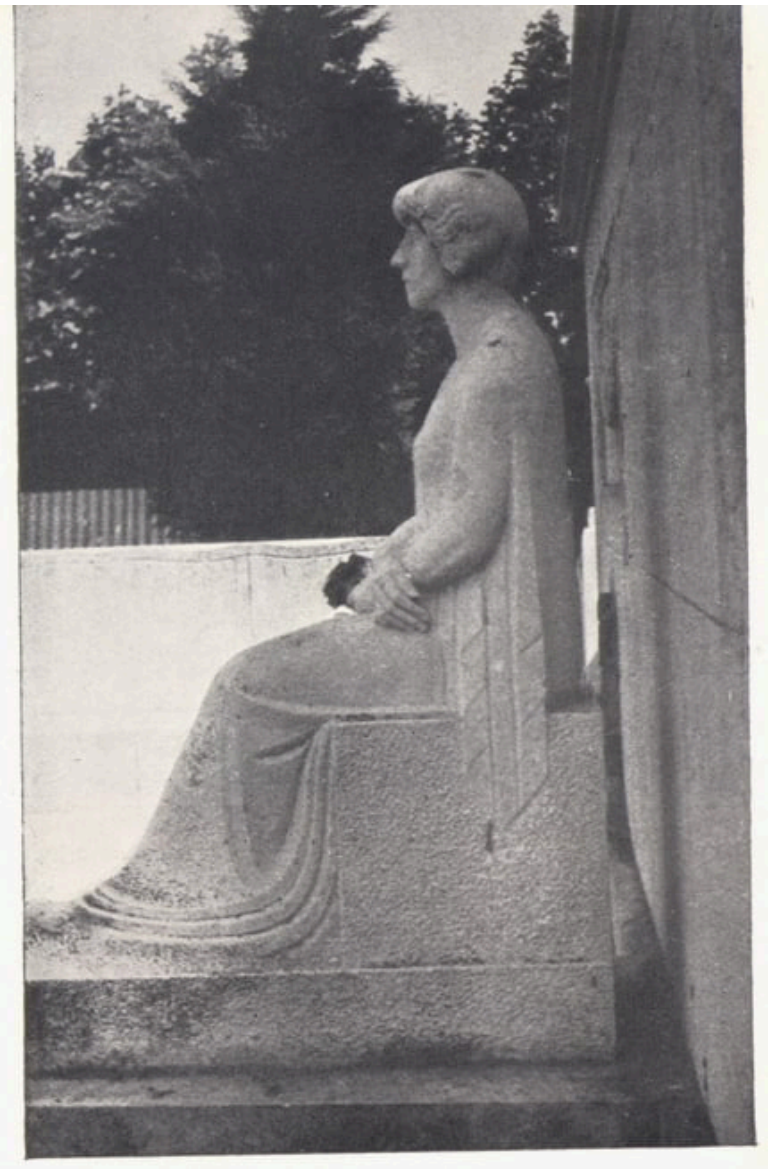
Entrada al jardín de Luzmela



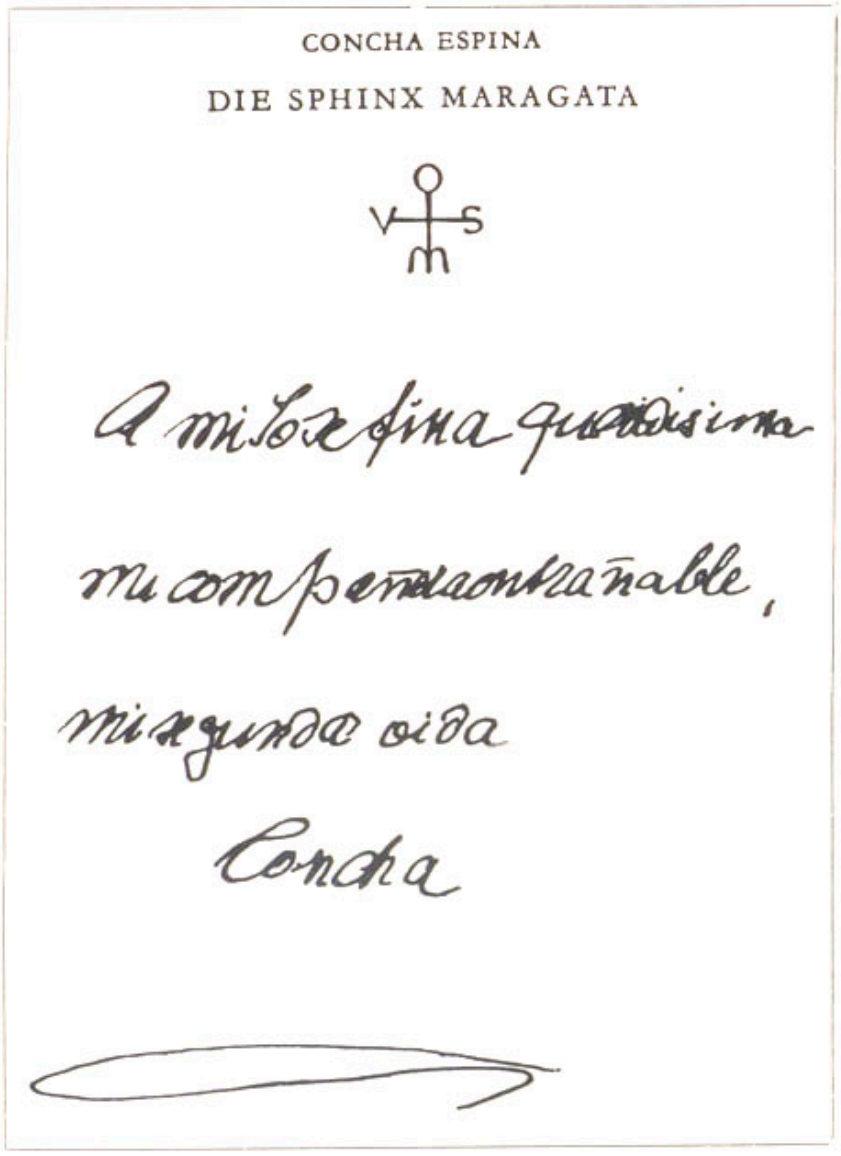
Entre sus hijos Víctor y Josefina, la novelista besa la mano del Dr. Eguiño y Trecu, Obispo de Santander. Verano de 1954



La *Casa de La Plaza*, en Luzmela



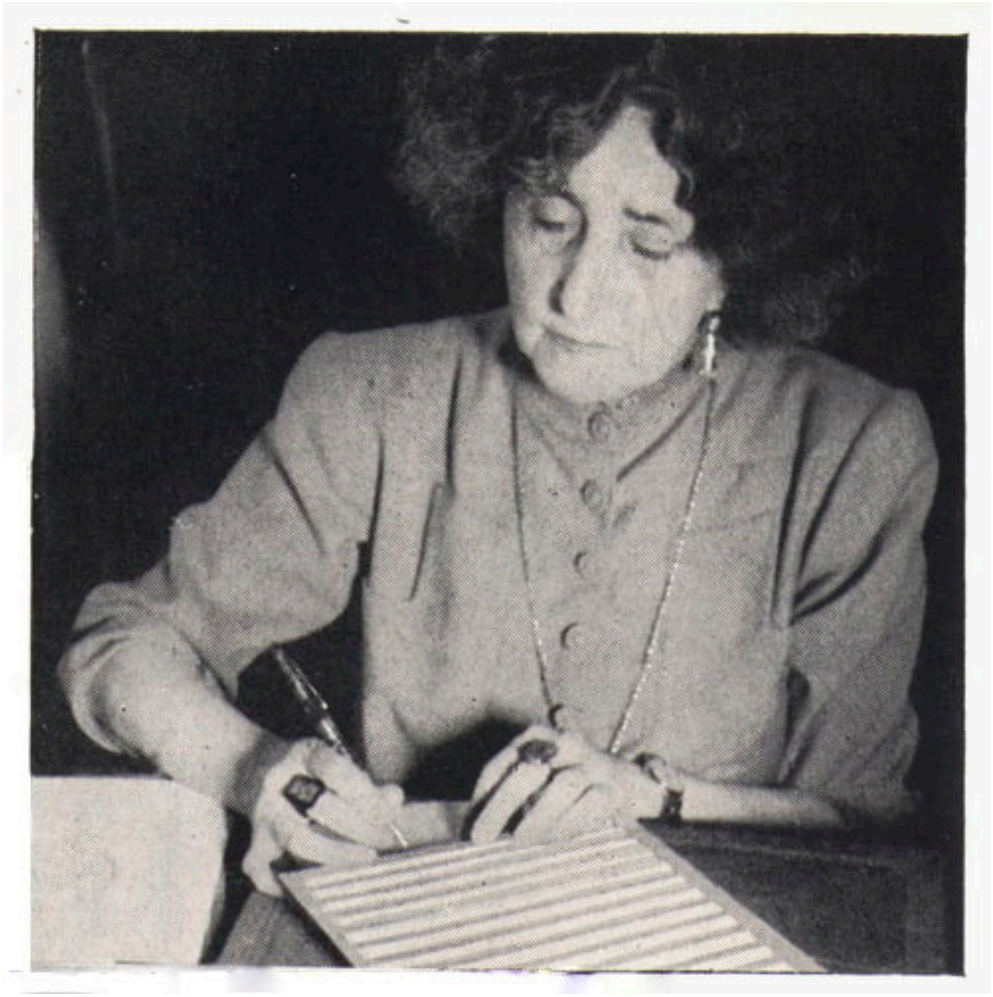
Detalle del monumento en Santander.
Obra de Victorio Macho



Dedicatoria autógrafa de un ejemplar de *La Esfinge maragata*, traducción alemana



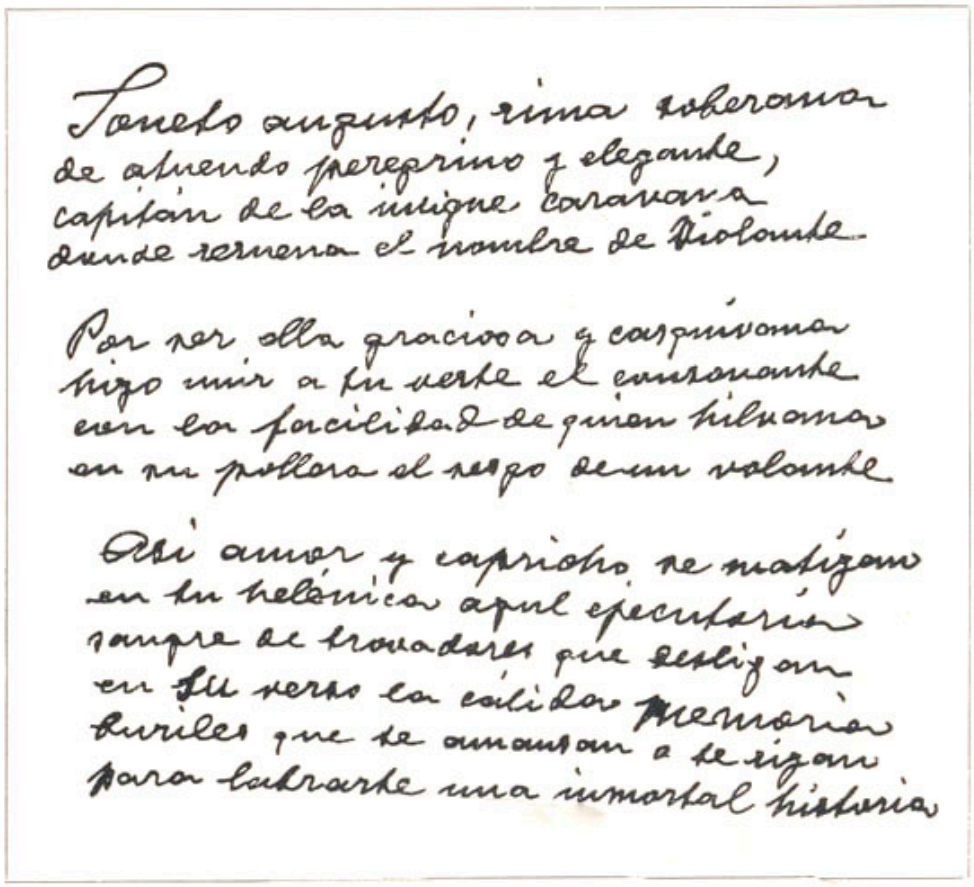
Concha Espina y su hija, en el jardín
de Luzmela. 1952



La novelista, en sus últimos años,
trabaja valiéndose de una falsilla



Las manos de Concha Espina,
entregadas a su labor literaria



Soneto augusto, rima soberana
de aliento peregrino y elegante,
capitán de la ilustre caravana
donde remeda el nombre de Violante.

Por ser ella graciosa y cortesana
hizo subir a tu verde el consonante
con la facilidad de quien hilvana
en su pollera el vuelo de un volante.

Así amor y capricho se matizan
en tu helénica aquí especulación
rompe de trovadores que deslizan
en tus versos la cálida emoción
hasta que se amanzan a deslizan
para labrarle una inmortal historia.

Soneto autógrafo de Concha Espina

Opiniones de ilustres escritores sobre Concha Espina

Juzgo a Concha Espina uno de los más relevantes valores de la Literatura universal.

Jacinto Benavente

Siento una honda admiración por Concha Espina. Me parece, cuando hablo con ella, que es el exterior delicado de una gran novela, que es ella misma, y que no ha escrito nadie todavía. He leído sus libros admirables. Pero espero siempre algo más que nos dará algún día y que ella sabe será su obra maestra: porque su argumento es su corazón.

GREGORIO MARAÑÓN

Está por hacer todavía un estudio detenido y profundo del lenguaje de Concha Espina. En muy pocos escritores castellanos es, como en ella, la lengua, no instrumento de otra acción u otra fuerza, sino fuerza y acción ella misma, entidad viva, cambiante a cada momento y siempre exacta, como la Naturaleza. La concordancia absoluta, el nacimiento unísono y en bloque de pensamiento y de lenguaje da al de Concha Espina calidades vegetales. Otras prosas se leen… La suya se vive, se cruza, se pasea, como un bosque.

JOSÉ M.ª PEMÁN

Galdós, Cajal, Concha Espina… merecieron el honor del homenaje en vida. Yo fui el escultor afortunado que dio forma perdurable a sus efigies,

VICTORIO MACHO

Ce que j'admire surtout en Mme. Concha Espina, c'est ce melange de realisme et de lyrisme, o, pour mieux dire, ce realisme integral, qui est la marque même du génie espagnol.

TRADUCCIÓN: Lo que sobre todo admiro en Concha Espina es esa mezcla de realismo y de lirismo, o, mejor dicho, ese realismo integral que es el signo del genio español.

LOUIS BERTRAND

Siempre he creído que poesía y literatura son dos cosas radicalmente distintas, y en cierto sentido opuestas. Y si no lo son del todo es porque poesía supone literatura. El que posee lo más tiene lo menos. Se puede ser gran escritor, ensayista, novelista, autor teatral sin ser poeta, pero siempre alcanzará una jerarquía superior el gran escritor que fundamentalmente sea un poeta, aunque prefiera mostrarse en libros literarios y no en prosas delgadas, solitarias obras de creación poética.

Las novelas de Concha Espina son obra de poeta. El ímpetu, el fervor, la fiebre ideal que las anima, el amor generoso hacia sus viajeras doloridas, su pasión por la actitud, la situación o el paisaje de categoría estética y, sobre todo, su procer sensibilidad para tejer bellezas de creación metafórica acercando insólitamente palabras lejanas, otorgan a sus novelas todos los legítimos derechos de la obra poética.

GERARDO DIEGO

Entre los novelistas de todas las lenguas, Concha Espina es uno de mis favoritos. Entre los amigos que más estimo, Concha Espina ocupa un lugar preferente. El homenaje más cordial que puedo rendirle es recordar aquí, como el que reconoce una deuda impagable, que ella fue el hada madrina de mi labor literaria. VOLVORETA, la novela que me situó, fue distinguida y amparada por ella antes que por nadie. Aunque no se conociesen sus obras, se podría deducir su genialidad de que en su corazón no hay envidia.

Wenceslao Fernández Flórez

Obra de Concha Espina

- I.— *La niña de Luzmela* (novela).
- II.— *Despertar para morir* (novela).
- III.— *Agua de nieve* (novela).
- IV.— *La esfinge maragata* (novela premiada por la Real Academia Española de la Lengua con el premio Fastenrath).
- V.— *Ruecas de marfil* (novela).
- VI.— *Mujeres del Quijote* (novela).
- VII.— *La rosa de los vientos* (novela).
- VIII.— *El metal de los muertos* (novela).
- IX.— *El jayón* (drama en tres actos, premiado por la Academia Española de la Lengua con el premio «Espinosa Cortina»).
- X.— *Pastorelas* (poemas en prosa).
- XI.— *Dulce Nombre* (novela).
- XII.— *Cuentos*.
- XIII.— *Simientes* (páginas iniciales).
- XIV.— *El cáliz rojo* (novela).
- XV.— *Tierras del Alquilón* (premio «Castillo de Chirel», de la Real Academia Española de la Lengua).
- XVI.— *Altar mayor* (novela, Premio nacional de Literatura).
- XVII.— *Siete rayos de sol* (cuentos tradicionales).
- XVIII.— *Singladuras* (viaje americano, tomo I).
- XIX.— *Candelabro* (novelas).
- XX.— *La virgen prudente* (novela).

- XXL— *Entre la noche y el mar* (versos).
- XXII.— *La flor de ayer* (novela).
- XXIII.— *Retaguardia* (imágenes de vivos y de muertos, novela,
- XXIV.— *Las alas invencibles* (novela de amores y de aviación).
- XXV.— *Cuatro novelas*.
- XXVI.— *Esclavitud y libertad* (diario de una prisionera).
- XXVII.— *Casilda de Toledo* (vida de Santa Casilda).
- XXVIII.— *Princesas del martirio* (perfil histórico).
- XXIX.— *Medalla* (poema en verso,).
- XXX.— *José Antonio de España* (poema en verso).
- XXXI.— *El fraile menor* (cuentos).
- XXXII.— *Moneda blanca* (teatro).
- XXXIII.— *La segunda mies* (versos).
- XXXIV.— *Victoria en América* (novela).
- XXXV.— *El más fuerte* (novela).
- XXXVI.— *Un valle en el mar* (novela).
- XXXVII.— *El grande y secreto amor de Antonio Machado* (epistolario inédito).
- XXXVIII.— *Una novela de amor*.

TRADUCCIONES

Al alemán:

Das Mädchen aus der Mühle (Dulce nombre} Editor, Otto Müller — Berlin.

Sechs Noveleen (Novelas cortas) ídem id. id.

Das Metall der Toten (El metal de los muertos) W. J. Otto — Berlín.

Die Sphinx Maragata (La esfinge maragata) Otto Müller. — Salzburg-Leipzig.

La Nina de Luzmela K. Schmit. — Berlín.

Al italiano:

Il Trovatello (El jayón) Lanciano R. Carabba — Roma.

Altar Maggiore (Altar mayor). Istituto Cristóforo Colombo.— Roma.

La Sfinge Maragata (La esfinge maragata) Garzanti — Milán.

Le Fanciulle Scomparse (Las niñas desaparecidas) Istituto Cristóforo Colombo — Roma.

Donne del Don Chisciotte (Mujeres del Quijote) Lanciano R. Carabba — Roma.

Retaguardia Gerolamo Bottani — Milán.

Al inglés:

The red beacon (Dulce nombre). Appleton and C.º — New York - London.

The woman and the sea (Agua de nieve) Ral D. Henkle — New York. Ed. by Terrel Tatum.

Mariflor (La esfinge maragata) The Mac Millán C.º — New York.

The rose of the winds (La rosa de los vientos) T. F. Martel — New York.

Retaguardia Terrel Tatum — New York.

Al francés:

Le donjon de Luzmela (Dulce nombre) Hachette — París.

Les gardiens de la race (Altar mayor) *L'Écho de Paris*.

Mariflor (La esfinge maragata) T. Barrete — París.

L'innocent (El jayón) *Le Temps* — París.

La rose des vents (La rosa de los vientos) La Vereude — Plon - París.

Al sueco:

Mariflor (La esfinge maragata) Wahlstrón & Widstrand — Estocolmo.

De dödas metall (El metal de los muertos) Albert Donniers — Estocolmo.

El Jayón Reigin Fridholm — Estocolmo.

Al ruso:

Metall Miortvyj (El metal de los muertos) Editorial Mells - Petrogrado.

Sfinks Maragatskiy (La esfinge maragata) ídem id.

Al checo:

Maragatská sfinga (La esfinge maragata) Katolicky Literárny Klub — Praga.

Al portugués:

La llama de cera (Las niñas desaparecidas) Eduardo Malta - Lisboa.

Al holandés:
El Jayón J. Chabot — La Haya.

Al polaco:
Dulce nombre Tadeus Jaknbowicz — Varsovia.

Ediciones escolares:
Altar mayor Ed. by A. Harrington New York, H. Holt and Co., 1930.
Mujeres del Quijote Ed. by Wilhelmina N. Becker - New York, Heath's, editor.
La esfinge maragata Ed. by The Prof. Dr. Millard Rosenberg.
El Jayón Och Talínmed marginalnoter av Alfred Akerlund - Svenska Borfbrlaget Bonniers. —Stockholm. 1950.
Talín y otros cuentos Ed. by the Prof. Dr. Millard Rosenberg - New York, 1927.

BIBLIOGRAFÍA

Literaturas del norte. Concha Espina, por R. Cansinos Assens - Madrid, 1929.

Concha Espina y sus críticos Mauro Fría Lagoni, Editorial Figarola Maurín - Toulouse, 1929.

L'oeuvre de Concha Espina a l'etranger Editions Polyglottes, Renacimiento - Madrid, 1925.

Concha Espina: De su vida y de su obra Renacimiento - Madrid, 1923.

Biografía literaria. Madrid, 1947.



Josefina de la Serna y Espina (Mazcuerras, 28 de marzo de 1903 - 17 de noviembre de 1978) fue una escritora española, conocida con el seudónimo literario de Josefina de la Maza. Hija de Ramón de la Serna y Cueto y de la periodista y escritora Concha Espina. En 1930 se casó con Regino Sainz de la Maza, ilustre concertista de guitarra, de renombre universal.

Realizó un doctorado en Historia y Crítica de Arte por la Stony Brook University del estado de Nueva York. Inició en 1940 su colaboración en el semanario Destino, donde comenzó a ganar notoriedad gracias a publicaciones como relatos infantiles, colaboraciones en prensa, una biografía sobre su madre, entre otras.

Su brillante carrera periodística —realzada ya por importantes premios nacionales, como el Luca de Tena y el Lope de Vega— se sustentó firmemente, más que en la herencia espiritual de su gloriosa estirpe, sobre méritos propios y una auténtica personalidad.

Por su calidad de hija única de Concha Espina, con tres hermanos varones, siempre estuvo estrechamente vinculada a la vida portentosa de su madre. Josefina de la Maza no era únicamente la hija amorosa y fiel, sino también su compañera inseparable en el hogar y en sus viajes por el mundo. Atraída por la fuerte personalidad materna, la autora de la presente biografía se adscribe casi desde su niñez en la órbita de trabajo de Concha Espina, a quien sirve de secretaria y confidente, compartiendo con ella hasta los más íntimos detalles de su vasta producción.

Si Concha Espina quiso siempre que fuera su hija quien escribiese su biografía —por estar segura de que nadie como ella pondría tanta fidelidad y delicadeza en el relato—, no es menos cierto que Josefina ha colmado aquel deseo en esta biografía apasionante, libro cálido y sincero, en el que se conjuga el máximo respeto a la verdad de los hechos con la más pura devoción filial.

Índice de contenido

- Vida de mi madre, Concha Espina
- PRÓLOGO
  - Capítulo Primero
  - Capítulo II
  - Capítulo III
  - Capítulo IV
  - Capítulo V
  - Capítulo VI
  - Capítulo VII
  - Capítulo VIII
  - Capítulo IX
  - Capítulo X
  - Capítulo XI
  - Capítulo XII
  - Capítulo XIII
  - Capítulo XIV
  - Capítulo XV
  - Capítulo XVI
  - Capítulo XVII
  - Capítulo XVIII
  - Capítulo XIX
  - Capítulo XX
  - Capítulo XXI
  - Capítulo XXII
- Galería de imágenes
- OPINIONES DE ILUSTRES ESCRITORES SOBRE CONCHA ESPINA
- OBRA DE CONCHA ESPINA
- TRADUCCIONES
- BIBLIOGRAFÍA
- Sobre la autora